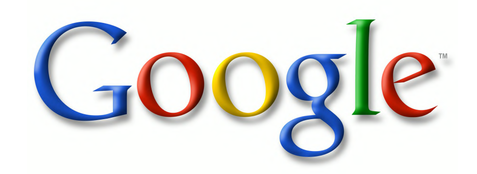
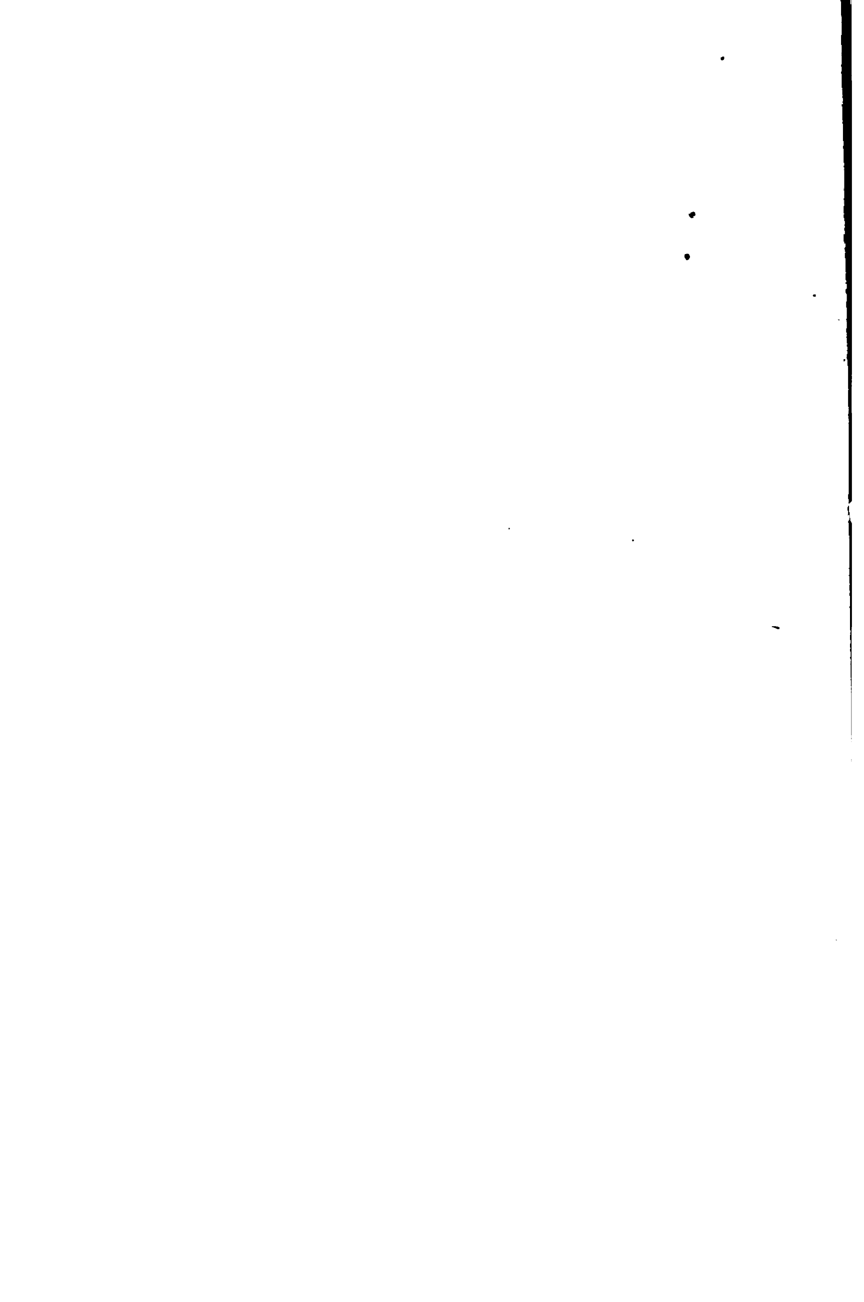


Ortiz, José Joaquín, 1814-1892.
Poesías de José Joaquín Ortiz.

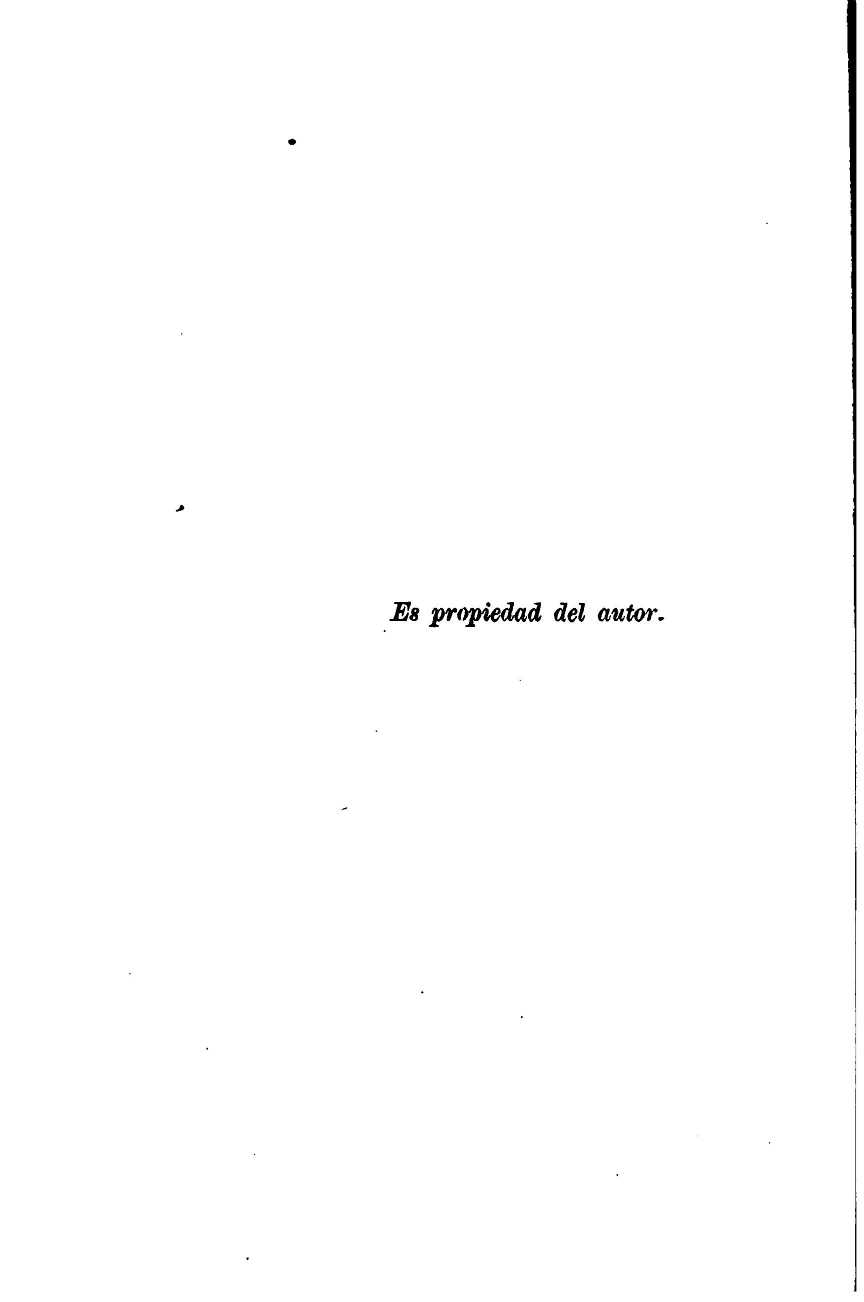


POESÍAS

DE

JOSÉ JOAQUIN ORTIZ

BOGOTÁ
IMPRENTA DE ECHEVERRÍA HERMANOS
1880

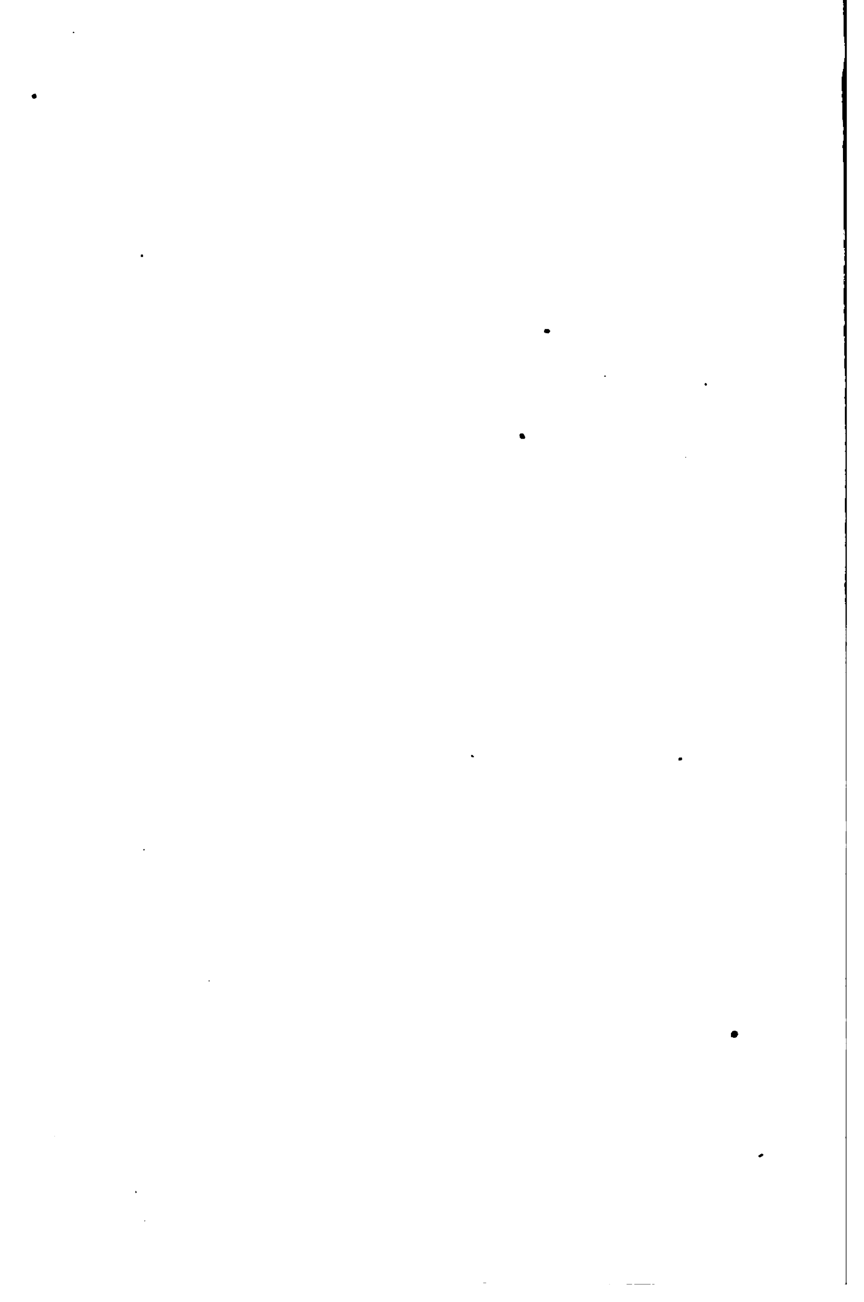


Á LA AMADA MEMORIA

DE

JUAN FRANCISCO ORTIZ

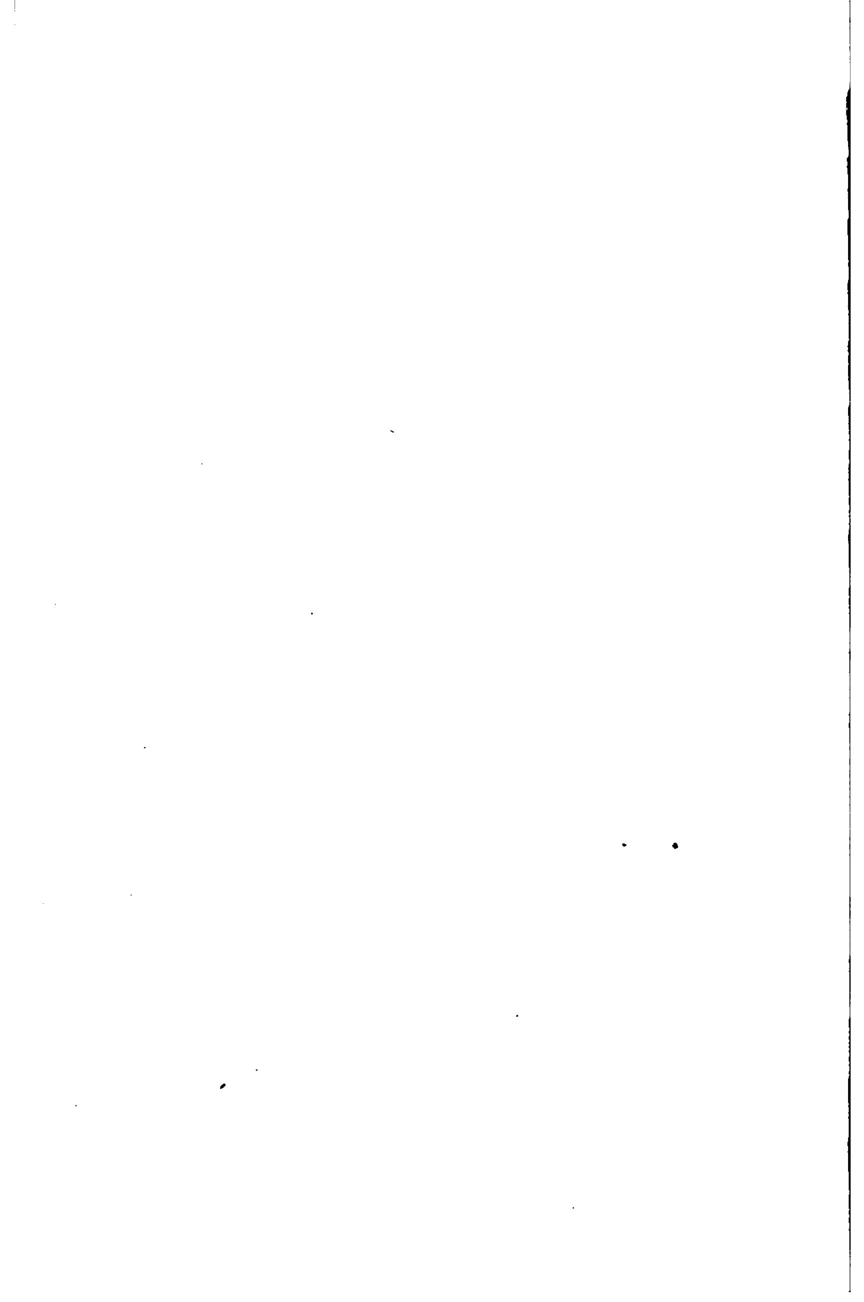
SU HERMANO



RECUERDOS DE LA PATRIA

————————— ¡ Patria ! . .
Para cantar-vos mente ás Musas dada.

CAMÔES.



LA BANDERA COLOMBIANA.

¿No ois? Es cual la voz de gran torrente,
Con las lluvias de Dios acrecentado,
Que baja de los Andes despeñado,
Raudo, tremendo, asordador, rugiente.
¿No ois más cerca ya? Se une á los ecos
El ruïdo de música guerrera
Que, en alas de los vientos desatado,
Colma el ámbito inmenso de la esfera.
Pero ved más allá cómo se avanza,
Entre un bosque de aceros refulgente,
Que del sol á los rayos reverbera,
Del pueblo entre la öla,
Al firmamento azul enhiesta y sola,
De nuestra Patria la inmortal bandera.
Y sube al Capitolio, y los clarines
Sueltan su aguda voz; retumba el trueno
Del cañon en los últimos confines.
¡Oh! ¡salve á ti, magnífica y sublime,
Ungida con la sangre de los bravos
Muertos en la pelea!
¡Oh! ¡salve á ti, quemada por el fuego
De las contrarias huestes;
Tú, poder, gloria y de la Patria idea!

¡Oh! la bandera de la Patria es santa,
Flote en las manos que flotare; ora
Volviendo vencedora,
Entre lluvia de flores
Al són del himno que su gloria canta,
Ó de la adversa lid acaso vuelva....
¡Oh! ¡de la Patria la bandera es santa!
Y si hay un ciudadano que, pensando
En el secreto de su älma, diga:
"¡Está en indignas manos!" ese puede
A su madre negar en su ira insana;
No tiene corazon, y entre sus venas
Empobreció la sangre colombiana.

Cuando lanzar un pueblo Dios dispone
En la espléndida senda de la Historia,
Da la señal de marcha; y en la mano
De sus caudillos pone
El pendon que ha de guiarlo, cual un dia
Mandó sobre Jacob la parda nube,
Que, flotando en el aire,
Fué en el Desierto misteriosa guia;
Y en el velo que al sol en onda suave
Desarrollan los céfiros, escribe
Con invisible dedo y caractéres
Arcanos, que leer tan sólo él sabe,
Cuál su rumbo será, si habrá bonanza,
Qué tempestad vendrá, la hora de gloria,
La hora del cautiverio,
La del rescate y de la gran victoria.

Puso en una las águilas caudales
Del claro, inmenso cielo emperatrices;
Un hacecillo en otra de los rayos
Que procelosa nube al mundo lanza,
Y en otra derramó de oro las lises,
Como emblema de fuerza ó de esperanza,
Ó de dominacion ó de ruïna.
Así á la verde Erina
Dió el arpa gemidora,
Alto dón al que pena y al que llora;
Y puso por presagio al gran destino
Que reservó á la Iglesia,
Sobre el delgado lino
Que al vendabal de tempestad se mueve
Ó al tenue soplo de favonio suave,
Y en que juntó al vellon de pura nieve
Un rayo de la frente de la Aurora,
Del Pescador la milagrosa nave.
Y cuando crió á Colombia, generoso
Rasgó un jiron del íris radïoso
Que tras la tempestad alegra al mundo,
Y lo entregó á Bolívar; y Bolívar
De triunfo en triunfo lo llevó, de donde
Orinoco se lanza al mar profundo
A donde el Potosí su nívea cumbre
En la region del firmamento esconde.

Mas árbitras se juzgan,
Dueñas de sus destinos las Naciones.
Creen que cuando baja la Victoria
A coronar sus fuertes campeones,

Suyo es el triunfo y la victoria suya;
Mas ¡ay! que ignoran ellas
Que la secreta tela de su historia
Se teje entre las manos invisibles
Del que es señor del mundo y las estrellas.

Dios fué quien á las águilas romanas
De ciudad en ciudad llevó volando
En los antiguos dias
Hasta el confin del orbe, preparando
La paz universal á su Mesías:
Dios quien hizo salir de las regiones
Al aterido polo más cercanas,
De bárbaros innúmeras legiones,
Y al Mediodía encaminólas cuando
Quiso purgar la tierra
Con la espantosa plaga de la guerra.
Y cuando, lleno de clemencia, quiso
Dar una muestra de su amor profundo
Mostrando al Viejo Mundo
Este, hasta allí, velado Paraíso;
Llamó á Colon, y le mostró la senda
De América al confin del Ocëano,
Al traves de las nieblas y huracanes
Y tempestad tremenda;
Y Colon obediente
Venciendo el ciego cáos
Cruzó el férvido Atlántico animoso
En tres frágiles náos,
Y el pendon de Castilla glorïoso
Plantó al fin en la tierra de Occidente.

Dios sacó de la inmensa muchedumbre
De nuestra tierra un hombre
Que distinguió entre todos: era un mundo
De nobles pensamientos su cabeza;
Su espíritu, tesoro inagotable
De fuerza y voluntad: él conocia
Del corazon de los demas las sendas,
Y elocuente sabia
Cómo hacer poderosa su palabra;
Y así, cuando de golpe aparecia
En medio del combate, del soldado
El pecho palpitaba, cual si viera
Ó la faz de su madre placentera
Ó el bello rostro del objeto amado.

Él se llamó Bolívar, y do quiera
Fué símbolo del pueblo, en la batalla
Y bajo del dosel, y hasta que á orillas
Del mar ferviente halló la paz que sólo
En el silencio de la tumba se halla.
De su caballo al escucharse el trote
Temblaba el corazon, y á los reflejos
De su fulmíneo acero se cubrian
De palidez las frentes, y do quiera
Que rápido pasaba, la Victoria
Derramaba laurel en su bandera.
Soplaba; el yerto polvo de las fosas
Del esclavo tornábase fecundo;
Y tres grandes Naciones de repente
Se alzaron de él, de gloria radïosas,
Con pasmo universal de todo el mundo.

Murió; y callaron los heróicos hechos,
Mas como el sol tras la última colina
Del Occidente azul su disco inclina
Y cae en un abismo de oro y llama;
Y enmudeció la trompa de la Fama,
Y tan grande vacío hubo en la Historia
Que colmarse hasta ahora no ha podido
Ni en patriotismo, ni en valor, ni en gloria.

Su portentosa vida,
De excelso honor y de dolor tejida,
Será en edad lejana
La mayor epopeya americana.
Las liras de los bardos
Que lloren la tristísima elegía
Bajo los sauces de su tumba fria
Inmortales se harán, pues su alto ejemplo
Tal reguero de luz deja, que nadie
Se atreverá á seguir sus nobles huellas
De la inmortalidad al santo templo.

Él amaba la Patria; mas la Patria
No era sólo para él la hermosa tierra
Que, como con un velo,
Arropa el combo cielo,
Y reverente encierra
Las cunas de los hijos y las tumbas
De nuestros padres caras;
Que en su seno tambien firmes reposan
De nuestro Dios las bendecidas aras:
Y fué así como en su hora soberana,

Pronto á dejar el mundo,
Se envolvió en la bandera colombiana,
Y con amor profundo
Pronunció lleno de esperanza el nombre
Del que murió por libertar al hombre.

NOCHE SUPREMA.

Como los blancos cisnes en un lago
Por sobre el mar inmenso, viento en popa,
Desde las playas últimas de Europa
Tres carabelas navegando van.
La luna ha renovado várias veces
Su blanca faz en el azul sereno,
Desde que van arando el ancho seno
Del piélago á merced del huracan.

Un hombre audaz, espíritu sublime,
En el abismo incógnito las guia,
Y en el favor de Dios solo confia
Su indómito, marmóreo corazon.
Jenoves por su patria, marinero
De profesion, y por su fe cristiano,
Tal es ese guerrero y noble anciano
Que yendo á España se llamó Colon.

Ha resonado en torno de las quillas
Durante el largo, incierto, triste viaje
Con duplicado y fúnebre olëaje
La onda salada del inquieto mar.
Furioso el vendabal ha desgarrado
La frágil vela de delgado lino,
Y los astros del cielo en su camino
Pocas horas se han visto fulgurar.

Sus mismos compañeros, condenados
Con él, tal vez, á muerte inevitable,
Han alzado el acero formidable
Su noble pecho amenazando herir.
Mas él ha visto con igual semblante
Las ondas dar en el bajel medroso,
Las velas destrozar noto impetuoso
Y el acero en las sombras relucir;

Y ha seguido su rumbo aventurero,
Rompiendo osado la apiñada bruma,
Dejando atras el surco de alba espuma
Que alza en el mar el rápido bajel.
Es alta noche ahora.—No hay estrella
Que reverbere sobre el negro manto;
Duerme la chusma en el bajel en tanto,
Y velando se encuentra sólo él.

Él, sentado en el banco del piloto,
Los ojos fijos en la mar oscura;
Escudriña la mar, y hallar procura
En ella el mundo que buscando va.
Repasa entre su mente tantas horas
De temor, de esperanza, de agonía;
Tantas de afan, dolor, melancolía;
Tantas de pena que ha sufrido ya.

Y hoy se encuentra distante de los lindes
Del conocido mundo: tan distante
Que va arando su prora resonante
Donde ántes otra prora no tocó.

Un pensamiento á veces se le ofrece
Que de temor el corazon le yela:
¡Tal vez su nave presurosa vuela
Allá donde la luz nunca alcanzó!

A la region desnuda, solitaria,
Que interminable mar ciñe doquiera,
Donde no hay una brisa lisonjera
Que pueda el seno nítido rizar.
¿No es cierto que las fúnebres historias
Leyó de barcos en el mar perdidos,
Que fueron por los vientos conducidos
Y que jamas pudieron retornar?

¿No vive en los confines de ese mundo
Tremendo Genio que al piloto espanta,
Que de la mar oscura se levanta
Cuando las olas siente estremecer,
Y, escondiendo su frente entre las nubes,
Pues tan grande es, con los membrudos brazos
Vuelve la nave errante mil pedazos
Y la hunde en el abismo con sus piés?

¿Qué existe en la region en que su carro
Hace rodar de tarde el sol ardiente?—
Niebla y ondas dormidas solamente,
Segun la recibida tradicion.
¡Pavor, oscuridad, muerte, silencio!
— "Mas yo en el Dios omnipotente fio
Que ha de cubrir con su ala el barco mío
Y mostrarme la incógnita region..

"¡Y si se levantara de repente
Del seno del Océano profundo
Ese tan suspirado Nuevo Mundo
Que tanto tiempo en sueños viendo estoy!
¡Si viera dibujados en el cielo
El perfil de sus montes elevados!
¡Y si de sus torrentes despeñados
El eco desde el mar oyera hoy!

"¡Si con la luz primera de la aurora
Sus campos de esmeralda distinguiera,
Y mecer su corona á la palmera
De los ruidosos vientos al vaiven!"
—Calló despues: las ondas se sentian
De tiempo en tiempo dar contra la nave,
Que en paz, con viento próspero y süave,
Rumbo feliz siguiendo va tambien.

¡Qué largas horas en silencio pasa
Sumergido pensando entre sí mismo,
De incertidumbre en más oscuro abismo
Que el abismo que mira en derredor!
Los ojos alza al fin, como pidiendo
Auxilio al Dios que el universo inspira,
Y cree mirar en la tiniebla... y mira
De una antorcha lucir el resplandor.

Es tan intensa la impresion en su alma
Que cree ser presa de delirio insano;
Por los ojos pasó pronta la mano,
Y en el instante pónese de pié.

La luz que vió brillar luego se pierde
Del horizonte en el oscuro velo;
Vuelve á mirar en el confin del cielo...
No es ilusion, ¡ gran Dios! delirio no es.

¡ Tierra! fué el grito que escuchó distinto
En las alas del céfiro sonando;
Y se oyó el trueno del cañon rodando
Del mar sobre la inmensa soledad:
Y con la clara luz de la mañana
Vieron aparecer una islá hermosa,
Saliendo de las aguas, nemorosa,
Llena de juventud y de beldad.

Salta en ella Colon, y besa el suelo
Que Dios le dió encontrar en claro dia;
Y lágrimas ardientes de alegría
Corren á humedecer su noble faz.
Al aire abierto, en la tendida playa,
Del Nuevo Mundo en el umbral, clavaron
Una cruz que piadosos adoraron
Cual signo santo de clemencia y paz.

¡Te alabamos, oh Dios omnipotente,
Santo, inmortal, magnífico y clemente,
De los mundos señor!
El ancho mar aplánase á tu acento,
Y retiembla el sereno firmamento
Cuando escucha tu voz.

Y conoce esa voz la clara Aurora,
Y el Occidente, y póstrase y te adora

Lleno de gratitud;
Y de los puros ángeles el coro
Hace humëar los incensarios de oro,
Y sonar su laüd.

Tambien te adoran numerosas almas,
Inclinando ante ti las cruentas palmas
Que el martirio les dió;
Y el ejército santo de profetas,
De humildes solitarios y pöetas
Que tu aliento inspiró.

Y dadas de la mano las doncellas,
Que el vicio no manchó, puras y bellas,
Cantan en tu loor:
¡A ti, de majestad, oh Padre tierno!
¡Y á tu Hijo adorable, y al Eterno
Santo Consolador!

¡Gloria al Señor! El eco soberano
Vaya rodando por el aire vano:
¡Gloria, gloria al Señor!
¡Al que sacó la tierra de la nada,
Al que nos da victoria señalada,
Gloria, eterno loor!

A estos ecos de triunfo majestuoso
De América las playas resonaron,
Y los Ánjeles puros los cantaron
Sobre arpas de oro en la sagrada Sion.
Los que gustais de empresas jenerosas,
Vosotros de la gloria amantes fieles,

Pöetas que os ceñis con los laureles,
Podreis decir lo que sintió Colon:

Qué sintió su alma grande, apasionada
Al contemplar los grumos de verdura,
Bajar como lozana vestidura
Hasta la orilla de la inquieta mar;
Al escuchar el eco melodioso
Que hace el cristal de la sonora fuente,
Dando sobre las piedras blandamente
Con suave queja y grato murmurar:

Que sintió al ver extático los valles
Cuajados de jazmines y de rosas;
Y al respirar las auras aromosas,
Todo á la luz de un suave resplandor;
Y qué cuando esas Evas del Desierto,
Danzando en ancha rueda á su contorno,
"¡Traed flores, clamaban, para adorno
De la sien de los hijos del Gran Sol!"

¡Oh! ¡qué triunfo, Colon! La noble frente
Puedes alzar regocijado ahora,
Y revolver tu resonante prora
Á la region do nace la alma luz.
¡Ahora puedes volver, loco sublime,
La obra á mostrar de tu tenaz empeño,
Y tranquilo dormir el postrer sueño
Bajo la sombra de la santa cruz!

LOS COLONOS.

No por florido otero ó verde riva
A la márgen de rio clamoroso,
Cuya onda fugitiva
Entre tupido bosque y fresca grama,
Como formando diálogo quejoso,
De la ürna espumosa se derrama;
Mas, envuelto en el denso torbellino
De seco polvo que alza galopando
Mi corcel generoso,
A la ciudad distante me encamino.

¡ Vedla ! ¡ allá está ! Sus blancas, altas torres
Entre espirales de humo se levantan
Sobre los rojos techos,
Y raros grupos de árboles á trechos
Alzan por cima su greñuda copa.
¡ Oid ! el murmurar del pueblo llega
Al acercarnos más, cual voz de un rio
Que despeñado de la sierra baja,
Y los peñascos con su espuma arropa
Y en altos tumbos fiero se desgaja.
De caballos el trote,
Y el chirriar de los carros en las guijas,
Y el tráfago de gentes afanadas
Sordamente resuena,
Y hierve la ciudad como si fuese
De los hombres anchísima colmena.

¡Mas no fué siempre así! Mi fantasía
A la pasada edad tornando el vuelo,
Se place en contemplar la dulce Patria
De su oriente pacífico en el dia.
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo
Se yergue de basílica suntuosa,
El altar santo queda,
Con el céfiro manso una arboleda
De robles seculares se mecia;
Y aquel otero allá, de donde corre
Primero, rotas peñas quebrantando,
De linfas claras resonante rio,
De cabañas de bálago cubiertas
Era entónces un pobre caserío.

¿Y en qué lugar al aire abierto un dia
La redentora cruz se alzó primero?
El escuadron conquistador la frente
Humillado inclinaba,
Miéntras la muisca gente
Viendo rendir el formidable acero
Que desquició su antigua monarquía
Llena de mudo asombro se extasiaba.

¡Oh! ¡ven conmigo, antigua amiga mia,
Musa! que no quemaste un solo grano
De incienso nunca ante ningun tirano;
Tú que arrojas coronas enlazadas
Con ramas de laurel que jamas muere
Para ceñir la sien, no del guerrero
Que se alza, lidia y triunfa,

Y cual tormenta que pasando asuela
Dejando en pos de sí tristes despojos,
Mas la frente del útil ciudadano
Que primero este campo hizo fecundo
Sembrando en la éra el extranjero grano;
Del cenobita impávido que al centro
Penetró del desierto más profundo,
Y á la vida social al indio errante
Redujo del amor con suave mano;
Y del que pan y regalado lecho
Dió cariñoso al desvalido infante.

¡Oid cómo resuena
Adentro la montaña con los golpes
Del hacha! Ya en la loma más distante
Prende voraz el fuego,
Y el humo azul camina lentamente;
Mas se derrama luego
Por los collados todos;
Y el águila imperial, alipotente,
Fija la vista al sol, alza su vuelo,
Y se pierde en las nubes arrolladas
En la region espléndida del cielo.

Y mirad más acá, cual va inclinado
Bajo el fecundo arado
El toro, padre de la grey; el seno
De la tierra rompiéndose negrea,
Y la que ántes espada destructora
Resplandeció ominosa en la pelea,
Ora en reja cambiada

Entre los grandes surcos centellea;
Y ese que hoy labrador, ayer guerrero,
El mar cruzó trayendo el rubio grano
Que derramado en la éra
Dará abundancia á la Colonia entera,
Despues verá doblándose á los soplos
Del favonio süave
La frágil caña con la espiga grave;
Otro la carga llevará al molino,
Y entre el fragor del agua despeñada,
En el estrecho cauce atormentada
Do se cambia en espuma cristalina,
Recogerá, saliendo en leves ondas,
El blanco rio de menuda harina.

Ya que Musa servil loores canta.
Al guerrero que al mundo en sangre tiñe
Y la corona á la virtud debida
Doblando la rodilla humilde ciñe,
¡Musa mia! levanta
De éstos los nombres sin culpable miedo,
Y mi Patria no ignore
Que el inmenso bien debe
A Briceño, y á Aguayo y á Acevedo.
Y de prez no menor dignos se hicieron
Para ilustrar su nombre,
Aquellos españoles que trajeron
Los animales útiles al hombre.
Junto al hogar medio apagado yace
Adormido el lebrel de noble raza:
Mas oiga el eco gemebundo apénas

De la armoniosa trompa de la caza
Y vereislo partir. La tierra toca
El delicado muso, alarga el cuello,
Y, cual la flecha que silbando rasa,
Con vivísimos saltos atraviesa
Tras la tímida corza ó suelta liebre
El llano, el bosque, el rio, el alta roca
Hasta que al fin la presa
Vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡Con qué estúpido pasmo no veria
El indio inculto por la vez primera
El altivo corcel! No de la trompa
El ronco són espera;
La leve oreja tiende
Y el fácil cuello enarca
Al rumor de los céfiros de mayo,
Y fogoso, impaciente se enarmona;
Súbito fuego su pupila enciende,
Dejando ver de su ojo todo el blanco,
Atras hecha la crin en ondas sueltas
Sobre el trémulo flanco,
Y libre del ronzal que lo aprisiona
Vuela en el campo abierto;
Traspasa el seco erial, solo y desierto,
Con duro casco el pedregal trillando;
O pára en alta loma
Y suelta su relincho sonoroso
Si oteó la yeguada desde léjos;
O á la orilla del rio espacïoso
Tranquilo al ruido va del agua mansa,

Con las brisas del monte jugueteando,
Por la alta grama de la fértil vega
Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿ cuál fué la española,
(Pues mujer debió ser sensible y bella)
Que, cual triste recuerdo
De Patria ausente ó fúnebres amores,
Pasando á la comarca
De la extensa y feliz Cundinamarca
Trajo consigo el gérmen de las flores ?
Débenla nuestros prados y pensiles
Verse alfombrados de las nuevas rosas
Cuando en el cielo rien los abriles ;
Y el clavel salpicado
Con el múrice tirio
La altiva copa alzar en frágil ramo,
Y su manto ostentar, más esplendente
Que los del mismo Salomon, el lirio ;
Y la albahaca, del hogar amiga,
Que crece sin fatiga,
Con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,
Cuando apunta la luz del nuevo dia,
No bajará quejoso el són agudo
De la campana desde excelsa torre
A celebrar las glorias de María ;
Mas del pajizo alar de la cabaña
Saldrá el clangor cual de clarin sonoro
Del gallo vigilante,

Que salude el lucero de la aurora,
Que sube por el éter rutilante
Tiñéndose del sol con la luz de oro;
Y veráse despues cómo á la turba
Que su serrallo numeroso puebla,
Con voz amante llama
A recoger el derramado grano
Del rubio trigo entre la verde grama.

Como despues que el labrador recoge
En la espaciosa troje
Los frutos que le dió próvido el cielo,
De las chisgas el pueblo numeroso,
En alas de los céfiros traido,
Cual en un gran palacio prevenido
Por el Dios bondadoso
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.
Debajo de la tribu desparece
De repente el follaje; el árbol brilla
Como una grande cúpula de öro,
Y de tanta avecilla
No cesa un punto el gorjear sonoro:
Así de la Mision todos los niños
Cuando oyen la sonora campanilla,
Corren en torno de la cruz que arranca
Enhiesta al aire y cercan al anciano,
Que entre tantas cabezas infantiles
Descuella allí con su cabeza blanca.
¡Oh! ni Platon ni Sócrates, famosos
En los anales del saber, supieron
Tras largos años de velar contino

Lo que estos pobres niños, candorosos,
De los trémulos labios del anciano,
Al pié del leño rústico aprendieron.

No es bastante al ardor que el pecho inflama
De los santos discípulos de Cristo
Una sola region y un solo clima.
Ellos irán de amor la pura llama
A prender en el pecho del salvaje,
A par las artes de la paz mostrando,
Al suelo donde Arauca se derrama
Y el Meta, y Casanare y raudo Upía,
La inmensa soledad fertilizando.
Subirán á la cumbre siempre yerta,
Trono de la borrasca asordadora,
Y oirán por fin el cántico sonando
En loor de la Cruz reparadora,
En cuantas son las lenguas
Por cuantas son las tribus que mi Patria
Pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,
Porque despues de alzar templos suntuosos
A nuestro Padre Dios que está en el Cielo,
Al enfermo abrirán quietos asilos,
Darán madre á los huérfanos
Y bendecido lecho á los ancianos,
Donde al fin puedan espirar tranquilos.

¡ Y es poco aún !.. en su incansable anhelo
Por anunciar la vida á las naciones

Quieren centuplicar la voz divina,
Fijando su fugaz é instable vuelo;
Y el árbol de la ciencia,
Que es bien á un tiempo y mal, y vida y muerte,
Que encontró Guttenberg, ellos plantaron,
Antes que otro, en la tierra granadina.

¡Oh! ¡dadme frescas palmas
Con que tejer coronas
Que ornen la sien del vencedor! ¡Oh! ¡dadme
La lira de grandílocuos concentos
Para cantar sus ignorados nombres;
Y en alas de los céfiros llevados
De la tierra á los climas apartados
Sean amor y orgullo de los hombres!
¡A todo bien tributo de alabanza!
¡A toda noble inspiracion un canto!
Lo mismo al que confiando su fortuna
A frágil tabla y á delgado lino
Al Océano férvido se lanza
Hallando de la América el camino,
Que al que rasgando el florecido manto
De la tierra el arado usó primero:
¡A todo bien tributo de alabanza!
¡A toda noble inspiracion un canto!

BALBOA.

Hay un íntimo gozo y un contento
En vagar por las selvas primitivas,
O con la luz de perla de la aurora,
O por la tarde cuando el sol declina.
Gime el desierto con su voz augusta;
Entre el cañaveral suena la brisa,
Y se oye léjos el mugido ronco
Del toro, padre de la grey tardía,
Que al redil se recoje lentamente
A la hora vespertina.

Desde niño gustóme ver la luna
Lentamente cruzar el firmamento,
Como una nave cándida, impelida,
Sobre ürnas de nácar por el cierzo.
¡Cuántas veces, pasada la tormenta,
Desde elevada torre, vi los cielos
Recobrar su esplendor, miéntras alzaban
Los árboles doblados por el viento
Sus ramos empapados con la lluvia
Y de fragancia llenos!

Recorrí las sabanas solitarias
Sobre corcel indómito y fogoso,
Veloz como el relámpago, revuelto
En densa nube de menudo polvo.
Desalado salvaba los torrentes,
Que rebramaban con acento ronco,
Y trepaba á la cumbre de los montes,
Y miraba ocultarse poco á poco
El bello sol del trópico en su tumba
De púrpura y dë oro.

Y tambien me he sentado pensativo
A par del melancólico sepulcro,
Y he visto á la abubilla solitaria
Volar sobre las cruces de los túmulos.
He sentido rodar las secas hojas
Con sordo y melancólico murmullo,
Y ví la espina alzar sus corvos ramos
Abrazando las tumbas, y del buho
Escuché, que se queja entre la sombra,
El eco jemebundo.

Me he sentado á la márgen de gran lago
Siguiendo el curso vario de las ondas,
Que acompasadas baten en la orilla
La suelta arena y las silvestres ovas.
Y he mirado en silencio y distraido
En la opuesta ribera, alzar la corza
Su enramada cabeza, y á las garzas
Atravesar el lago majestuosas,
Olvidando las penas de mi vida,
En tu márgen, ¡oh Tota!

Y al borde de tu horrible precipicio
Me he sentado tambien, ¡oh Tequendama!
Y escuché con delicia el gran estruendo
Que hacen en la vorájine las aguas.
Imágen de la vida de los hombres
Que á hundirse van en tumba solitaria
Para volar despues á otras regiones,
Cual las fugaces nubes que se alzan,
Y brillar, como brillan por tu frente,
Íris de corvas alas!

Mas si naturaleza en tantas formas
Su original belleza nos ofrece,
Ya entre los bosques al caer la tarde,
Ya en las quejas del rápido torrente,
Ya en la luz de la luna solitaria
Que en los antiguos árboles se cierne,
¡Cuán terrífica y grande no se muestra
Dentro del corazon del hombre débil!
¡Qué cuadros en sus páginas la historia
Nos hace ver presentes!

¡Qué abismo el corazon con sus pasiones,
Sus mentirosas glorias y sus males!
Jamas se oyó rugir con mayor fuerza
El ala de los recios huracanes,
Cuando en medrosa noche hundiendo el dia
La extensa soledad airados barren.
¡Ay del pobre mortal que solo á solo,
Como Jacob, batalla con el Ángel!
¡Feliz al ménos al cerrar los ojos,
Si victorioso cae!

Mas la Historia no pinta su miseria,
Ni su interior afan, ni su martirio;
No recuerda su llanto solitario,
No rasga el velo á su interior abismo.
¡El hombre es una ruina! Más sombría
Que las de Babilonia y las de Tiro;
Campo inmenso, cubierto de cenizas,
Por tempestuosos ábregos barrido,
En que el viajero no halla ni una piedra,
Ni un nombre en ella escrito!

Ved á Núñez Balboa abrirse campo
A pesar de la suerte y de los hombres,
Hasta subir al templo de la Fama
Y grabar triunfador en él su nombre.
De enmedio de las filas populares
Se alzó intrépido; así desde los montes
Se lanza á la region de las tormentas
El águila con vuelos vencedores,
Dejando atras la nube en cuyas alas
Airado el rayo corre.

Su valor es su alcurnia esclarecida,
Su espada es el blason de su nobleza:
De unos pocos soldados rodëado,
Confiando sólo en su feliz estrella,
Puesto el oido al canto de la Fama
Que á rematar lo impele la alta empresa,
En los bosques del Istmo, donde nunca
Hombre civilizado puso huella,
A abrir paso al comercio y á las artes,
Impávido penetra.

¿Qué eran ante su pecho de diamante
Sierras bravías, soledad temible,
Naturaleza vírgen en que sacan
En confusion á la region sublime
Sus elegantes copas las palmeras,
Los corpulentos cauchos y los dindes;
Miéntras entre el jaral inextricable
Tienden sus brazos los silvestres mimbres,
Formando una muralla que los rayos
Del sol nunca recibe?

¿Ni qué mella en su pecho berroqueño
Pueden hacer los desiguales saltos
Del chacal carnicero, ni el aspecto
De la serpiente rápida, ni el dardo
Del salvaje, habitante de los bosques?
Tal parece que el cielo le ha formado
De otra naturaleza, dándole alma
Dura como el acero ó como el mármol,
Criándolo en la escuela de las penas
Y los duros trabajos.

¡Vedlo! impávido trepa el agrio monte
Que sirve de barrera á entrambos mares,
Abriéndose camino victorioso
Por medio de la selva inextricable.
Ya no se oye el murmullo de las olas,
Ya no se siente el céfiro süave,
Ya no se ven las purpurinas flores
Sus perfumadas copas dar al aire,
Ya no se ve á los pájaros cantores
Dar sus vuelos fugaces.

Una naturaleza más augusta,
Grandes cuadros presenta ante los ojos.
Barre fuerte huracan aquellas sierras,
Zumbando airado en los desnudos troncos:
Saltan en blanca espuma de las rocas
Puros y cristalinos los arroyos:
Allí crecen el musgo y los helechos
Y la espelecia de amarillos copos;
Y el gavilan que habita entre las peñas
Pasa volando solo.

Pero el color del cielo es exquisito,
Puro y azul, sereno y transparente,
Como brillantes son los sueños gratos
En que su alma magnánima se mece.
Delante va del escuadron pequeño
Con paso firme, con serena frente,
Cual el brindon lozano en la yeguada
Primero á los obstáculos se ofrece,
Y alzando airoso la cabeza, corre
Y á un lado y á otro vuelve.

Subió al fin á la cumbre de los Andes,
Y á bajar empezó la alegre tropa;
Y á internarse volvieron en los montes,
Y á caminar bajo la espesa sombra
De árboles seculares; y volvieron
El arrullo á escuchar de las palomas,
Y á romper con la espada las lïanas,
Y á oir de léjos ruido de las ondas,
Mas ondas de otro mar que iba buscando
Vasco Núñez Balboa.

Y sube á alto peñon, á cuya planta
Murmura con amor la onda marina,
Y de repente con asombro y gozo
El *Mar del Sur* por vez primera mira.
Desplomáronse lánguidos sus brazos;
Dobló ante tanta gloria la rodilla,
Y mojaron su faz regocijada
Lágrimas inefables de alegría,
Y su pecho, formado por la Gloria,
Con la gloria palpita.

¡Oh generosa edad de fe sincera,
Si afeada por crímenes atroces,
En que por Dios y por su Rey cumplian
Tanta hazaña inmortal los españoles!
El canto de alabanza acompañaban
A toda heróica accion aquellos hombres,
Y al Señor humildosos referian
El éxito feliz de sus acciones.
Puesto en pié Vasco Núñez, á su tropa
Dirigia estas voces:

"¡Venid á contemplar, amigos mios,
El blason inmortal de vuestra fama!
¡Ved ese mar inmenso y apacible
Que venimos buscando, cuál dilata
Hasta el confin del mundo postrimero
Sus ondas bellas que la vista encantan!
¡Está abierta la puerta que tenia
Esta region del Mundo separada!
¡Yo tomo posesion del Océano
Por mi augusto Monarca!"

Esto dijo, y desciende espada en mano,
Y á poco ya mojaban sus rodillas
Las aguas de la mar. La mar entónces
Como un espejo inmenso relucia;
Y un himno de contento de sus ondas
Sonando á la region lejana iba,
Que ve las altas torres elevarse
Bajo el cielo purísimo de Lima,
Y á las regiones últimas, desiertas
Que Magallanes via.

Muchas islas, cual búcaros de flores,
Flotando en esas aguas ve Balboa,
Y las visita sobre frágil balsa
Que de silvestre junco y ramas forma.
Sacan las Hijas de la Mar cerúlea
La blanca frente coronada de ovas,
Y le ofrendan las perlas exquisitas,
Espuma de la mar cuajada en gotas:
De amor y admiracion débil tributo
A empresa tan heróica.

*

Y voló el tiempo, y en su curso trajo
Un hombre audaz, espíritu sublime,
Que asciende á esa atalaya de la tierra,
Toma la clava ponderosa, y dice:
"Yo romperé la roca formidable
Que el comercio del mundo hasta ahora impide;

Y juntando de un mar y otro las olas,
A las naves daré tránsito libre,
Haciendo verdaderas las hazañas
Del fabuloso Alcídes.

"¡Y qué! ¿no pude yo romper el muro
Que cerraba las puertas del Oriente,
Obra en que desmayaron del Egipto,
Sin alcanzarla, los soberbios Reyes?"
—¡Triunfa, pues, oh magnánimo! ¡La gloria
Coronas trenza ya para tus sienes:
Tu obra bendice Dios; y los poetas
Cantan ya en tu loor himnos celestes,
Y tu nombre, Lesseps, y el de Balboa
Juntos irán á las remotas gentes!

LA MISION.

QUIEN tras penosas horas de camino
Pisa al fin La Sabana,
Descubre un panorama peregrino
A la primera luz de la mañana.

Ve la excelsa cadena de los montes
Alzarse en el Oriente,
Y un campo al pié de extensos horizontes
Dilatarse cual lago transparente.

Abajo de la altiva cordillera
Ve á Bogotá tendida,
Cual si una ninfa de los bosques fuera
Que, despues de la caza, está dormida.

Sus desiguales torres á los cielos
Las iglesias levantan,
Miéntras cruzan el aire en raudos vuelos
Mil avecillas que gozosas cantan.

Borbollan los cristales de la fuente
Con murmullo sonoro,
Y la brisa que baja del Oriente
Se desparrama sobre mieses de oro.

El verde de sus fértiles praderas,
Es de esmeralda el verde;
De sus montes las quejas lastimeras,
De arpas el són que entre árboles se pierde.

Sus noches apacibles y estrelladas,
Son las noches de Aténas;
Y sus vegas se miran matizadas
De randas de jazmines y azucenas;

Y quien respira allí bajo las frondas
De la selva el ambiente,
De luz bañado en portentosas ondas,
Más completa correr la vida siente.

*

¡Con qué pasmo verían los primeros
Fieros conquistadores
La amplísima Sabana y los oteros
Cubiertos todos de silvestres flores!

Fué así como Jiménez de Quesada,
Descubriendo esta vega,
Gritó á su tropa: "¡Ved otra Granada
Que á nuestros ojos desde el Cielo llega!"

Mas no todos soldados. Otros hombres,
Hombres de paz venian,
Que no el mando, ni el oro, ni los nombres
Que la Fama eterniza apetecian.

Luenga la barba, enjutos los semblantes,
Encovados los ojos,
A fúnebres fantasmas semejantes
De los sepulcros lívidos despojos;

Cubre tosco sayal su cuerpo; pisa
Su pié desnudo el suelo,
Y al sol ardiente, de la inquieta brisa
Hace flotar su cabellera el vuelo.

Parados de la nave en la alta popa,
Miraban silenciosos
La última tierra de la culta Europa
Perderse en los confines tenebrosos.

¡ Dejar la Patria!.. ¡ y para siempre! ¡ el suave
Hogar donde vivimos,
El campo, el rio, la floresta, el ave!..
¡ La dulce luz del cielo en que nacimos!..

¿ Y á qué venir á América salvaje,
Dejando allá la vida?
¿ Y para qué emprender tan largo viaje
A bárbara region, desconocida?

¿ Tiene acaso vislumbre de esperanza
La débil golondrina
Que al Océano rápida se lanza
Con vuelo sesgo osada peregrina,

De volver, cuando vuelva primavera,
A pïar dulcemente
En la granja en que vió la luz primera
Del sol de mayo al esplendor fulgente?

¿ Quién era más en esa edad de hierro
Y hazañas inauditas,
Los que se condenaban al destierro
Y á muerte cierta, pobres cenobitas,

O el audaz paladin que, cual tormenta
Que arrasa y que devora,
Ni edad ni condicion dejaba exenta
Del filo de su espada destructora ?

Este alza el hacha airado, y se derrumba
Inmensa monarquía,
Y veinte reyes bajan á la tumba
Con sus vasallos todos en un dia ;

Y del otro en los labios hay sonrisas,
Palabras de amor santas,
Y ve las hordas bárbaras sumisas
Como mansos corderos á sus plantas.

La inmensa soledad abrió su seno. . .
¡ Oh portentosos montes,
En cuyas arduas cimas duerme el trueno !
¡ Sabanas que os tendeis sin horizontes !

¡ Rápidos rios, nunca vadeäbles !
¡ Region do el rayo zumba !
¡ A esos hombres de Dios sed favorables ! —
¡ Oh ! ¡ no lo fueron, no ! les dieron tumba.

*

¡ Las Misiones no existen ! Ni memorias
Quedan ya de esos hombres :
Nadie podrá contarnos sus historias,
Nadie decirnos sus benditos nombres.

Donde hoy la selva crece i se enmaraña,
Y tupida se estrecha,
Y roble, y pino, y sauce, y espadaña
Al viajero extraviado no abren brecha,

Hubo un pueblo feliz. Yo me transporto
A ese pasado dia,
Y lo que fué Mision contemplo absorto,
En otro tiempo cuando Dios queria.

De las hachas al golpe el eco gime,
Y huye el águila altiva,
Y se remonta á la region sublime
Asustada á buscar en donde viva.

Desviado de su lecho el gran torrente,
Corre en ondas de plata,
Y murmurando, rápido y ferviente
En la ancha loma su raudal dilata.

Bajo el paciente buey el limpio arado
Rasga la tierra dura;
Y el rubio grano en ella derramado
A ese pueblo dará despues hartura;

Y allí donde el espino y los abrojos
Tupian la montaña,
Ven blandear atónitos los ojos
Dorada espiga sobre frágil caña.

¡ Qué dulcemente que susurra el viento
En los techos pajizos,
De donde el humo en blando movimiento
Alza su espira de azulados rizos !

Y en medio de las mieses y en la alfombra
Que á tomillo trasciende,
A una gente sencilla haciendo sombra,
La cruz del Redentor sus brazos tiende;

Y nace la república cristiana;
Y otra, y otras, y ciento,
Ya orillas de algun rio, en la Sabana,
Ya en el monte que toca al firmamento.

*

¡ Mas el tiempo voló ! ¿ Qué halló el viajero
Que perdido el camino
Llegó á sentarse allí, cuando el lucero
De la tarde se alzaba peregrino ?

El zarzal extendia como alfombra
Sus dilatados brazos;
La cruz de la Mision no daba sombra
Que en el suelo yacia hecha pedazos.

Perdió su antiguo lecho el gran torrente
E inundó la campaña;
Y sobre esa laguna transparente
El junco alzó su resonante caña.

Saltó sobre un lejano montecillo,
Sin el menor recelo
De cazador, el suelto cervatillo,
Y la garza pasó con blando vuelo.

Allí no clamorean las campanas
Con alocados sones,
Y del templo, en los brazos de las lianas,
Quedan sólo musgosos paredones...

*

¡ TAL fué de destruccion la obra funesta
Del Monarca tirano ;
Mas que tirano, débil, que se presta
A que la örden selle ajena mano !

¡ Cárlos !.. Mas no profanes, Musa mia,
Con semejante nombre
El cántico armonioso de alegría
No al tigre consagrado sino al hombre.

Ya en ese corazon su fria mano
Puso la fiera Muerte...
¡ Aguardemos al dia soberano
En que el mal Rey del sueño se despierte !

LA GOAJIRA:

A LAS MADRES COLOMBIANAS.

Cuando el sol de los trópicos se lanza
En el espacio cóncavo del cielo,
Cual gigante que empieza su carrera,
En oriambar baña la primera
Una bella region que el mar azota
Que último vió Colon, y el que estremece
La regalada brisa
Que en Pária hermosa los palmeros mece.
Allí, al Poniente, en la region suprema,
Con los rayos del sol reverberantes,
Cual límpidos diamantes,
De La Sierra en la cima resplandece
De granizo inmortal la gran diadema.
Soledad deleitosa, fiel remedo
Que ha quedado en la tierra
Del primitivo Eden; donde las aguas,
La luz, y el cielo, y las espesas sombras
Del bosque secular, y los ruïdos
De blandas ondas y sonoro viento
Se hallan en armonía,
Y son música grata á los oidos,
Descanso al pensamiento,
Páz á la alma, á la mente poesía.

Es la region goajira
Donde Naturaleza abrió la mano,
Y pródiga vertió de su tesoro
Flores y frutos, y esmeraldas, y oro,
Y hermosura y placer; á la que abraza
Enamorado el férvido Océano
De blandas ondas al rumor sonoro;
Donde es divino el cielo que se mira
Encima sonreir claro y sereno,
Y regalada el aura que respira,
Pura y vital, regocijado el seno.

Para el hijo de aquellas soledades
Del alta Sierra en albos grumos baja
El afanoso rio que, entoldado
Por árboles que vencen las edades,
Roto entre el peñascal gime y borbota.
Para él amante cuaja
En la cerúlea caja,
Que guarda el mar en su profundo seno,
Cambiada en perla transparente gota.
Y cuando el cielo inundan los raudales
De santa luz con que el Oriente brilla,
Despierta para él el almo coro,
En el que oir se deja,
Como reclamo de amorosa queja,
La vencedora voz de sus turpiales,
Entre las mil de innúmera avecilla;
Y hace para él volar en el ambiente
La fragancia que guarda
En sus nectarios de oro
La trepante, aromática vainilla.

¡Y hoy esa tierra está muda y oculta!
¡Y hoy nadie traspasar sus lindes osa!
¡Y hoy esa raza que la puebla, vive
Como las fieras; y ni luz, ni ciencia,
Ni salud, ni verdad, nada recibe!
¡Y esa region es tierra colombiana!
¡Y el viajero que surca el Mar Caribe,
Y el que de Pária el litoral azota,
Se pregunta asombrado
Cómo el patrio pendon no en ella flota!
¿Hijos no son acaso tambien ésos
De la Patria comun, pues cómo yacèn
En abandono tal?—Mas de repente
Oigo una voz de luto y de querella,
Y se ofrece á mis ojos
La Madre Goäjira enhiesta y bella.

Por sus hombros y cuello
Baja suelto el undívago cabello
Las formas á velar frescas y puras
De su seno fecundo,
Muy más que el de Cibéles, la gran diosa
Que nos fingió la Grecia
Hija del Cielo y de Saturno esposa.
La languidez de su húmeda mirada,
Como del que ha llorado amargamente,
Contrasta con la fúnebre sonrisa
Que vaga por su boca delicada.
Tal sobre el césped que una tumba arropa
Se balancea al soplo de la brisa
De una silvestre flor la bella copa.

"¡Ay! ¡ay de mí infelice!
Con amargura dice,
¿Qué me ha valido ser del almo cielo
Favorecida tanto,
Si mis hijos consumen sin consuelo
Su inútil vida en el error y el llanto?
Unas veces con pié vagan incierto
Por la espesura de la selva umbrosa
O la ribera del sonante rio,
Y otras las grandes pampas del Desierto,
Rápidos cual relámpago, atraviesan
Sobre corcel indómito y bravío;
Otras, de pié, sobre el excelso escollo,
En el arco apoyados, largas horas
Pasan meditabundos
Contemplando la mar que arrastra airada
De sus ondas gravísimas el rollo
A romperse con ecos gemebundos.

"¡Ay! y yo misma atravesar he visto
Los senos de este piélago profundos
A velas desplegadas una nave...
En una de esas fué do aquí aportaron
En los antiguos dias
Los humildes discípulos de Cristo;
Los que con sus palabras de amor suave
De la salud la senda nos mostraron.
Hoy, como siempre, miro
Naves y naves desfilar veloces:
Y hoy, como siempre, en vano yo suspiro,
Y en vano lanzo mis dolientes voces.

4

¡Vosotros, ay! los que os llamais cristianos,
Los que os llamais del desgraciado hermanos,
Dad un altar al infeliz goajiro!

"La nave que ahora pasa y desparece
En el límite combo de los mares,
Lleva tal vez los santos misioneros
Que van á alzar en la última Oceanía
Al verdadero Dios templo y altares.
Y el que llega á estas playas,
Mercader sin entrañas, en retorno
Del saludable bálsamo y las perlas,
Y del oro nativo y plumas gayas
Nos brinda armas mortíferas, y en copas
En que el licor chispea, aleve vierte
El sueño del espíritu y la muerte.
¡Y veis vosotros esto, y los atroces
Dolores en que espiro,
Y no atendeis á mis dolientes voces!
¿Y todavía os llamareis cristianos?
¿Direis que sois del desgraciado hermanos?
¡Tened piedad del trance en que me miro
Dando un altar al infeliz goajiro!

"Todavía en el fondo de las selvas
Al extraviado cazador admira
Hallar las ruinas del altar sagrado
De la antigua Mision: palmas y dindes
Entre las rotas piedras han brotado,
Y la zarza derrama sus festones
De la cruz en un brazo destrozado.

"¡Venid! mano leal y fácil senda
El goajiro os dará, tan fiel amigo
Cual fatal enemigo en la contienda.
Talad los bosques: surque el pino leve
El mar, y la riqueza de mi seno
A las regiones más remotas lleve.
Abrid, abrid los puertos;
Trazad caminos y fundad ciudades;
Cambiad en poblaciones los desiertos:
¡Ay! y en retorno de riqueza tanta,
Concededme los bienes á que aspiro:
¡Dadle donde adorar una ara santa,
Y una Patria que amar, dad al goajiro!

"Y vosotras, ¡oh madres colombianas!
Mirad mis pobres hijos...
No derramó la púdica azucena
La nieve por su faz, ni sus cabellos
Bajan hasta su cuello en ondas de oro;
Mas mirad de sus ojos los destellos,
Y sus labios rientes
Que dejan ver, iguales cual las horas,
Entre el rojo coral los blancos dientes...
Su madre soy, y me parecen bellos.
Por amor de los vuestros tan hermosos,
Y junto de vosotras tan dichosos,
¡Tened piedad compadecidas de ellos!
¡Si una lágrima sola, si un suspiro
Os merecen sus hados inhumanos,
Darán vuestros esposos,
Que se precian de hidalgos y cristianos,
Patria y altar al infeliz goajiro!"

BOYACÁ.

YO contemplé con pasmo religioso
Alzarse el sol ardiendo en vivo lampo,
Una vez y otra vez resplandeciente,
¡ Famoso Boyacá ! sobre tu campo.
Ya los ecos salvajes
De tu colina bella
No repiten del bronce el estampido :
Ya de tu antigua gloria en ti no hay huella ;
Y aquí se dieron cita
Dos pueblos valerosos
A definir una mortal querella.
Y éste es el mismo rio que, engrosado
De las tormentas con las turbias aguas,
Sobre la roca solitaria espúma,
Donde enlazados en abrazo odioso
En la última agonía
Los cuerpos de los fuertes campeönes
Arrastró confundidos aquel dia.
No hay túmulos aquí, no hay inscripciones
Que conmemoren tan heroicos hechos.
Las cruces de madera
Con que la Religion honró las tumbas

Cayeron; ahora extienden los helechos
Tan sólo aquí su movediza copa,
Y pasta mi corcel la verde grama
Que de los bravos el sepulcro arropa:
Y aquí, de noche, los labriegos oyen
Suspiros en el viento,
Tropeles de caballos desbocados
Y el retintin de aceros que se chocan,
Cuando se pone la menguada luna
Entre las negras nubes de Occidente,
Y el can ladra á las sombras tristemente.

Los Alpes gigantescos, la barrera
Que entre los pueblos asentó el Eterno,
No atajaron el paso al fiero Aníbal,
En Trasimeno vencedor y en Canas,
Ni al gran Napoléon para ceñirse
De Marengo los lauros
En las campiñas fértiles romanas.
Cállense estas empresas generosas,
Que aquí hay mayor virtud y hechos más grandes;
Como á la cima de los Alpes vence
La excelsitud enorme de los Andes.

Desde donde el Apure al Orinoco
Con ronco estruendo su raudal tributa,
Hasta donde los Andes su cabeza
Alzan orlada de perpetua nieve;
Llanos inmensos, caudalosos rios,
Soledad espantosa atravesando,
Bolívar salva, al español buscando.

No el cielo, triste con el largo invierno,
Que torna en mar inmenso las sabanas;
No la inclemente tierra, en que del tigre
Sólo se ven las huellas,
A Bolívar detienen: marcha, abajo
Quedan los Llanos; marcha, y á la cumbre
Trepa de los gigantes de la tierra,
Y pisa al fin la ubérrima comarca
De la bella y feliz Cundinamarca.

Cual tempestad horrenda que camina
Cubriendo con sus alas pavorosas
Monte y valle, poblados y colina;
La oscuridad y el miedo la preceden,
El exterminio y muerte van con ella;
Sopla abrasado el huracan; se raja
La oscura nube donde duerme el rayo,
Y en ángulos de fuego corre y baja;
Retumba rimbombando el ronco trueno
Y de la tierra se estremece el seno:
Así Bolívar llega, y se presenta
A la contraria hueste de improviso,
Que, asombrada, la fuga en vano tienta.
El héroe como el águila, sedienta
De sangre, y de furor llena y de rabia,
Que por do quier su presa enhambrecida
Sigue sin darle punto de respiro,
Cierra las sendas á cobarde huida.
Y se traba la lid: la Muerte cruda
En ambos campos pasa la hoz aguda
Inmolando cien víctimas y ciento;

Y cuando en el hervor de la pelea,
El tronar del cañon cesa un momento,
De los heridos se oye la alarida
Con triste guaya ensordeciendo el viento,
O la voz de Bolívar conocida
Que al combatiente infunde nuevo aliento.

El sol que en la mitad de su carrera
Vió empezar el combate,
De púrpura riquísima en el velo
Que en el pórtico tiéndese del cielo
Ya con ménos fulgor la frente abate;
Y la mortal contienda acaba sólo
Cuando llega la noche, y las estrellas
Con su luz celestial bañan el polo.

¡Oh! ¡qué espléndido triunfo! ¡Cuántas veces
Cuando el héroe magnánimo,
En las noches sin sueño,
Solitario en su tienda se sentaba
Y el pensamiento inquieto revolvia
Al tiempo irrevocable,
Las inmortales hijas de su gloria,
— Ayacucho, y Junin, y Carabobo . . . —
Radiosas desfilar ante él veia:
Cual Boyacá ninguna
Entre tanta victoria,
Que así pierden su brillo las estrellas
Cuando aparece la fulgente luna.

Se figuraba entonce estar oyendo
El eco del clarin entre el redoble

Del atambor guerrero y las descargas;
Del cañon el estruendo,
Los gritos de victoria, los quejidos
Del soldado muriendo,
Y el alto relinchar de los caballos
Que sin dueño en el campo vagueaban;
Y ver el flamëar de las banderas,
Y el brillo de las armas refulgente,
Y las nubes de humo...
A nueva vida entónces renacia
Su corazon de penas espirante,
Cual cobra su esplendor por un momento
Lámpara moribunda
Cuando sopla una ráfaga de viento.
Es de inmortalidad el aura santa
Que de otros mundos á nosotros viene,
Que nuestro pobre corazon inunda
De paz, que en el martirio nos sostiene
Y á regiones de gloria nos levanta.

¡Todo pasó! Mas cierto
Que tal valor, virtud y patriotismo
Mejor corona y premio merecian.
¡Patria! tú mandas el deber severo,
Sin prometer el canto de la Fama
Ni el honor del sepulcro postrimero.
¡Regocíjate ya! Los claros nombres
De tus hijos, á par pueden oirse
De los que fueron prez de otras edades,
Más semidioses que hombres,
Camilos, y Leonídas, y Milciades.

Mas si tales la suerte y los destinos
De nuestra raza son; y si el torrente
Del tiempo en sus revueltos torbellinos
Consigo arrastra á una
De los mortales glorias y fortuna,
Quedan con todo nombres
Que eternos vivirán entre las gentes;
Y el tuyo ¡Boyacá! fué consagrado
A la inmortalidad en el gran dia
En que Bolívar desnudó su espada
En tu glorioso campo,
Y disipó con victorioso lampo
De esclavitud la centenaria niebla
En que Colombia mísera yacia.

¡Oh Boyacá! ¡tú, testimonio vivo
Eres de esta verdad asombradora!
Vives; mas sólo reina en tu colina
El silencio sublime
De augusta majestad: si el viento gime
Sólo la voz del rio aduladora
Lleva, ó la del cansado peregrino
Que canta —y no á tu gloria, que él ignora—
Por consolar la pena del camino.

COLON Y BOLÍVAR.

CUANDO Colon, desde la frágil quilla
De su roto bajel, vió de repente,
Con la primera luz del sol naciente,
Aparecer la americana orilla;

Y el canto oyó de innúmera avecilla,
Y oyó el rumor de la lejana fuente,
Y la tierra besando reverente,
Dobló al gran Dios humilde la rodilla;

Y cuando así los años de tristeza
Los de larga orfandad y de aflicciones
Premiaba Dios con sin igual largueza;

Cuando daba otro Mundo á las naciones,
¿ Pudo pensar jamás que en pobre huesa
Dormiria entre férreos eslabones?

*

Y CUANDO como el águila, señora
De la libre region del firmamento,
Rasgando audaz el tormentoso viento
Llega al alto peñon en donde mora,

Bolívar á la cumbre aterradora
Del Chimborazo–rey subió contento,
De noble palma y de laurel sangriento
Coronada la frente pensadora;

Y vió del Orinoco al Apurima,
Del uno al otro mar la ancha bandera
De santa Libertad flotar encima;

¿ Pudo pensar jamás en la palmera
Que habia de dar sombra en otro clima
A su tumba del mar en la ribera ?

LA MONJA DESTERRADA.

(EN ALTA MAR.)

> Uomini poi a mal più che a bene usi
> Fuor me rapiron della dolce chiostra;
> Dio lo si sa qual poi mia vita fusi.
>
> DANTE, PARAD. c. III.

DE pié, sobre la popa de una nave
Que rompe la onda del cerúleo mar,
La faz enternecida, pero grave,
¿Dónde va esa mujer? ¡Ni ella lo sabe!
¿A Italia? ¿á Francia? ¿á España?
¡Donde quiera que llegue, tierra extraña
Sólo su planta logrará pisar!

De sus miembros en torno el viento azota,
Combas formando, el áspero sayal;
Sobre su espalda el blanco velo flota,
Y de su Patria en la region remota
El ojo clava fijo,
Y sobre el pecho aprieta un crucifijo,
Solo refugio en medio á su orfandad.

Le preguntan tal vez: — ¿De dónde vienes?
—De Bogotá! responde con dolor.
—¿Padres, deudos, amigos allá tienes?
—Mi altar, mi humilde celda eran mis bienes,
Y mi padre y mi esposo,
Mi único amante, amigo generoso,
¡Mi único bien sobre la tierra, Dios!

—¿Y á dónde vas, desamparada y sola
Por el mundo falaz, pobre mujer?
—Tanto saben las hojas de amapola
Donde las lleva el viento; tanto la ola
De este ancho mar de plata,
Que hasta el polo del mundo se dilata,
El escollo en que al fin se irá á romper.

—¿Y cuál tu crímen fué, vírgen cristiana,
Para tal abandono y proscripcion?
—Allá dictaron una ley tirana:
Toda razon y súplica fué vana;
Y á mendigar salimos;
Y hogar, y pan, quietud y paz perdimos.
¿Y nuestro crímen? Adorar á Dios!

Soñé desconocida en mi retiro
Junto al altar de mi Señor morir:
Hoy... ¡ya no tengo Patria! En vano miro
Montes excelsos, ancho mar que admiro,
Pero que amar no puedo,
Porque me infunden pasmo, asombro y miedo
Su inmensa mole y su incesante hervir.

Vi por entre las sombras vespertinas,
A tierra el vuelo osado enderezar,
Bandadas de fugaces golondrinas:
Ellas tambien, cual yo, son peregrinas;
Mas, ¡qué distinta suerte!
¡Oh Patria! yo jamas volveré á verte,
¡Ellas van en tu seno á reposar!

¡Oh! ¡volad! ¡y llegando finalmente,
Al traves de la negra tempestad,
Bajo el ala del Padre Omnipotente,
Con la primera luz del sol naciente,
Al profanado asilo
Donde pasaba mi vivir tranquilo,
De mi celda en la reja gorjead!

¡Oh Patria! yo bajé tus grandes rios,
Y tus sabanas fértiles crucé;
Subí á tus montes ásperos, bravíos,
En que la nieve vence á los estíos;
Y luégo en la ribera
Parada, la ancha mar, tendida y fiera,
Con pasmo y con delicia contemplé.

¡Oh! ¡qué hermosa eres tú! Grande y fecunda,
Como el Eden que el crímen nos robó;
Besa tus piés la mar ancha y profunda,
Y en raudales de fuego el sol te inunda.
Rica de tantos dónes,
¿Qué nacion entre todas las naciones
Merece más, de las que Dios formó?

Uno, de quien América blasona,
Por este mismo mar cruzó tambien
Buscando tumba en apartada zona:
Hallóla; y llanto, y palmas, y corona;
Pero ¡silencio! ¡basta!...
¡Ah Patria! ¡ah Patria! ¡tú, crüel madrastra
De hijos que fueron tu ornamento y prez!

Yo iré á vivir tambien con los extraños,
Yo iré á comer el pan de mi dolor,
Y á sufrir esquivez, miseria, engaños;
Mas cuando llegue el plazo de mis años
Reclinaré mi frente,
Al pasado dolor indiferente,
En el seno amoroso del Señor!

A UN JÓVEN POETA.

(D. R. POMBO — 1856.)

POËTA! cuando brillas en tu aurora,
Conquistando con lira vencedora
Ramo imperecedero de laurel;
Yo me apago en mi pálido Occidente,
Marchita la corona de la frente
Que de mi necio orgullo premio fué.

Todo rie á tus ojos en la vida.
Bajo de un cielo azul miras tendida
La tierra como un rollo de verdor;
Y encima reverberan como faros
Del Ecuador los astros siempre claros
Derramando purísimo esplendor.

¡Contempla el sol, la tierra, el firmamento!
¡Oye las alas rebatir al viento!
¡Percibe los aromas del pensil!
¡Mira ese fiero mar, extenso y solo,
Sus ondas arrastrar de polo á polo
De blanca espuma en promontorios mil!

Contempla de los séres la cadena,
Desde el insecto oculto entre la arena,
Al hombre, rey de toda la Creacion;
Y álzate más allá con audaz ala,
Del Patriarca Jacob sobre la escala,
A las gradas del trono del Señor.

¡Poëta! ¡es tuyo el universo entero!
¡Míralo cuán hermoso y placentero
Ostenta sus encantos ante ti!
Y es juntamente amor y poesía,
Y un cántico solemne de alegría
Al que lo supo criar y ornar así.

*

El tempestuoso mar ruge bravío,
Miéntras duerme la gota de rocío
En la fragante copa del rosal...
Vuela el dorado insecto, cuya vida
Es de un dia, en la flor, cuando atrevida
Rasga el éter el águila caudal.

Sobre un lecho de musgo la gacela
Descansa al són del céfiro que vuela
Medio doblando el cáliz de la flor;
Miéntras arrastran crótalos crüeles
Entre el jaral sus roncos cascabeles,
Cuyo ruido intimida al cazador.

Vuela el cocuy en noche tenebrosa
Tras sí dejando huella luminosa,
Que es de su amor clarísimo fanal;
Y el sol derrama fúlgidos torrentes
Que inundan cuantos mundos hay presentes
Del Criador á la vista paternal.

Así, á par de su dulce compañera,
Del laurel á la sombra y la palmera,
En los risueños bosques del Eden,
Vió pasar la Creacion el primer hombre,
Y, viéndola tan bella, le dió nombre,
Y ella sumisa le inclinó la sien.

¡Vé la mujer!.. criatura cuya planta
La yerba apénas al andar quebranta,
Si pensativa vaga en el verjel;
Del hombre madre ó la feliz esposa,
Siempre sagrada, buena, candorosa,
Grata consolacion y amiga fiel.

Tembloroso el Pudor y reverente,
Mirándola tan bella, en la alba frente
Su casto beso con amor la dió.
Ruedan sobre sus hombros los cabellos,
Como los gajos del jacinto bellos,
En anillos que el céfiro enredó.

Duerme en sus ojos el fulgor del rayo,
Y el color de su faz rosas de Mayo
Es, mezcladas á globos de jazmin;

Y cuando abre su labio la sonrisa,
No hay aroma de flor, ni suave brisa
Que la iguale en espléndido jardin.

*

¡Y ese universo es tuyo!—El gran lamento
Con que en antiguos bosques gime el viento
Cual órgano en inmensa catedral;
De las flores de Abril las lindas galas;
Del íris corvo las brillantes alas,
Desplegadas despues del vendabal;

La lágrima que brilla vacilando
En la pupila de la vírgen, cuando
Da el postrer beso y el postrer adios;
Y la sangre del héroe que gotea
Enrojeciendo el polvo en la pelea
Al morir por su Patria ó por su Dios;

Y la fe de Colon cuando despliega,
A despecho del austro, en noche ciega
Las destrozadas velas á la mar;
Y de Bolívar la fulmínea espada,
Que, cual la voz de Dios, de entre la nada
Pudo tres grandes pueblos levantar;

Del hombre el corazon, profundo seno
De mal y bien, de luz y sombra lleno,
De duda y fe, rencor y caridad;

Con su durable pena y corto gozo,
Y loco orgullo: ¡ abismo prodigioso
Barrido por perpetua tempestad!

*

¡ Ese tu imperio! ¡ cuanto ven tus ojos!
Al mirarlo, postrándote de hinojos,
Adora en tus cantares al Señor;
Porque así como el sol brilla en la esfera
Unico rey de la Creacion entera,
¡ Así omnímodo, solo, único, Dios!

*

De él derivamos nuestra ciencia escasa,
Nuestra corta virtud y fuerza lasa,
Débil amor y flaca voluntad;
Mas por él nos alzamos á la fuente
De todo lo que es BELLO, solamente
En cuanto es BUENO y en cuanto es VERDAD;

Y honramos del anciano los cabellos,
Y la inocencia de los niños bellos,
Y de la vírgen tímida el pudor;
Y el polvo de los mártires honramos,
Y el fiero despotismo detestamos
Porque la ley ofende del amor!

*

Con tu varilla mágica golpea
Diciendo al polvo del sepulcro: ¡ Sea!
Y á la vida los héroes tornarán

Llenos de majestad, de luz, de pompa;
Y á par de ti la clamorosa trompa
Que sus hechos celébre escucharán.

¡Oh, canta, pues! que el orbe espera atento
Pronto á aplaudir tu levantado acento
Y á arrojar las coronas á tu sien;
Y, aunque tocando casi á mi occidente,
Yo volveré mi complacida frente
Por ver tu triunfo y aplaudir tambien.

AL TEQUENDAMA.

OIR ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama! ansié sentarme
A orillas de tu abismo pavoroso,
Teniendo por dosel de parda nube
El penacho que se alza por tu frente,
Que, cual el polvo de la lid ardiente,
En confundidos torbellinos sube.
Quise tambien mezclar mi acento débil
Al grande acento de tus muchas aguas,
Y, respirando el aire de tu gloria,
Ensalzarla tambien con voz ferviente,
Mi lira haciendo digna de memoria,
Y arrojarla despues á tu corriente.

Héme aquí contemplándote anhelante,
Suspenso de tu abismo:
Mi alma atónita, absorta, confundida
Con tan grande impresion te sigue ansiosa
En tu glorioso vuelo,
Y al querer comprenderte desfallece
De tanta fuerza y majestad vencida.

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
De asombro y de terror á las naciones;
Cual rimbomba el cañon de la pelea,
Y anuncia así de léjos al viajero
La hórrida majestad que te rodea.
Los ecos ensordecen y se cansan
De repetir la horrísona armonía
Que de ti suena en torno
Cual si fueran los himnos de un trïunfo
Lleno de pompa y bélica armonía.
El águila asustada alza sus vuelos
Por el éter brillante á las montañas
Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Manso y tranquilo, y sosegado corre
Lleno de majestad; y de repente
Cual dragon infernal alza la frente,
Sacude enfurecido
Las vedijudas greñas,
Se asoma al borde del abismo, y brama,
Y se lanza iracundo
De un abismo á otro abismo más profundo
En sábanas lumbrosas de alba espuma,
A ser despedazado entre las peñas.
La roca al golpe gime;
Hierve la onda atormentada y gira,
Se rompe, se revuelve, se comprime
Con clamoroso y desigual estruendo,
O como quien se queja y quien suspira,
Y como el humo de una gran hoguera
A torbellinos al Olimpo sube

De clara niebla en argentada nube;
Y el poderoso acento
De soledad en soledad, de un monte
A un monte más lejano, lleva el viento.

El Angel Guardador de tus raudales
Aquí, de tarde, á contemplarte viene,
Y en ese altar de piedra que se avanza
Lleno de algas, de espuma zarpeado,
Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.
Su cabeza de juncos ven ceñida
Y de silvestres ovas,
Y su capa de púrpura teñida,
Los montañeses, y oyen el concierto
De su laud divino, al brillo incierto
De la pálida luna
Cuando en silencio está todo el Desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡oh! ¡nada falta
A tu gloria! Pictórico horizonte
Delante se abre; antiguos como el mundo
Los árboles se elevan en tu monte;
Solemnes armonías
Resuenan en tu seno ancho y profundo:
Flores, aromas, luz y movimiento;
Aire esencial de vida en cada aliento;
Un cielo claro encima,
Como el alma de un niño, ven los ojos;
Y por diadema para ornar tu frente
Íris de oro, de púrpura y diamantes
Se cruzan sobre ti reverberantes.

Mas ¿dónde están, ¡oh rio! aquellos pueblos
De esta region antiguos moradores?
¿Qué se hicieron los Zipas triunfadores
Que se sentaban sobre el trono de oro,
Y que padres más bien que augustos reyes
Con amor sonriendo y frente leda,
De dulce paz dictando iguales leyes,
Cual se gobierna una familia, al pueblo
Con el cayado patriarcal guïaban
Cual con riendas de seda?

¿En dónde el templo en láminas de oro
Resplandeciente al sol? ¿Á qué comarca
Trasladaron las aras en que ardia
El aroma suavísimo, entre el coro
De virginales voces noche y dia?
¿Dónde Aquimin? ¿el Bogotá? ¿el Tundama?
¿A dónde el santo Sugamuxi, á dónde?—
Tu trueno asordador, como un lamento,
Es la voz sola que á mi voz responde.

¡Pobres indios, abyectos, decaidos
Del vigor varonil, desheredados
De este tan bello y tan fecundo suelo,
Vosotros no poseeis de vuestra Patria
Sino el dulce aire y el brillante cielo,
O una heredad cortísima! El arado
Rompe la tierra, y de las tumbas saca
Los ídolos pequeños, confundidos
Con el polvo sagrado
De un sacerdote, un Zipa, un Rey de Iraca.

Como se avanzan á este abismo oscuro
Y en él se pierden las pesadas ondas,
Así su pobre raza desparece:
Parte cayó bajo el acero duro
De los conquistadores; en los hierros,
En infectas prisiones y sombrías
Se marchitó su juventud lozana;
Otra se pierde en el extraño abrazo
Con sangre de verdugos confundida....
¡Nacion ayer, no existirá mañana!

¡Y este rio caudal sigue corriendo
Como corrió desde la edad antigua!
¡Y el trueno aterrador que estoy oyendo,
Sonaba entónces como suena ahora,
Duro, rabioso, asordador, tremendo,
Como una eternidad devoradora,
Y sonará cuando al sepulcro caiga
Este hombre oscuro, débil, ignorado
Que oyéndolo á su borde está sentado!

¡Oh! ¡qué objetos! ¡el hombre y Tequendama!
¡El hombre sin poder, pincel, ni acento
Con que pintar lo que su mente inflama,
Que ayer nacido, vivirá un momento,
Y mañana en el polvo del sepulcro
De su vivir se apagará la llama!
¡Y esta tremenda catarata, eterna,
Con esa voz cual la de mil tambores,
Cual ruido estrepitoso
De cien y cien caballos triunfadores

En el afan de una total derrota;
Y ese hervir fragoroso, inextinguible,
Y esa su roca, firme, estable, inmota,
Que alcanzará á los años de los años
Y del mundo á la edad la más remota!

¡Calma un momento el torbellino raudo
En que ruedas, oh rio, al ciego abismo
Y ese fragor y la explosion del trueno!
¡Disipa el pabellon de negra nube
Que cada instante de tu lecho sube
Para velar tu majestad! Mi älma,
Mis deslumbrados ojos, mis oidos
Sordos ya con el ruido de tus aguas,
Anhelan contemplarte un solo instante
Y dejarte despues agradecidos!
Porque tu vista bella
Asombro, pasmo, horror sublime inspira,
Y de verdad severa leccion grande
Deja en la mente con profunda huella.
Aire de gloria y de virtud respira
El hombre en ti: capaz de más se siente:
De legar á los siglos su memoria,
De ser un héroe, un santo ó un poëta;
Y sacar de su lira
Un són tan armonioso y tan sublime
Como el íris que brilla por tu frente,
Como el eco de triunfo que en ti gime.

A TUNJA.

(DESDE EL ALTO DE SORACÁ)

¡Oh! ¡ved allí la antigua y noble villa
Patria del Zaque y tumba de Rondon,
Con su aire puro y su brillante cielo,
Sus altas torres que ilumina el sol!

A su sagrado suelo no dan sombra
La palma, el limonero ni el jazmin;
Ni se escucha la voz de los torrentes
Que ronca vaya al último confin.

Esto conviene á sus pasadas glorias
Y á su terrible y fiera majestad;
No el vuelo de la brisa entre las flores,
Más ronco són de recio vendabal.

Ella cual la Cibéles de la fábula,
Nos muestra sonriendo por blason
La virtud y belleza de sus hijas,
De sus heróicos hijos el valor.

Que tengan otras tierras bellos campos,
Rios, flores... ¿qué importa? aquí nací:
¿No ama tambien el águila su roca,
Cual su humilde rosal el colibrí?

Esos despedazados monumentos,
Que no pueden mirarse sin dolor,
Son elocuentes ruinas que publican
Noble infortunio y sin igual valor.

¡Qué luz de gloria en los antiguos dias
Su augusta frente iluminó fugaz,
Cual se mira entre nubes tormentosas
El íris del Señor reverberar!

Cuando Aquimin manchaba con su sangre
Las aras en que amor lo coronó;
Cuando Quesada sus feroces huestes
Como un torrente asolador soltó;

Y cuando, desplegada al vago viento,
Roto por la metralla en Boyacá,
El pendon de la Patria flamëaba,
Prenda de redencion y libertad!..

De tu glorioso escudo los cuarteles
Por la injuria del Tiempo destructor
Cayendo van sin remision, ¡oh Tunja!
Cuna de la nobleza y del honor,

Cual vuelan por el bosque solitario,
A impulso del horrísono huracan,
Una á una las plumas desprendidas
De las alas del águila caudal.

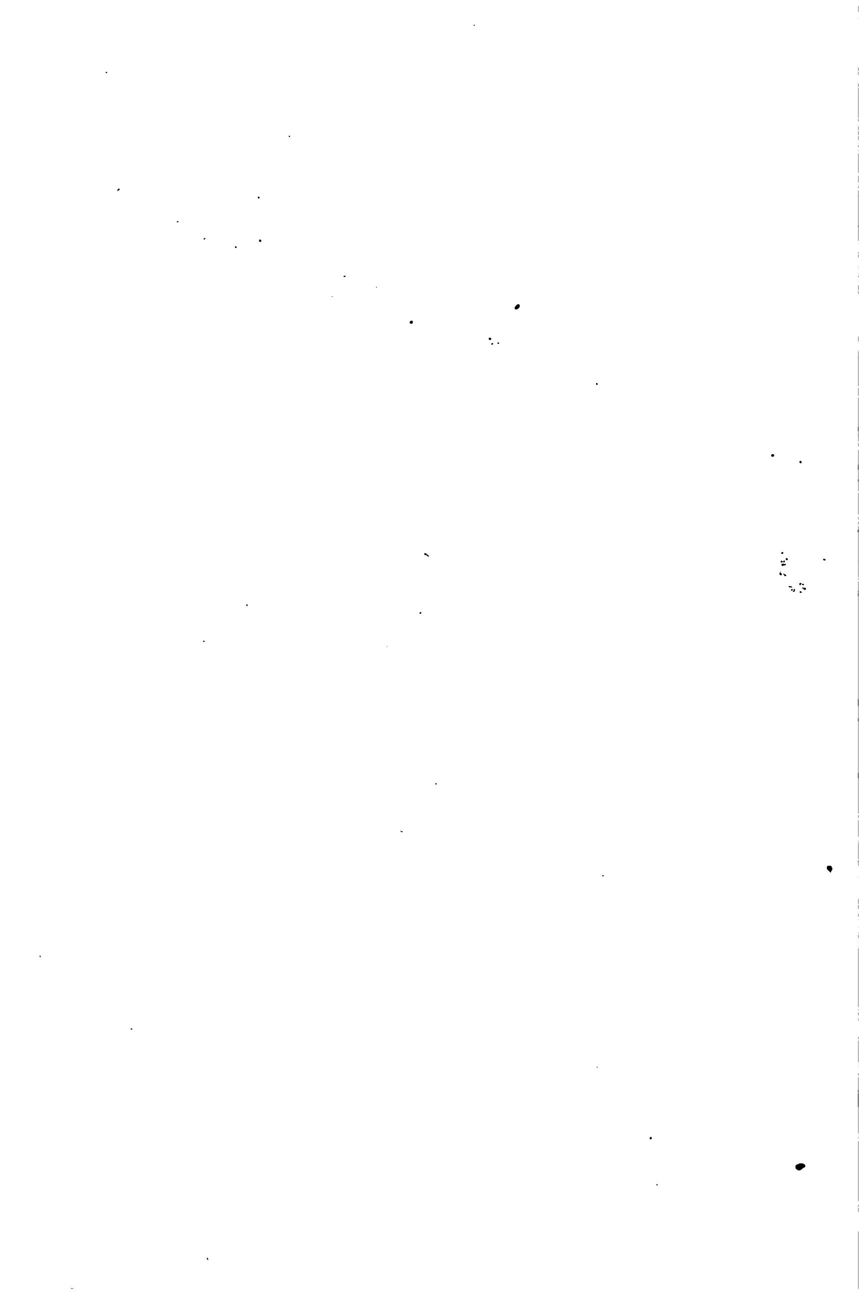
¿Quién te volviera el esplendor perdido,
Tu majestad y tu opulencia, quién?
¿Quién sobre ti vertiera los raudales
De riqueza, de gloria, dicha y bien?

¡Oh! ¡si tus mismos hijos!.. Mas ¡silencio!
Que de la ausencia escucho ya la voz
Inflexibe sonar... ¡Adios, oh Tunja!
¡Adios, oh Tunja! ¡y, para siempre, adios!

LIRA SAGRADA.

Confitebor tibi in cithara,
Deus, Deus meus.

Ps. XLII, 4.



EL PORTAL DE BELEN.

CUANDO en el cielo de Belen hermoso
Despuntó pura y bella
Una, ántes nunca vista, clara estrella
De la callada noche en el reposo;
Su rayo luminoso
En un portal humilde penetrando
Dejó ver, las tinieblas disipando,
No en cuna de oro y sobre piel de armiño,
Sino en musgos y encima de una piedra,
Recien nacido un niño.

Por sobre el sesgo rayo de la luna
De Ángeles una tropa descendia,
Que en torno mirto y hiedra
Y flores olorosas esparcia;
Y un armónico coro,
Visto por los pastores,
Cantaba los loores
Del Hombre Dios sobre sus arpas de oro,
Y alzándose á los cielos repetia:
¡ Gloria á Dios en el alto firmamento !
¡ Paz en la tierra al hombre !
Y el himno celestial léjos llevaba
En sus alas despues el raudo viento
Del Tabor y del Líbano á las cumbres

De grato aroma y de fragancia llenas,
Y más léjos volando resbalaba
Sobre el mar de Cartago y el de Aténas.

Entónces juntamente ¡oh maravilla!
Se vió á los infelices ganaderos
Y á los sabios altivos del Oriente
Correr apresurados,
Y caer derribados
Doblando ante él sumisos la rodilla.

La humilde pastorcilla
De flores recogidas en el campo
Gozosa trae débil canastilla
Que se derrama ya de puro llena.
Míranse en ella unidos á las rosas
Los globos de la pálida azucena,
Y el turquesado lirio y el jacinto
Y el soberbio clavel en sangre tinto.
Un corderillo, limpio como el ampo
De la nieve otra ofrece,
Que lavó en el torrente del Desierto,
De vellon oloroso
Porque dormia donde el nardo crece;
Otra rendida trae
Un ramo de manzanas, aun cubierto
De gotas de rocío...

En el azul riquísimo del cielo
Brillan con nueva lumbre las estrellas;
Más armonioso se oye el són del rio;

Con más blando rumor sus alas bellas
Bate en la verde grama,
Ó entre las flores de tupida rama,
El murmurante céfiro de estío;
Y de perfumes á los aires sube
Como de un holocausto la ancha nube.

Al cántico de triunfo en que consuenan
Las santas liras de oro
En el Portal dichoso, los pastores
Así responden en humilde coro:

¡ Como caida del alto cielo
Bella, purpúrea, fragante flor
Entre zarzales é inmundo suelo,
Así ha nacido el SALVADOR!

¡Oh! ¡que ese musgo blando te sea!
¡Oh! ¡que las auras te den calor!
¡Y el sol no queme, si centellea,
Tu faz de nieve, REY y SEÑOR!

No en cuna de oro, ni en blanco lino
Ni en el süave, blando plumon,
Sino entre musgos duerme el que vino
Á libertar nuestra Nacion.

¡ Doblad, oh rosas, vuestro capullo
Sobre su cuna como un dosel!
¡ Batid, oh céfiros, con blando arrullo
La ala que espira nardo y clavel!

¡ Fuentes, vosotras el ronco estruendo
De vuestras ondas de plata, alzad !
¡ El són querido del que durmiendo
Está tranquilo, reduplicad !

¡ Oh! ¡que ese musgo blando te sea!
¡ Oh ! ¡ que las auras te den calor !
¡ Y el sol no queme, si centellea
Tu faz de nieve, Rey y Señor !

HIMNOS A LA VÍRGEN.

I

QUIERO entonar un canto de alabanza
Á la Vírgen gloriosa:
Pero la humana voz ronca y medrosa
Mi ardiente amor á retratar no alcanza.
Así el águila audaz al éter vago
Enamorada de la luz se lanza,
Y en el piélago inmenso sumergida
Las victoriosas alas estremece
Y á los humanos ojos desparece.

¡Oh si la voz grandísona tuviera
Con que la inmensa mar su queja exprime
Al golpear un polo y otro polo
Y el eco tiembla en la region sublime:
Si de todas las hijas de los aires
Tuviera la acordada melodía,
Cuando saludan el albor primero
Que baña el cielo al asomar el dia;
Si la voz del Arcángel inflamado
En la Increäda Luz, cuando la gloria
Del que venció á la Muerte y al Pecado
En su lira inmortal gozoso canta,
¡Oh! ¡nunca lograria
Cantarte dignamente, Vírgen Santa!

Va á apagarse mi lámpara nocturna;
¡Yo velo solo aquí! y oigo el aliento
Del hijo mio que en su cuna duerme,
Como en su nido la paloma inerme.
De su pecho el pausado movimiento
Con las oscilaciones armoniza
De la espirante luz, que aclara ahora,
Y ahora deja en sombra el cuádro bello,
Fijo en el muro, de la gran Señora.

¡Oh Vírgen! he pedido ardientemente
Al corazon de mi ternura el himno,
Mas callóse asustado:
La cancion á mi lira he demandado,
Mas consonar no pudo al santo nombre:
¿La tempestad que hiela
El corazon del hombre,
Tambien alcanza, en su funesta ira,
Á humedecer las cuerdas de la lira?...
¡Y he de entonar con todo mis cantares
Hoy que, rindiendo de su amor el culto,
De fresco lauro y flores
Todo el mundo corona tus altares!

¿Cuál es el nombre más süave y puró
Que te ha dado en su amor, Señora, el hombre?
—Él te llama *Esperanza*,
Te apellida *Consuelo*,
Estrella de la mar, *Puerta del Cielo*...
Mas ¡ah! que ningun nombre
Con el de *Madre* á competir alcanza!

¡Y tú, Reina del Cielo esclarecida,
Tú quieres que te invoque de esa suerte
El mísero mortal, nacido en crímen
Y esclavo de la muerte,
Porque probaste el amargor del llanto
En mísera orfandad. No conducida
Por el Hijo del Hombre al Tabor fuiste
A contemplar el rapto de su gloria;
Mas entre olas de plebe enfurecida,
Que baldonaba al Justo,
Su infame muerte á presenciar subiste.

La idea del dolor vaticinado
Y del dolor la realidad cumplida,
Formaron de la trama de tu vida
Un martirio espantoso y prolongado.
De la maternidad el santo gozo
Que á las hijas de Adan, acá en la tierra,
Hace entrever el Cielo,
Fué para ti amargado
Con imágen de muerte y desconsuelo.

¡Hija del Rey, nacida en la pobreza,
Crecida en soledad y en abandono,
Á arropar no bajó tu humilde cuna
Ni un giron de la púrpura del trono!
Peregrina, á la tierra
Del cautiverio antiguo de tu pueblo
Vas huyendo del odio de un tirano...
¡Vientos tempestüosos de la Arabia,
Que barreis los inmensos arenales

Del gran Desierto con funesta rabia,
La caravana respetad que lleva
Una mujer, un niño y un anciano!
¡Nubes! ¡tended encima un denso velo
Que temple del estío los ardores!
¡Oh Ángeles! ¡vosotros
Acompañadla plácidos, el suelo
Donde estampare su pequeña huella
La celestial doncella
Alfombrando de flores!
Y el frescor grato de sus anchas copas
Tiendan las palmas, y la clara fuente
Su blanca espuma sobre verde grama
De sus límpidas ánforas derrame
Y á descansar á los viajeros llame.

¿Quién es esa que sube
De Nazareth á la montaña santa
Con reposada planta,
Hermosa cual la luz cuando amanece,
De aroma envuelta en nacarada nube?
Ciñen su frente leda
Rosas que en Jericó la brisa mece;
Sobre sus hombros bellos
Bajan en áureas ondas los cabellos:
La muelle y suelta seda
En torno de sus miembros delicados
En amorosos pliegues se derrama
Al vaiven de los vientos entregados:
Y de la faz de Dios baja á su frente
Un rayo de la luz indeficiente

Que en claror suavemente la circunda
Y el aire, el mar y el cielo todo inunda.

¡ Sube, Santa Mujer, oyendo el coro
Que en tu alabanza vuela
En la solemne voz del mar sonoro,
Y en ecos de los montes empinados,
Y en el són de los rios despeñados,
Y en las alas undívagas del viento
Que rueda y se levanta
Hasta la última estrella
Que brilla en el confin del firmamento,
Y el himno augusto de tu gloria canta :
¡ Cayó el Dragon temido ! ¡ La Doncella
Domó su cuello al fin con firme planta !

¡ Salve de nuestra estirpe protectora,
Que oir no puedes del que ansioso llora
El ay desgarrador, sin que tu mano
Sus lágrimas enjugue bienhechora.
Á ti la enfermedad, y el cautiverio,
Y la orfandad, y la secreta pena
Que silenciosa el corazon carcome
Hallaron favorable : un hemisferio
Á otro hemisferio cuenta tus piedades,
Y la presente edad su voz levanta
Respondiendo á la voz de otras edades,
Como cuando en el piélago desierto
La América se halló : fúnebremente
La onda sonante de la mar que hervia
Azotaba rabiosa el lado abierto

De la nao que á Colombo conducia.
Cinco veces el sol negado habia
Su resplandor propicio:
Sólo de cuando en cuando iluminaba
Cárdena luz del rayo
El vórtice insondable
Á donde, rota ya la débil lona,
La nave el aquilon precipitaba.

"¡Los destinos de un mundo,
Señora, van allí!" Y oyó clemente
Esa voz de dolor que rasgó el viento,
Y apareció en la sombra, y al momento
Cesó del mar el rebramar profundo:
De oríambar se tiñe el firmamento;
Tornan de nuevo á desplegar las brisas
Con regalado són su débil ala,
Y por sobre las ondas ya sumisas
La redimida nave se resbala;
Y con la nueva aurora
La americana tierra
Tocó por fin la venturosa prora.

¡Oh! para celebrar bienes tan grandes
Unid, hijos de América, las voces
Al himno reverente del poeta,
Que baja de la cumbre de los Ándes
Á las ardientes playas
Que el Plata y Rímac baña y Magdalena,
Y Amazónas terrífico y el Guáyas.
¡Madres americanas! ¡y vosotras

Arrullad vuestros hijos en la cuna
Con la cancion sencilla
Á la excelsa Señora,
Y Vírgen sin mancilla,
Del Nuevo Mundo Madre y Protectora!

II

Con la luz de clara aurora,
Cual perfume delicioso,
Se levanta á ti, Señora,
Un concierto de loor.
Voz del mar estrepitoso,
De la brisa habla sonora,
Canto de aves melodioso,
Voz del hombre que te adora,
De la tierra himno de amor.

Y al tocar el sol fulgente
Al cenit de su carrera,
Y al doblar su rubia frente
De amplio cielo en el confin;
Con la esquila lastimera
Que se queja largamente
Resonando por do quiera,
Se alza un cántico ferviente
De la tierra á ti sin fin:

Queja amarga del que gime,
Ay del triste desterrado
Que en la argolla que lo oprime
Da á los vientos su cancion.
¿Quién habrá que al desgraciado
La cadena odiosa lime
En que llora esclavizado,
Pobre mártir, mas sublime,
Tantos años de opresion?

Muda encuentra á su agonía
Él su cárcel tenebrosa:
Sola tú su pena impía
Ves con rostro de bondad;
Tú lo escuchas generosa;
Y al momento la alegría
Le sonríe cariñosa,
Y á sus ojos luce el dia
De su antigua libertad.

Cuando en piélago revuelto
Por borrasca horrenda, solo,
El viajero en noche envuelto
El abismo abrirse ve;
Hierve el mar y truena el polo,
Cruza el cielo el rayo suelto,
Gime el mar soplando Eolo,
Negra noche el dia vuelto ...
¡Ay del mísero bajel!

Mas el pobre navegante
Á María entónces clama,
Y su furia en el instante
Va calmando el aquilon:
Ya los rayos su cruel llama
Apagaron, y distante
Sordamente el trueno brama . . .
Sale el sol muy más brillante,
Rueda la onda en blando són.

Tál tocando en frágil quilla
Á la playa americana,
Dando gracias, la rodilla
Ante Dios Colon dobló.
De la Reina soberana,
De la Vírgen sin mancilla
El gran nombre entre el hosanna,
De la América en la orilla,
Por primera vez sonó.

Por primera vez el viento
Oyó el nombre de María,
Subió al combo firmamento,
Rodó en ondas de la mar;
Y á esa dulce melodía
Despertóse en el momento
Eco antiguo que dormia,
Y ese eco fué un concento,
De sus glorias un cantar.

Cubren flores á millares
En la tierra granadina,
¡Vírgen pura! tus altares
Entre ramos de laurel;
Y á tu pié forman cortina
Con matices singulares,
Á la rosa purpurina
Enredados azahares,
Y violetas y clavel.

Esta es esa Mujer bella
Que nació en humilde cuna,
Modestísima doncella
De la pobre Nazaret;
Más hermosa que la Luna,
De la mar brillante Estrella,
Que sin leve mancha alguna
Á nosotros luz destella
Desde el cielo de Israel.

Esta es esa Mujer santa,
Compasiva, pero fuerte
Que aplastó con firme planta
La cabeza del Dragon.
Rescatada de esa suerte,
Nuestra estirpe se levanta
Del pecado y de la muerte,
Y gozosa el himno canta
De la santa redencion.

LA IGLESITA DE LA ALDEA.

Contemplo un cielo esplendoroso arriba,
De verde grama abajo una ancha alfombra,
Y un despeñado rio á cuya riba
Salvias y alisos dan tupida sombra;

Y árboles mil que allá, de trecho en trecho,
Alzan al cielo su follaje vario,
Y entre ellos elevarse el pardo techo
De una iglesia y la cruz de un campanario.

Á ti llego, por fin, ¡oh casa santa!
Cual náufrago á la orilla,
Despues que vió romperse en furia tanta,
Y hundir el mar su mísera barquilla.

De la elevada torre entre la paja
Marchita, y entre pálidos helechos
Una silvestre hiedra en grumos baja
Derramada en el pórtico y los techos.

Las sueltas golondrinas se descuelgan
Del salidizo hácia el abierto campo;
Van y vuelven, se posan, triscan, huelgan
Del sol que va á morir al postrer lampo.

En buena parte á edificar los nidos
Acertaron allí de sus hijuelos,
Porque no hay adversarios tan temidos
Junto del Rey piadoso de los Cielos.

Aquí me siento á descansar.—Abierta
Miro, como que es sábado en la tarde,
De la iglesia de par en par la puerta,
Y diviso una lámpara que arde

Ante la imágen santa
De la Vírgen MARÍA que en los brazos
Tiene al Niño: un monton yace á su planta
De cadenas de hierro hechas pedazos.

Oyendo estoy el plácido concierto
Del órgano solemne y voces gratas,
Cual si fueran los ecos del Desierto
Ó el rumor de lejanas cataratas.

Y afuera el manso céfiro murmura
Del trigal en las cañas amarillo,
Que á oleädas doblándose figura
Surcos del mar del sol al claro brillo.

Y suena adentro de la iglesia en tanto
Con lenta melodía,
Lleno de uncion el canto
De sencilla y piadosa letanía.

"¡Salve, Señora, á ti, Puerta del Cielo!
¡Salve, Estrella feliz de la mañana!
¡Oh del triste consuelo!
¡Sola esperanza de la vida humana!"

Y afuera ronco el són léjos responde
Del rio que rabioso se despeña
Al vórtice fatal lanzado en donde
Se rompe en una peña y otra peña.

"¡Vírgen bendita, por nosotros óra,
Pasajeros del mundo! —
¡Ruega por nos, Señora!"
Repite el coro en eco gemebundo.

Es cual la voz santísima del Cielo
Junto á la voz amarga de la tierra;
Luz, dolor, esperanza, desconsuelo,
Que en una misma súplica se encierra.

¡Oh! yo tambien... tambien soy desterrado,
Yo viajero, yo mísero, afligido,
Y debo entrar, y humilde, y prosternado,
Exhalar ante su ara mi gemido.

*

He aquí que salvo la sagrada puerta,
El alma llena de terror y espanto.
La iglesia muda está, sola y desierta;
Ya callaron el órgano y el canto.

De la trémula lámpara que arde
Ante el altar sencillo,
Con el fulgor rojizo de la tarde
Incierto apénas se percibe el brillo.

Aun arrollada la ondeänte nube
De incienso reluciente como plata
Á la bóveda sube,
Y en blanda espira al cabo se desata.

Junto al altar, en el silencio mudo,
¡Qué inexplicable atmósfera de calma,
Que en el mundo jamás disfrutar pudo,
Respira aquí regocijada el alma!

Aquí el dolor acaba ó se mitiga,
Aquí es süave el mismo amargo lloro...
¡Oh santa Religion, del hombre amiga!..
Callo... me humillo... y en silencio adoro.

MEDITACION.

¡Qué de tumbas! ¡qué de nombres!
¡Qué de dichas engañosas!
Niños, mujeres y hombres,
Jóvenes feas y hermosas,
Esperan todos en quietud completa
El són oir de la final trompeta.

¡Tumbas! tumbas donde quiera,
Cual si fuera un palomar,
En hilera sobre hilera;
No hay casi donde pisar:
Tumbas á un lado, tumbas hasta el cielo,
¡Tumbas tambien en el bendito suelo!

La Muerte tapó su oido
Con la mano, y no los hiere
Ningun humano ruido,
Ni del triste *miserere*
El lento y apenado clamoreo,
Ni del cirio el fugaz chisporroteo.

Con quien la leche en los labios
Tenia, quien llegó tarde,
Los necios junto á los sabios,
Junto al valiente el cobarde;
Junto á la honesta vírgen yace ahora
La pobre Magdalena pecadora.

Y junto al rico avariento
El pobre Lázaro duerme;
Cerca al déspota sangriento
La humilde virtud inerme;
¡Solo esta vez los míseros mortales
Bajo la sombra de la Cruz iguales!

No valieron á la hermosa
Ojos ni boca rïente;
Marchita se halla la rosa
En su descarnada frente;
Y el laurel que adornó la del soldado
Se halla seco tambien y deshojado.

¡Todo finó para ellos!
No tiene el campo verdura,
No tiene el cielo destellos:
¿De qué sirve su hermosura
Para ojos ciegos, corazon inerte
Helado por la mano de la Muerte?

¡Nada al morir se llevaron!
Cetro, espada, toga, lira,
Patria y familia dejaron,
Amor por que se delira,
Tesoros tantos, ídolos de gloria...
¡Quimeras de la vida transitoria!

Á unos mármol bello arropa
Con doradas inscripciones,
Do mueve el cipres su copa
Al soplar los aquilones,
Y solamente á otros tosca piedra
Que cubren zarzas ó silvestre hiedra.

¡Y todos ellos perdidos
Sin remision para el mundo!
¡Todos ellos convertidos
En ceniza y polvo inmundo!
¡Si alzais la losa de una tumba helada,
Os pasmará el misterio de la nada!

Y ese monton de ruïnas
Informes, feas, sin nombre,
¿Eran las formas divinas
Del sér que se llamó el *Hombre*?
¡Polvo que al más ligero movimiento
Se difunde en el ámbito del viento!

No da fruto la simiente,
Si no se pudre en la tierra;
Ni suelta el ala esplendente
La oruga, si no se encierra;
Y á la oruga inmortal le es necesario
Para vivir, tenderse en el sudario.

¡Oh! ¡entonando jubilosa
El santo himno de alegría,
De su tumba silenciosa
Se alzará de nuevo un dia,
Botando la mortaja hecha pedazos,
Á reposar de Dios entre los brazos!

Cuando los hórridos sones
De la trompeta sacudan
Del sepulcro las regiones;
Cuando los pueblos acudan
Del Juez de majestad á la presencia
Á oir, turbados, su final sentencia;

Se sabrá entónces al cabo
Qué vale más, si el lamento
Del agarrotado esclavo
Ó del tirano el contento,
Y el precio en el gran juicio de la vida
Del placer torpe y la afliccion sufrida.

Que si aquí finara todo,
Y si un más allá no hubiera,
Nuestra existencia de lodo
Explicacion no tuviera;
Mas se halla al fin de la existencia humana
Dios pesando en balanza soberana.

Pesará del rico el oro,
Y del pobre los andrajos,
El deleite, el triste lloro,
Y la risa y los trabajos,
Y el triunfo audaz é insultador del vicio
Con el lento penar del sacrificio.

Por eso aquí se levanta,
Y por todas partes gime
La voz de esperanza santa
Y resignacion sublime:
¡Ven, pues eres la Vida, á restaurarnos!
¡Ven, Redentor, del polvo á levantarnos!

LOS SEPULCROS DE LA ALDEA.

AL SEÑOR D. D. JOSÉ M. TÓRRES CAICEDO.

¡Ya va á ponerse el sol! De roja tinta
Las apiñadas nubes de Occidente
Y de oriambar delicioso pinta,
Y en rósea claridad baña el ambiente.

Yo llego aquí á sentarme
Á la orilla del plácido remanso
Al pié de añoso roble, sobre el lecho
Con que al viajero invitan al descanso
La florecida grama, el verde helecho.

Léjos dibujan solitarios montes
Sobre los dilatados horizontes
De sus cumbres los débiles perfiles:
El rio allá rodando serpentea
Por en medio de oteros y pensiles;
Y, á mis plantas, abajo entre el misterio
De la selva y las sombras de la tarde,
Y los velos del humo derramado
En el azul del cóncavo hemisferio
En que el primer lucero de la noche
Con vivísima lumbre centellea,
Se alzan la santa cruz del cementerio
Y los techos pajizos de la aldea.

¡Oh! ¡si dormir pudiera, como duermen
Bajo la alfombra de olorosa grama
En ese silencioso Campo santo
Los que el penoso viaje concluyeron
En este valle de dolor y llanto!

En el umbral que á traspasar no vuelve
El que espiró, la Muerte está sentada;
Mas no á buscarla iré: con frente leda
La miraré llegar; y cuando el lazo
Desate de mi vida, y á librarme
Al cabo venga de tan grave peso,
El cántico entonando del regreso
Á la anhelada Patria,
Como á una amiga le daré mi abrazo,
Como á una amiga le daré mi beso.

En medio de las pingües sementeras
Un corto valle que el Abril alfombra
De oloroso tomillo,
Y al que copudos árboles dan sombra,
Con débil muro de grosero césped
Separó para *Campo de los Muertos*
El labrador sencillo.
La zarza y las humildes cambroneras
Entretejen allí rama con rama,
Y sobre el fondo de apiñadas hojas
La agreste capuchina desparrama,
Cual bordando un tapiz, sus flores rojas.

Del labrador pacífico los campos
Fueron único amor miéntras vivia;

Y hoy que en la tumba duerme,
En torno de ella, y para honrar su suelo,
Hacen larga y tristísima armonía
El eco de los montes, el mugido
Del buey que baja al vado conocido,
Del leñador el canto en la montaña,
Y el ronco són que forma lastimero,
Como dilatadísimo aguacero,
Del ya seco maíz la áspera caña.
Suele á veces tambien la mirla errante
Su flauteada voz un breve instante
Dar al viento, posándose en la copa
Del no podado sauce
Que la callada sepultura arropa.

No túmulo de mármol cincelado,
Ni la inscripcion, en letras de oro rica,
Que el insensato orgullo de su dueño
Hasta en el mismo polvo audaz publica
Necesitan los hijos de la aldea
Para dormir en paz su último sueño.
Pocos palmos de tierra, en el recinto
Del consagrado panteon, les basta,
Y la paz del Señor... Tal vez indica
El oscuro rincon de su descanso,
En vez del celebrado mauseolo,
De fresco césped una capa sólo;
Ó el desigual monton de toscas piedras
De que se agarran trepadoras hiedras,
Ó de una cruz el mal trabado leño
Que encima de la negra arcilla saca

Sus carcomidos brazos,
Cual en la mar, tras la tormenta, flota
Á merced del furor de la resaca
El mástil de una nave hecha pedazos:
¡ Melancólico emblema
De lo fugaz del sueño de la vida,
Que se escapa cual sombra de una nube,
Cual del sol al morir la luz extrema!

Y ¡ cuántas veces más sincera sube
Desde aquí la plegária del quebranto,
Que en las ciudades el acorde canto
Entre notas de música armoniosa!
Y ¡ cuántas veces más ferviente baña
Del padre, de los hijos, de la esposa
Los campesinos túmulos el llanto,
Aunque el olor de aromas no traspira
De la nielada pira,
Ni se arrojan coronas por adorno
Al incensado féretro que marcha,
Cubierto de guirnaldas y crespones,
Con el cortejo indiferente en torno
Al són atronador de los cañones!

Aquí no yacen esos que la Fama
Ensalza con la lira aduladora,
Y á quienes héroes llama
Porque más sangre derramaron ; ni esos
Sin corazon, idólatras del oro,
Que en la pálida faz de la miseria
Jamás supieron enjugar el lloro.

Aquí el vulgo refiere
La prístina virtud del que el arado
Honraba en otra edad de paz y de oro,
Palemon venerable de la aldea.
¡Oh Dios! ¡que el sueño del sepulcro sea
Suave, bajo la cruz de su esperanza,
Á la que conservó puros los velos
De la viudez; antecedió á la aurora
Por dar pan á sus hijos pequeñuelos,
Dividió con sus siervas la tarea,
Y la halló todavía el sol poniente
Torciendo el débil hilo
En la rueca con mano diligente!

Su Heloisa sensible y su Abelardo,
Pares en el amor y en la desgracia,
No en el culpable error de su ternura,
Tuvo tambien la aldea;
Y hoy una misma acacia
Su humilde sepultura
Con sus ramos gratísimos sombrea.
Allí, cuando de tarde se alza el viento
Entre las cañas del guadual, murmura
Su nombre á la manera de un lamento:
Lo conocen los ecos de los montes,
Lo sabe repetir la onda del rio;
Y si ¡Pablo y Helena! en la espesura
De los montes resuena,
Responde el rio allá ¡Pablo y Helena!

Esta es de todo el año
Hermosa tarde, entre las tardes bellas;

El campo rie ahora, y con más brillo
Á fulgurar empiezan las estrellas.
No léjos del sepulcro de sus padres,
Al grato són del dulce caramillo,
Danzan en ancha rueda las doncellas,
Exentas de temores
De grave enojo y punzadoras cuitas,
Hollando alegres las hermosas flores,
Que si al alba de ayer frescas brotaron
La de mañana las verá marchitas.

Mas para los que yacen no se abre
Cual rosa celestial naciendo el dia
Claro el Oriente ya, ni de las nubes
El puro aljófar en las flores llueve;
Para ellos ya la mies sus cañas de oro,
Batidas por la brisa regalada,
Como mares undívagos no mueve:
Ni llegarán jamás á sus oidos
Los plácidos balidos
De la oveja que pasta descuidada,
Saltando encima de su tumba, el césped;
Ni el áspero gorjeo, aunque agradable
De fugaz golondrina, antiguo huésped
Del campesino hogar; ay! ni el murmullo
Del correntoso rio,
Que desde la honda vega
Con el soplo del viento á oleadas llega.

¡Oh campos! ¡oh virtud! ¡oh edad primera!
¡Felicidad tan corta de la vida
Al viajero del mundo concedida!

¿Quién ¡ay! quién me volviera
El techo humilde mio,
El espléndido sol de mi montaña,
Mi amada selva, mi apacible rio?

¡Oh! ¡morir en el campo! contemplando
Cómo corren las nubes por el cielo
Escarmenadas por el viento blando,
De las yerbas del monte en la fragancia
El aire embalsamado respirando!
¡Morir do se ha nacido,
Y reposar los fatigados huesos
Bajo el árbol querido
De nuestra dulce infancia
En cuyo tronco esta inscripcion se lea:
Tambien nací en Arcadia, y hoy reposo
En paz entre los hijos de la aldea!

*

MAS partamos de aquí, que el día muere.—
Ya en el ámbito espléndido del cielo
De la púrpura cede el rico velo
Á las tinieblas; en el éter vago
La última luz del sol trémula oscila;
De estrellas de oro se tachona el polo;
La aldea, el valle, el monte callan ora;
Y de la noche plácida y tranquila
El gran silencio lo interrumpe sólo
Llamando á la oracion, como quien llora,
El eco agudo de lejana esquila.

El campo rie ahora, y con más brillo
Á fulgurar empiezan las estrellas.
No léjos del sepulcro de sus padres,
Al grato són del dulce caramillo,
Danzan en ancha rueda las doncellas,
Exentas de temores
De grave enojo y punzadoras cuitas,
Hollando alegres las hermosas flores,
Que si al alba de ayer frescas brotaron,
La de mañana las verá marchitas.

Mas para los que yacen no se abre
Cual rosa celestial naciendo el día
Claro el Oriente ya, ni de las nubes
El puro aljófar en las flores llueve:
Para ellos ya la mies sus cañas [illegible]
Batidas por la brisa regalada
Como mares undívagos no [illegible]
Ni llegarán jamás á [illegible]
Los plácidos balidos [illegible]
De la oveja que [illegible]
Saltando [illegible]
Ni el ásp[illegible]
De fu[illegible]
Del [illegible]
Del [illegible]
[illegible]
[illegible]



EL ALMA HUÉRFANA.

Sola en la vida fuí; no la sonrisa
Contemplé de una madre entre el regazo;
Ni el paternal amor, cual blanda brisa,
Alegró mi alma en regalado abrazo.

Yo de la vida atravesé el sendero
Como sombra fugaz que nadie advierte,
Y de la juventud cuando el lindero
Pisaba ya, me arrebató la Muerte.

Los que me conocieron ya no viven:
Tunja mi tierra, y me llamé María;
Mas ese nombre plácido reciben
Todas las niñas en la Patria mia.

Mi Amante, que es celoso y no tolera
Afecto compartido, aquí me lanza,
Á esta region desconsolada y fiera,
Dejándome tan sólo la esperanza.

Desde que estoy aquí cincuenta abriles
El cáliz de la flor habrán abierto;
Cincuenta veces sotos y pensiles
De rosas y jazmin se habrán cubierto.

¿Quién de la pobre huérfana memoria
Guardará ya en el mundo de los vivos,
Cuando al amor, poder, riqueza y gloria
Sólo dan los momentos fugitivos?

¿Quién de la pobre huérfana conserva
Un recuerdo en el mundo, si su tumba
Se borró ya tapada por la yerba
Y sólo el moscardon sobre ella zumba?

¡Y yo entre tanto aquí mísera lloro,
De esta cárcel horrenda en el profundo;
Y en plegária incesante en vano imploro
Que oren por mí: ¡no me conoce el mundo!

Y no es tan sólo el espantoso hielo,
La horrenda oscuridad que me circunda,
El viento que me azota; es el anhelo
De ir al Señor que el corazon me inunda.

¡Y anhelando volar, verme cautiva!
¡Prisionera de amor, de amor muriendo!
¡Rechazada por él con fuerza viva,
Una fuerza en mi sér de ir á Él sintiendo!

Á aclarar este cáos inclemente
De santa luz el reflejar dorado,
Tres veces llega aquí tan solamente
Cada año, como siglo dilatado:

Cuando nació el Señor, cuando triunfante
Se alzó del polvo, y el glorioso dia
En que imperial corona de diamante
Nuestro buen Padre Dios ciñó á MARÍA.

Dios á veces permite que á la mente
De algun humano, sombra gemebunda,
Con silencioso vuelo me presente
De ciega noche en la quietud profunda.

Mi faz pálida está como los velos
Que de mi frente bajan á la falda;
Pálida y ya marchita por los duelos
Cual la flor de azahar de mi guirnalda.

Ver mis ojos de lágrimas cuajados,
Ver la expresion amarga de mi boca
Y escuchar mis sollozos sofocados,
Á compasion y á lástima provoca.

Y yo callo angustiada; y no es preciso
Que de querella en són mi acento suene,
Pues se ve el ansia en mí del Paraíso
Junto de angustia al torcedor perenne.

Despierta entónces el cristiano y piensa:
—"¿Fué sueño? ¿fué vision? ¡pobre criatura!
¡Seas quien fueres, esa pena inmensa
Piedad demanda y llanto de amargura!"

Y alza un ruego al Creador por mi descanso,
Y ¡oh cadena que entrambos mundos liga!
Yo siento orear como favonio manso
En mi sér, y el tormento se mitiga.

¡Los que abrigais un corazon sensible,
Y sin llorar no veis correr el llanto,
Tened piedad de mí, que es indecible
Mi fiero mal y mi crüel quebranto!

GALILEO.

En alta torre alzado, en noche umbría,
El ojo armado de su activo lente,
Revuelta á Vénus la serena frente,
A Galileo absorto se veia.

El astro en tanto en su órbita corria
De vivísima luz entre un torrente,
Y el viejo, en su balanza omnipotente,
Su volúmen y fuerza audaz media.

Los Ángeles del Cielo que lo vieron
Del planeta seguir las claras huellas,
Por un simple mortal no lo tuvieron;

Y él dobló su rodilla á las estrellas,
Porque sus ojos de águila leyeron
El nombre del Señor escrito en ellas.

EL DESTERRADO.

(D. D. MANUEL J. MOSQUERA, ARZOBISPO DE BOGOTÁ — 1852)

Cuando ante Dios en el antiguo dia
Para tentar á Job fué Satanas:
"En tu mano lo pongo, Dios decia,
Pero á su alma, Luzbel, no tocarás."

Por probar á otro justo altivo llega
Hoy el Ángel rebelde ante el Señor,
Y lo que entónces le negó le entrega:
La alma inmortal, imágen del Creador.

Al traves de los reinos de la muerte,
En que no alumbra un rayo celestial,
Las negras alas tiende en vuelo fuerte
Viajando al mundo el númen infernal.

Lanza su vuelo audaz al firmamento,
Como inmenso cometa asolador;
Como derrama el rayo por el viento
Del Oriente al Ocaso su esplendor.

Baja á la tierra, y mira al justo luégo
De menguado crepúsculo á la luz,
Alzando al Cielo fervoroso ruego,
Arrodillado ante la santa Cruz.

La atroz maldad y la traicion le ofrece;
Y él, con acento firme dice: "¡Nó!
¡No apostata el cristiano, ántes perece!
¡Perezca sí, pues soy cristiano yo!"

Satan absorto lo contempla; y gime
De rabia, de estupor, de admiracion,
Que una virtud tan grande y tan sublime
No la alcanza á abarcar su comprension.

Y, desparece rápido, vencido.—
¡Oh! ¡Gloria al Santo, al único Señor
Que da fuerzas al débil oprimido
Para ceñirse el lauro vencedor!

*

Despues de esta victoria ¿qué es la saña
De un enemigo, ciego por su mal?
—La calumnia más pérfida no empaña
Con su apestado aliento nombre tal.

La Patria le negó su hermoso cielo...
La Patria no, que escucho en derredor
Ayes de pena y voz de desconsuelo,
Lamento amargo y llanto de dolor.

*

¡Oh! ¡que las olas plácidas la nave
Lamiendo vaya de sereno mar!
¡Sople en las velas céfiro süave
Que á buen puerto lo lleve á reposar!

¡El Ángel del Señor su sueño vele,
Y la salud le vuelva que perdió;
Y el descanso, y la paz, y el gozo déle
Que mejor que ninguno mereció!

¡Oh! ¡que abrevie de Dios la mano pia
Este tiempo de prueba y de pesar,
Y vuelva el noble desterrado un dia
Á su paterna tierra á descansar!

EN LA MUERTE

DEL DR. LUIS R. LIZARRALDE, PBRO.

SECRETARIO DEL SEÑOR ARZOBISPO MOSQUERA.

¡Es de noche!—La noche más oscura
Envuelve el mundo con su negro manto,
Y en la cóncava bóveda del cielo
Su leve lùz no arroja ningun astro.
Un bajel en el seno inmensurable
Bogando va del férvido Oceano,
Con rumbo venturoso ciertamente
De violento huracan no contrastado.

Un proscrito, en silencio, junto al lecho
De un jóven sacerdote está velando:
"¡No alcanzará la luz del nuevo dia!"
Fué el pensamiento que en su mente raudo
Cruzó, como una sombra.—Lentamente,
Por la fúnebre bóveda, su paso
La larguísima noche de agonía
Resbaló; y al brillar el primer rayo
De luz en el Oriente, el moribundo
Se alzó en su lecho, á médias, con trabajo,
Y exclamó: "¡Dulce Patria!.. ¡oh madre mia!..

¡Cúmplase, oh Dios, tu voluntad!..” El barco
Continuaba su rumbo, y del proscrito
Los ahogados sollozos y los llántos
Morian con las brisas y las olas
Del mar de las Antillas entre tanto...

—¡Madre infeliz, no leas esta amarga
Relacion! — Entre tanto, de la nao
En la cubierta se hacen las exequias,
No cuál las celebramos en los campos,
Del cementerio en la bendita tierra.
¡El mar es implacable! Ni del santo,
Ni del héroe conserva las cenizas
Que se confian á su seno airado.

Entre la rota vela de un navío
El cuerpo envuelven, ¡fúnebre sudario
No dispuesto á guardarlo largo tiempo!
Y para hallar más pronto el seno vasto
De la espantosa eternidad, añaden
La grave bala de un cañon. El canto,
Las antorchas, las flores, los aromas,
Éstos, que ornan el lecho funerario...
¡Oh! ¡su vida empezada entre borrascas
Debió hallar una tumba en el Oceano!

¡Escuchad! Del antiguo Job resuena
La voz sobre las ondas resbalando,
Retocadas del sol que va á elevarse:
“¡Nací como una flor y fuí cortado!”
Suena el cañon: su trueno no despierta
Ningun eco en los mares solitarios.

¡ Otra vez el cañon !.. y luégo se oye
Un golpe sobre el agua, sordo, opaco;
Las ondas se abren, ciérranse, dilátanse ...
La Eternidad encima echó su manto.

Del proscrito Pontífice se escucha
La voz solemne el aire desgarrando:
"Yo sé que vive el Redentor, y un dia
Con mis ojos de carne he de mirarlo.
Me alzaré del sepulcro á nueva vida:
¡ Esta esperanza entre mi pecho guardo!"

Vuelve á bogar la nave; y á un momento
Se pierde sin dejar ni leve rastro.

A CHILE

CON MOTIVO DEL INCENDIO DEL TEMPLO

DE LA COMPAÑÍA DE SANTIAGO. — 1863.

Cuando el Eterno quiere alzar un pueblo
Del poder á la cumbre y á la gloria,
Sopla sobre él; y entónces, de repente,
El que envuelto en cadenas sollozaba
Hecho befa del orbe,
Y despreciado de él cual vil escoria,
Alza cubierta de esplendor la frente;
Brota la tierra Cídes y Pelayos,
Leonídas y Pelópidas que blanden
El duro acero y la robusta clava,
Como el Angel de Dios lanza los rayos,
Y el yugo quiebran de la Patria esclava.

Abiertas las entrañas de los montes
Dejan ver los riquísimos veneros
Donde el oro se engendra,
Y las piedras preciosas
En que la luz del sol se multiplica;
Y cubre la sabana y los oteros,
Hasta los más remotos horizontes,
Mies abundosa y rica,

Que á guardar no alcanzaran
Del Faraon antiguo los graneros.
Orillas de los rios
Pastan tranquilas las inmensas greyes
De ovejas níveas y de tardos bueyes;
Miéntras, vagando con los cierzos, cruzan
En raudo torbellino las manadas
De corceles bravíos;
Con viento favorable sus navíos
Surcan el ancho mar fiero é instable,
A llevar el sustento á otras naciones.
El ronco són del atambor un eco
Jamás encuentra en la empinada roca
Que alfombra de la vid el verde ramo,
De donde se alza el humo en turbion hueco,
Y de do baja, cuando muere el dia,
Temblorosa la voz de la campana
Que pidiendo con grave melodía
Para el hombre piedad, á Dios invoca.
¿Mas qué cuando el Señor sobre la tierra
Derrama de su cólera la copa?
En la orilla del Gánges caudaloso
Se alza fiera la Muerte
Que de terror y espantos se rodea,
Y blandiendo la hoz siega los pueblos
Y por un mundo y otro se pasea; [1]
O hierve de la tierra en las entrañas
El fuego del Infierno, y se estremecen
Hasta sus hondas bases las montañas,

[1] La Peste negra, 1345. — El Cólera asiático, 1832.

Cual las débiles cañas
Cuando los aquilones se embravecen;[1]
O suena el ronco Océano profundo,
Y alza sus negras moles hasta el cielo,
Y sumerge las naves, golpeando
Rabioso la ribera
Como si pretendiera
Los fundamentos conmover del mundo.[2]

Mas si el Señor en su insondable arcano
Quiere probar á un pueblo, alza la mano,
Llama á un conquistador; y él le responde,
Y, obediente á su voz, rápido viene
De la region desconsolada, en donde
Entre perpetuos hielos
Una noche eternal su imperio tiene.
No más furioso el vendaval sacude
Una selva antiquísima, y la tala;
Ni más airado hasta el asiento barre
Del Oceano de Aquilon el ala.
Cae como torrente despeñado
Sobre las poblaciones indefensas,
Y blasfema insolente:
"¡Yo soy el rayo del Señor! ¡do pisa
De mi corcel la planta
No crece yerba más! ¡Lo haré en la fuente
Beber en donde corre el agua santa
Que hace cristiano al hombre!

[1] Terremoto de Lisboa, 1755.

[2] Inundacion del Callao, 1868.

¡Entregaré á la espada sus guerreros!
¡Dormirán sus doncellas en mis brazos!
¿No soy Atila yo?" — La luz rojiza
Del sol que se alza opaco otra mañana,
Alumbra solamente
En los hermosos campos italianos
Escombros y montones de ceniza.

¡Oh prueba del Señor! Do quier que forma
Fugitivo relámpago una espada
Al salir de la vaina, un pueblo gime,
Y amargo acíbar bebe en ancha copa,
Y clama en vano con dolientes ayes
Al són de la cadena que lo oprime.
¡Oh! dílo, si no, tú, ¡desventurada,
Abatida Polonia! sobre el potro
Del tormento amarrada,
Desceñida la ropa,
Seco en la frente el lauro de las lides,
Por tus fieros verdugos
Escupida en la faz y abofeteada!
La libertad de Dios en vano pides
Ante los pueblos todos de la Europa
Que te miran luchar sin darte ayuda.—
¡Lucha y espera en medio del martirio!
Tu causa es causa santa,
Y tu acerbo dolor, prueba bendita
De la suprema mano;
¡Y Dios compadecido de tu pena
Ha de romper al fin la atroz cadena
En la frente del fiero moscovita!

¡El dolor no es el crímen! Es la herencia
Del infelice genitor primero
Legada, no á sus hijos solamente
Sino tambien á su linaje entero.
¡Ah! si el hombre entre penas agoniza,
Naciones hay que bajan á sentarse
Sobre el estercolero
Como el antiguo Job, roto el vestido
Y la frente cubierta de ceniza.
Si no, decid, ¿qué le valió á la Irlanda
Su preciada virtud ni su hermosura?
Del espumoso seno de los mares,
Al reflejo de un sol de primavera,
Con el són de las brisas amorosas
Salió cubierta de eternal verdura.
No postrarse á adorar en los altares
Que alzó el breton, es sólo su delito:
Firme en su fe, prefiere ver sus lares
Reducidos á pálida ceniza,
Y al duro torcedor del hambre fiera
En tormento larguísimo agoniza.
Como sombras, con paso vacilante,
El carmin bello de la faz marchito,
Las madres irlandesas
Van á rendir su postrimer aliento
En el inmundo bálago postradas;
Sobre su seno espira el pobre infante
Esforzándose á hallar un alimento
De la vida en las fuentes ya cegadas.
Lanza la Irlanda entera un alto grito,
Que mueve á compasion el pecho humano:
Pide piedad; pero la pide en vano,

Que el irlandes es pueblo ya proscrito,
Y sólo obtendrá pan al precio infame
De vil apostasía.
¡Oh baldon! ¿y es posible que cristiano
Con desden altanero se proclame
El opresor de Irlanda todavía?

¡No es crímen el dolor! Es como el fuego
Que purifica en el crisol el oro;
Es cual la tumba fria y silenciosa
En que la humilde larva se sepulta,
Y de donde triunfante saldrá luégo
Con ala tinta en oro, azul y rosa
Á volar por el éter cristalino,
Trasformada en festiva mariposa.

Esta es la eterna ley; de nuestra raza
Este el destino irrevocable y justo:
Por el dolor alzarse hasta la gloria,
Por el placer bajar hasta el abismo;
Y á fuerza de luchar heroicamente
Conseguir el laurel de la victoria.
¿No se llamaba un Hombre de dolores
El gran Libertador del mundo mismo?
— Quiso nacer en un pesebre oscuro,
Y en el taller vivir de un artesano;
Y escogió sus amigos
Entre los pescadores y mendigos.
Sólo una vez entró, y esa en cadenas,
De Heródes al palacio;
Una vez, y no más subió al Pretorio,

Y esa en medio de bárbaros sayones.
Hijo de augustos Reyes, la corona
Que sus sienes divinas
Adornó, fué de abrojos y de espinas;
Y el manto que cayó sobre sus hombros,
De púrpura un giron pálido era;
Y el cetro de oro que empuñó su mano,
Una caña marchita
Del Jordan arrancada en la ribera.
Cuando despues, cual jefe valeroso
Al frente de sus huestes que cejaban,
Se arrojó generoso
Al puente del dolor por Dios echado
Desde la tierra al Cielo;
Sacudiendo la piedra de su tumba,
Apareció de gloria circüido,
Mostrando á las naciones
La cruz de su ignominia y de su gloria,
Y entonando su canto de victoria:
"¡El mundo finalmente está vencido!"

*

Mas ¿cuál es ese acento lamentable
Que, salvando la mar, hiere mi oido?
— Voz es de todo un pueblo generoso,
Que por la mano del Señor herido,
Sobre un monton de ruinas
Hoy derrama su llanto doloroso.

Por la bóveda espléndida del cielo
La luna el globo nítido resbala;
Ni del céfiro se oye el manso vuelo
Cuando sobre las rosas bate el ala:
¡Todo es profunda paz! La ciudad bella
Que honra en el suyo el nombre de Santiago,
Corre al pié de las aras de la Vírgen
Madre de Dios, y allí devotas preces
Eleva fervorosa.
Óyese ya del órgano que gime
La atronadora voz mezclada al canto;
Y á alzarse empieza ya del puro incienso
La ñacarada nube como un manto;
Cuando, ¡oh Dios! de repente
Arde el altar, y se derrama el fuego
Como raudal inextinguible y ciego,
Y en sus ondas rabiosas
Envuelve los inmensos artesones
Que se desploman, y ábrense,
Crugiendo caen; y las fieras llamas,
Cual las greñas de un monstruo del abismo
Nuevas fuerzas cobrando,
Cébanse en nuevo pábulo, y ondean
En el ancho ropaje
De la casta matrona, y en los velos
De la doncella tímida, que en vano
Mira á su alrededor, y se estremece,
Y pidiendo favor alza á los cielos
Los extraviados ojos,
Y huye, y huyendo más la llama crece.

¡Oh! ¡no hay salud para ninguno! Forman
Impenetrable muro sobre el quicio
Del templo, los cadáveres de aquellos
Que afanosos pensaron
Salvar la vida huyendo, y en las puertas
Luchando unos con otros
Detenidos, postrados espiraron.
De la aterrada gente nueva ola
Que huyendo va, frenética se avanza,
Y cae; y nueva ola le sucede
Que á morir llega allí sin esperanza.
Tal á estrellarse contra el blanco escollo
Corren unas tras otras murmurando
Del mar las aguas en inmenso rollo;
Y giran, se revuelven, y se rompen
En espantoso vórtice ... No valen
Al anciano las canas, ni su fuerza
Á la gallarda juventud; ni alcanza
Nada tampoco la belleza: un mismo
Inmutable destino los comprende:
¡Luchar para morir sin esperanza!
¡Y caer sin remedio al ciego abismo!

Se oye dentro del templo,
Que arde como un volcan, el largo aullido
De las mujeres míseras, mezclado
Al traquear del fuego, entre las mangas
Del humo que se eleva ennegrecido.
¡Oh! no hay acento que á pintar alcance
La confusion, el pasmo, la agonía
De esa gente infeliz, que de la muerte

El rostro descarnado
Contempla frente á frente en aquel trance.
Allí cayó la flor de la nobleza,
Y el brillo se eclipsó de la belleza;
La hembra que espira sollozando, el hombre
Que, en pié, sereno, espera el crudo asalto
Sin que el horror terrífico le asombre;
Y el inocente niño que miraba
Las llamas ondular con rostro ledo,
En sepulcro comun yacen, sin nombre,
Cubiertos con un manto de ceniza.
Á los ayes de espanto y de querella,
Al sordo estruendo, cual de mar que brama
Y en promontorio altísimo se estrella,
Se sucede silencio repentino!..
Porque la muerte con su mano sella
Los labios de los míseros. No se oye
Sino á intervalos revivir la llama,
Ó el estridor que forma horrisonante
Entre las nubes de humo traqueando,
Al elevarse al aire, una centella.

•

¡Llorad, madres chilenas,
Las sin ventura y huérfanas, un dia
Cuando lo quiso el cielo, de alegría
Henchido el corazon, de gozo llenas!
Hoy... ¡Bendecid la mano poderosa

Que en la pena os sumerge y en el llanto!
¡El dolor no es el crímen!
¡Y si, para templar vuestro quebranto,
Algo puede valer la simpatía
Del mundo de Colon, donde se cuenta
Vuestro infortunio, recibid el canto
Que por mi voz América os envía!

FUNERALES DE UNA HIJA DEL PUEBLO.

And thou art dead ....
A-forme so soft and charmes so rare,
Too soon return'd to earth!

BYRON.

1844.

¡VED ese pobre y fúnebre cortejo!
Un carro — es el de siempre — tres mujeres,
Hijas del pueblo, un hombre encapotado,
Y dos niños que van jugando alegres.

En el carro va el cuerpo de una jóven
Muerta ayer; las mujeres son las fieles
Sirvientas de su casa, el encapado
Quien de padre de aquélla hizo las veces.

Ni sacerdote, ni enlutada escolta,
Ni cantos, ni guirnaldas, ni corceles,
Ni incienso... sola, al último recinto
Marcha á dormir en polvo para siempre.

No se meció la niña en cuna noble,
Ni la hermosura engalanó su frente;
No fué rica ni sábia; pasó oscura
Como el arroyo en un desierto suele.

Su doméstico hogar era su mundo,
Y en él cual Reina amada, con ardiente
Amor fué, que el orgullo y la riqueza
Y el espléndido fausto nunca obtienen.

¡Era tan buena, cándida y sencilla!
¡En sus labios sonrisas tan alegres
Tenia para todos, y en sus ojos
Para los pobres lágrimas ardientes!..

Un dia amaneció pálida y triste;
Su madre al verla se asustó: —"¿Qué tienes,
Mi ángel? yo viviré si tú me vives;
Yo moriré tambien si te me mueres!"

—"Madre! he soñado un sueño misterioso:
Oia cual los cantos de la Muerte;
Olia á suave incienso, y á mi lado
Vi acercarse un Espíritu celeste"...

La ciencia inútil fué, vano el esfuerzo
Del maternal amor; y, cual se duerme
Un niño en el regazo de su madre,
Al apuntar la luz, la niña muere.

Cuatro cirios cercándola iluminan
Su faz, sus manos y su blanca frente,
De donde derramados sus cabellos
Bajan y undulan entre gasa leve.

Un crucifijo de ébano sus dedos
Contra su pecho aprietan fuertemente,
Cual si el áncora en medio del naufragio
De la existencia desgraciada, fuese.

Cuantos la amaron lloran en contorno,
Viejos que socorrió, pobres mujeres...
¡Todo acabó sin remision! La tumba
Sus víctimas al mundo no devuelve.

Las flores que cuidaba se secaron,
Faltas del riego de la clara fuente;
Las aves que crïaba enmudecieron,
De solitaria jaula entre las redes;

El dibujo en la tela que bordaba
Sin acabar quedó... ¡y hoy, finalmente,
Va á dormir en el polvo del sepulcro
Esa hija del pueblo, para siempre!

Ningun soberbio túmulo recibe
Aquellos pobres restos; los cipreses
No tenderán sus resonantes ramas
Del mármol cincelado en los relieves.

En la fosa que cavan y que cubren
Con tierra, de aquí á años podrá verse
Mover su débil copa al jaramago
Sobre la alfombra de tupido césped.

Y por toda inscripcion que, cual tributo
Á la virtud modesta, el mundo ofrece,
De mal trabados leños, como nave
Que ha naufragado, encima una cruz tiene.

Nadie pregunta: ¿Quién allí reposa?
Que oscuro el pobre nace, vive, muere...
Mas ¿qué será de la infelice madre,
Si su dolor no alivia Dios clemente?

Cuando vuelva la aurora cada dia,
No estará la hija allí, ni cuando reine
La oscura noche, en el hogar desierto,
Cual ántes, sonará su voz alegre.

¡Oh! los que habeis perdido un hijo amado,
Decidme, si podeis, ¿qué es lo que siente
El alma en esa falta del rüido,
De la voz, del andar del que se muere?

Cerrar los ojos y espirar, es poco;
Es natural, el polvo al polvo vuelve:
Pero se desnivela la familia,
Y el recuerdo tenaz existe siempre;

Y el alma se alimenta de amargura,
Y hasta los mismos sueños se apetecen,
Y por ver el objeto que perdimos
Diéramos nuestra vida muchas veces.

¡Un instante no más! ¡un sólo instante!
Lo que dura un relámpago fulgente,
Y hasta el confin del mundo peregrinos
Iríamos nosotros siempre alegres.

¡Pero imposible traspasar los lindes
Donde sentada está la fiera Muerte!
¡Imposible romper el frio mármol
Donde mi padre, donde mi hijo duermen!

Y á esa region del sueño y del silencio
Baja á dormir la vírgen para siempre,
Con más quietud que entre su tumba de oro
El vicioso magnate prepotente;

Que ella pasó cual rosa del Desierto;
Pura bajó á la tumba cual la nieve;
No hizo ruido su paso, y en retorno
Dios le ciñó corona siempre verde,

Inmarcesible, eterna; cual eterno
Es el gozo que en su ánimo se extiende.—
¡Ay de la pobre madre que la llora,
Si su dolor no alivia Dios clemente!

1865

¡Veinte años ya! Y al fin hallo estas líneas
Cual si hojas del cipres mortuorio fuesen,
En la senda esparcidas de mi vida,
Que mi llanto ha regado tantas veces.

Y vuelvo á oir los llantos de esa madre,
Y vuelvo á ver tendida á la inocente
En su pobre ataud, iluminada
Por los pálidos cirios de la Muerte.

Y al Campo santo para hallar su tumba,
Vuelvo... Como las olas se suceden
En mar airado, tumbas sobre tumbas
La pala abrió del hombre indiferente.

No hay ni señales ya donde su huesa
Cavaron; igualó la grama verde
Todas las sepulturas, cual se borra
El recuerdo tambien de nuestra mente.

¿Yo mismo no olvidé su nombre?—¿Elisa?..
¿Laura?..¿Ines?..¡No lo sé! Quien fija siempre
Tuvo en su corazon la cara imágen
Hoy, ¡pobre madre! entre la tumba duerme.

¡Este secreto se ha perdido! ¡Solo
Dios, nuestro Padre, santo, omnipresente,
Que premió su virtud, el rincon sabe
Donde yace su polvo para siempre!

EL POBRE Y EL NIÑO.

Cuando el sol va á caer entre su tumba,
El aire de la tarde está impregnado
Con el olor de las fragantes hierbas
Que los vientos orean en el campo.
Oyese en el paseo el ruido ronco
De los carruajes; los brillantes granos
De la nube de polvo que se eleva
Bailan del sol á los oblicuos rayos.
Se oye distinto ahora, y luégo léjos,
Más léjos el galope del caballo,
Y perdiéndose allá, la estrepitosa
Voz del que rie cuando va pasando.
¿No debe ser comun esta alegría?
¿Hijos todos de Dios no son acaso?
¡Ay! ¡gime el pobre entre el comun concierto,
Y ese sol esplendente, y ese campo,
Y esa belleza no se ven lo mismo
Con ojos empañados por el llanto!

*

¡Salgamos hoy tambien! pensaba el pobre,
Y nuestra cruz impávidos carguemos,
Ascendiendo al Calvario doloroso
De la sangre de Dios por el reguero!

Esto pensó, y alzando entre sus brazos
A un pobre niño débil, macilento,
Y, cogiendo el bordon, tomó su via.
El bordon en las guijas forma un eco;
El dolor en el alma del anciano
Más hondamente clava el diente acerbo.
—Qué bello está! pensaba, retirando
Al pobre niño un poco de su pecho,
Sus ojos son los mismos de su madre,
Su risa la de un ángel, sus cabellos
Enrizados al aura una diadema
De oro forman, del sol con los reflejos.
¿Qué rico tiene un hijo más hermoso?
¿Qué rico á su hijo amó con más afecto?

•

¿A qué venís ahora á presentaros
En tropel á mi mente, más amarga
Para tornar mi fúnebre existencia,
Dulces recuerdos de la edad pasada?
Si un tiempo fué que de abundante mesa
Entre el gozo y el canto, el pan rodaba
Para saciar á muchos; si mi oido
Jamas cerré del pobre á las plegárias;
Si las enfermedades y los años
No lograron las penas de mi alma
Arrancar, ni el rubor de mi semblante...
¡Léjos huid, pues voy de casa en casa
A pedir por piedad!—"Así clemente
El buen Dios os dé paz, salud y calma

Como querais, señor, darme piadoso
Para este niño un pan! " — La mano alza
El rico señalándole la senda:
— " Sigue, dice, tu marcha! "

•

¡ Nunca el mal viene solo! se eslabonan
Uno con otro en fúnebre cadena
A un dolor un dolor aun más amargo,
Y á una pena otra pena más intensa.
¡ Oh espectáculo atroz! Entre las llamas
Vi reducida á míseras pavesas
En un punto mi casa: entró primero
A mi hogar y sentóse la Pobreza;
Y fué mi despertar sin alegría,
Y hubo noches de insomnio casi eternas,
Y llantos simulados con sonrisas
Que mal cubrian mi profunda pena.
Luégo vino la Muerte y de mis brazos
Arrebató á mi esposa, y despues llega
La Enfermedad.. — " Señor! si sois clemente..
¡ Nuestro buen Dios con ciento recompensa!
¡ Un pan para este niño! — ¡ No hay, hermano!
¡ Llamad á la otra puerta!"

•

¡ Oh Vírgen santa, ampárame y defiéndeme
En esta horrible y formidable lucha
Contra la adversidad! Ningun momento

Más cruel en mi vida que la oscura
Noche en que vi el Suicidio ante mis ojos...
La noche estaba negra cual la tumba.
Un bocado de pan en todo el dia
Ni éste ni yo gustámos: sed aguda
Nuestras entrañas abrasaba; y dijo:
Sígueme! Iba á seguirlo. Esta criatura
Vuelvo á mirar. — ¿ Y entónces este niño?
Le respondí. ¡ Tu auxilio, Vírgen pura,
Y el amor de mi hijo me salvaron!
Sobre mi frente que el sudor inunda
Hago la santa cruz: despues dormímos.
— " ¡ Señor! así el buen Dios le dé su ayuda,
¡ Un pan para este niño! — No hay, hermano;
¡ Tenga paciencia! ¡ sufra!"

•

¡ Y ved! ¡ Apénas se darán más negros,
Ni más lucientes ojos, ni más grandes!
Echan encima de ellos como un velo
Rizadas sus pestañas: ¡ ay! en ántes
Eran de frescas rosas sus mejillas;
El insomnio mortífero y el hambre
Han derramado palidez de tumba.
Cual gajos de jacinto en ondas caen
Sus cabellos aún; más ¡ ay! si vierais
Desnudo al inocente, ¡ es un cadáver!
¡ Hijo mio! ¡ hijo mio! — Se anudaron
Las voces del anciano entre sus fauces,
Y dos amargas lágrimas cayeron,

Muestra de su dolor. — " ¿ Aquí no hay padres
Que comprendan mi pena indefinible ?
¡ Señor ! si teneis hijos, ¡ Dios los guarde
De la miseria ! — Hermano, mi limosna
De hoy, di ; llegasteis tarde ! "

*

Refieren que hay ciudades en que el viejo
Encuentra asilo y lecho, abrigo y sopa ;
Y madres la niñez desamparada
Que á su regazo la alcen amorosas ;
Que calientes plumones la preservan
De la estacion del frio rigurosa ;
Que en vez del néctar del materno pecho
Leche espumante bebe en anchas copas ;
Que remece sus cunas suavemente
La Caridad cantando santas trovas,
Y duerme como suelen los polluelos
Bajo el ala de amor de la paloma.
El hombre al fin conlleva resignado
La privacion y penas que lo agobian ;
Los niños cual las aves necesitan
Agua, alimentos, y aire y frescas sombras :
" ¡ Señor ! ¡ vednos piadoso ! " — A estos acentos
No hay nadie que responda !

*

Así de puerta en puerta,
Llamando el pobre fué con su bordon :

¡No halló ninguna abierta!
¡Ay! ¡ni sensible un solo corazon!
Y cual hoja marchita
Que del tronco arrebata el huracan,
Y de aquí para allá la precipita
Con ronco són en incesante afan,
Despareció aquel hombre,
Y nadie supo ya qué fuera de él.
¡En grabar de los míseros el nombre,
Nunca en el mármol se ocupó el cincel!

MAGDALENA.

¡Oh! yo te vi primero rodeada
De familia, de amigos y de amantes,
Cuajado el blanco cuello de diamantes,
El aura respirando del placer.
¡Y ora!.. ¡Caida del dichoso estado,
Reina de la hermosura destronada,
Arrastrando una vida emponzoñada
Con el amargo torcedor de ayer!

¿Á qué bajaste al mundo, ángel tan bello,
Para manchar tus sienes con su lodo?
¡Ay! ¿por qué abandonaste de ese modo,
Pobre paloma, el nido maternal?
¿Qué te faltaba en él? Leyes tu acento;
Tus piés hollaban delicada alfombra,
Y en tu frente no echaba leve sombra
La mano fria del tremendo Mal.

Tu anciano padre consagró su vida
Á tributarte culto idolatrario:
Tú dejaste el doméstico santuario,
Y él bajó al polvo, roto el corazon.
¡Quiera Dios que penado y moribundo,
Solo — ¿sabes lo que es? — su pensamiento
No haya á ti vuelto en su postrer momento,
Para echarte su eterna maldicion!

¡Y yo te he visto ahora! El falso amigo
Que sempiterno amor juró en tus brazos,
De su mentido amor rompió los lazos,
Y para nunca verte se ausentó.
Yermo quedó tu corazon, barrido
Como el Desierto por la seca brisa;
Murió sobre tu labio la sonrisa,
Y tu alma enfrente del dolor se halló.

¡Pobre mujer! Por pieles deliciosas
Tosco manto te cubre, y sientes frio;
Y sientes hambre y sed, que está vacío,
Sin lumbre, húmedo y frio el pobre hogar!
¡Mira á dónde bajaste! Las espaldas
Te vuelven los antiguos amadores,
Y tu noche sin sueño y de dolores
Sobre estrecho jergon sientes rodar.

Y tú, nacida sobre noble cuna,
Y tú, dotada de alta inteligencia,
Sientes la privacion de la indigencia,
Comprendiéndola en toda su extension.
Triste es mirar huirse la belleza
Cual las nubes delante de la Luna,
Y de la edad las rosas una á una
Ver marchitarse ya sin remision;

¡Pero sentir envilecida el alma,
Perdida la inocencia primitiva
De las pasiones en la lucha viva,
Es sentir el infierno en vida ya!

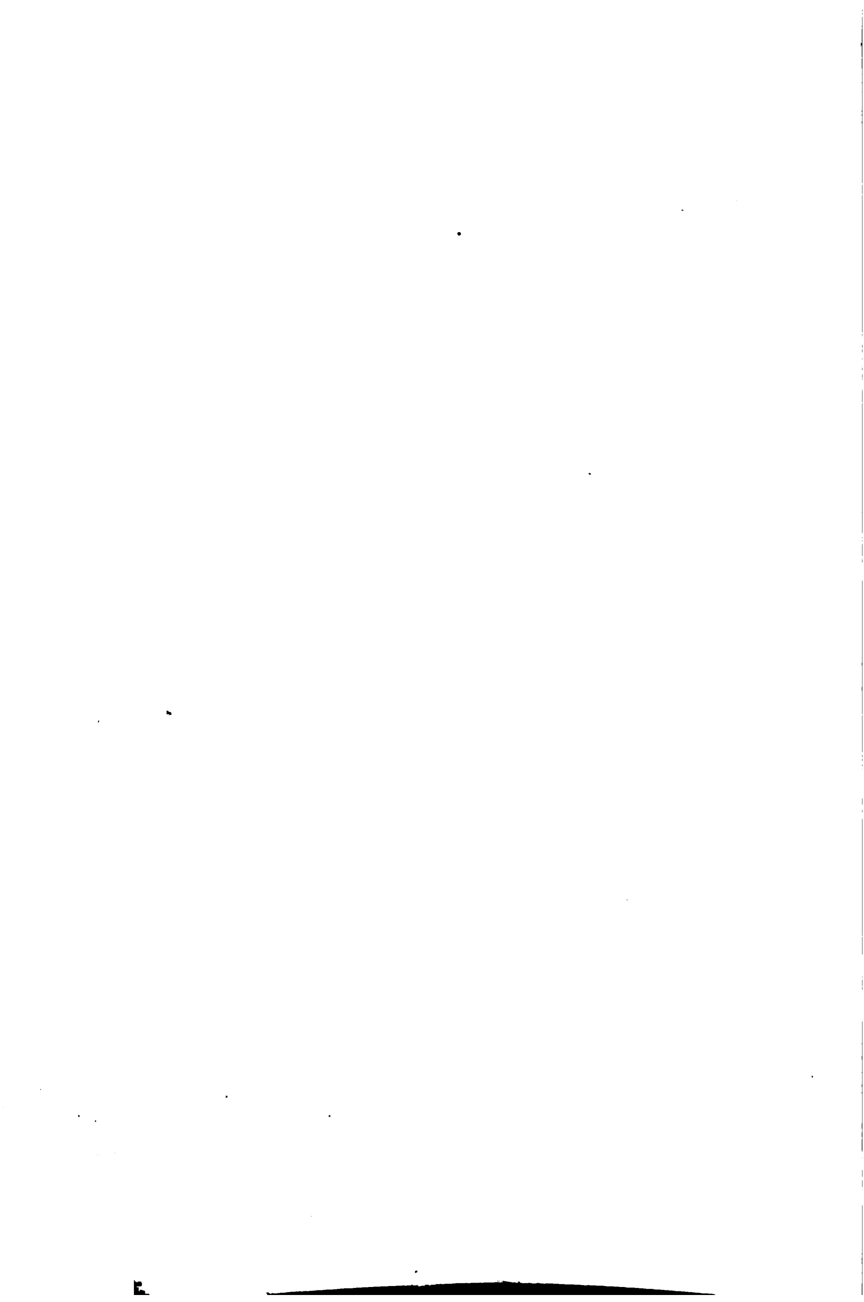
¿Dónde irá la infeliz sobre el vil polvo
Del insensible mundo, que su llanto
Sepa ó quiera enjugar? ¿quién con el manto
De indulgencia sus faltas cubrirá?

¡Oye! Hubo un tiempo una mujer sensible,
Cual tú llena de encantos y hermosura,
Cual tú perdida en la corriente impura,
Por su amante engañada como tú.
Perdió el honor; perdió la paz del alma:
Sola quedó con su dolor al mundo,
Como barca en mitad del mar profundo,
Bajo cielos sin astros y sin luz.

Mas en aquellos dias caminaba
Por sobre el polvo de la tierra un hombre;
Y ella oyó pronunciar su bello nombre
Como el de un padre, un grande bienhechor,
Por los ciegos que vieron la luz pura,
Por los que eran enfermos y sanaron,
Por los que estando muertos se elevaron
Del sepulcro á su acento animador.

Era JESUS de Nazareth, el bueno,
Amigo del que llora y del que pena;
La mujèr pecadora, Magdalena,
Por su patria, llamábase despues.
Y esta mujer creyó, y ante las plantas
Del Hombre Dios vertió su amargo lloro;
Pidió perdon, y con las trenzas de oro
Enjugó del Señor los santos piés.

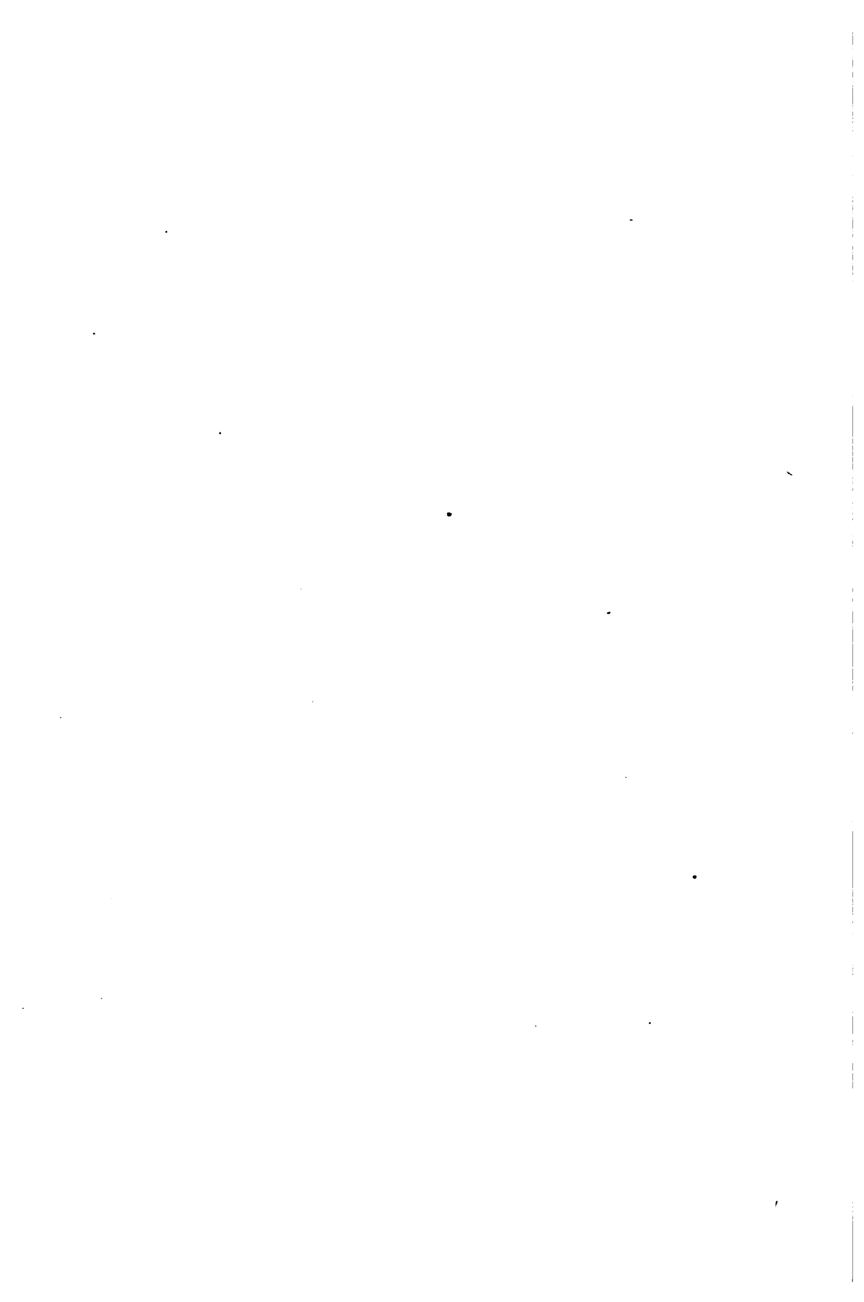
¡Levántate del cieno de ignominia
En que yaces caida, á noble altura,
Que si no recuperas la hermosura,
Recobrarás la paz del corazon!
JESUS pasó del mundo, pero vive,
Y es padre de piedad y de clemencia:
¡Llora postrada en su inmortal presencia
Que Él te dará su abrazo y tu perdon!



VERSOS DEL HOGAR.

Un ángulo me basta entre mis lares.

RIOJA.



LA BIENVENIDA.

¡Oh! ¡bienvenida entre nosotros seas,
Angel que Dios ha desterrado al mundo!
Tú que naces tan débil y tan pura
Cual la primera lumbre
Cuando empieza á rayar el claro dia;
Tú en cuya faz se advierte todavía
De la sidérea luz una vislumbre,
Dón del Señor que el corazon recreas,
¡Oh! ¡bienvenida entre nosotros seas!

¿Vendrá, niña, contigo
De dichas un tesoro,
O viéndote penar derramaremos
Abundante raudal de amargo lloro?
Mas aunque hundida en el dolor te veas,
¡Ay! no por eso creas
Que ménos te amaremos...
¡Oh! ¡bienvenida entre nosotros seas!

En el regazo de tu madre ríe:
¡Ah! ¡por ti padeció tánta amargura!
Y en premio el corazon se le deslíe
De inefable placer y de ternura.
Y tú, niña, aprovecha el breve instante

Concedido al viajero por el mundo,
Para pagarle con amor profundo
El amor con que el alma le recreas,
¡ Y bienvenida entre nosotros seas !

Vén á sentarte en nuestro hogar dichoso,
Entre los seres que amo ;
¡ Vén á participar de nuestras penas,
Vén á participar de nuestro gozo !
¡ Cuánta parte del llanto
Te tocará de nuestra herencia ! ¡ cuánta
De orfandad, de pobreza y desconsuelo,
Hasta que el claro cielo
Por vez postrera veas !
Mas con todo eso, ¡ bienvenida seas !

¡ Angel bello de Dios ! ¿ porqué bajaste,
Si tu herencia en la vida era tan triste ?
¡ No vale el beso maternal que hallaste
Los inefables gozos que perdiste !
Mas alaba al Señor que así lo quiso ;
Y aunque empapes con llanto,
Conserva puro el manto
Y las ricas preseas
Que al tocar á la vida recibiste,
¡ Y bienvenida entre nosotros seas

SEMEJANZA.

La misma despejada, hermosa frente
Es la tuya, y el mismo sonreir,
Y la húmeda mirada refulgente,
Y el eco mismo de la voz ferviente
Del ángel de mi vida que perdí.

Cuando en el seno de mi pobre amiga,
Como sobre el rosal está el boton,
Duermes, cual la paloma que se abriga,
Cediendo de volar á la fatiga,
Del ala maternal bajo el plumon;

Yo, fijando en silencio y pensativo,
Mis miradas extáticas en ti,
Que estoy alucinado no percibo,
Pienso que está durmiendo y que está vivo
El ángel de mi vida que perdí.

Niña tú, de tu voz la melodía
Únicamente alegrará mi hogar;
Mas de la suya, ¿quién decir podria
Con qué fuerza en la lid sonado habria
O en medio de lä ira popular?

¡Feliz tú! ¡feliz él!—En el abrazo
De vigilante amor ambos dormís:
¡Tú de tu madre en el estrecho lazo,
De nuestro Padre Dios en el regazo
Aquel ángel del Cielo que perdí!

LA BENDICION.

CUANDO la noche tiende el negro velo
Se acoge á la espesura del jaral
Del ave de los bosques el polluelo
A dormir bajo el ala maternal;
Y alaba allí, piando dulcemente
Al que para su nido musgo dió,
Y cristalinas aguas al torrente,
Y rubio grano en la éra derramó.
¡Hijas mias, vosotras haced eso,
Y elevad al Buen Dios una oracion;
Y venid á pagarme con un beso
Mi paternal y amante bendicion!

Si el niño es bueno y si de véras ama
A nuestro Padre que en el Cielo está,
Y si con obras de su amor se inflama,
Amigo de los Ángeles será;
Y cuando el niño duerma, como hermanos
Del Cielo bajarán Ángeles mil
A cantarle cantares soberanos
Y á remecer su cuna de marfil.
¡Hijas mias, sed buenas para eso,
Y elevad al Buen Dios una oracion;
Y venid á pagarme con un beso
Mi paternal y amante bendicion!

Los llevan donde hay campos de esmeraldas,
Rios de plata y flores de rubí;
Y coronan sus sienes con guirnaldas
De rosas, de jazmines y alelí.
Y hay caballitos, mansos cual corderos,
En que pueden sin riesgo galopar;
Y hay arpas de oro, y flautas y panderos;
Y todo niño sabe allí cantar.
¡Hijas mias, sed buenas para eso,
Y elevad al Buen Dios una oracion;
Y venid á pagarme con un beso
Mi paternal y amante bendicion!

Los llevan á la Gruta milagrosa
Cuya puerta es un íris de cristal,
De zafiro la bóveda lustrosa,
Donde resuena un canto celestial;
Vuela vida inmortal entre la brisa,
Y la Vírgen los niños baja á ver;
Y si son buenos, gozan su sonrisa
Y los convida al primitivo Eden.
¡Hijas mias, sed buenas para eso,
Y elevad al Buen Dios una oracion;
Y venid á pagarme con un beso
Mi paternal y amante bendicion!

Pueden besar la fimbria de su manto,
Pueden oir su regalada voz,
Y pueden llamar madre en dulce canto
A la que es Madre del Eterno Dios;

Y pueden ver su frente que serena
El fiero mar en recia tempestad,
Y cambia en gozo la funesta pena,
Y en salud la más cruda enfermedad.
¡Hijas mias, sed buenas para eso,
Y elevad al Buen Dios una oracion;
Y venid á pagarme con un beso
Mi paternal y amante bendicion!

Así, juntas las manos sobre el pecho,
Baja la frente, alegre el corazon,
Pues ningun mal habeis vosotras hecho,
Llegad á recibir mi bendicion.
Y no sólo la mia; que está arriba
El que da musgo al ave en el jaral,
Y trigo de las éras, y agua viva,
Y él os bendice — el Padre celestial!
¡Hijas mias, sed buenas para eso,
Y elevad al Buen Dios una oracion;
Y venid á pagarme con un beso
Mi paternal y amante bendicion!

Á MI ESPOSA.

CUANDO te vi, mi sér sentí inundado
De santa luz en claro resplandor,
Y á una region de paz fuí arrebatado
De esta region de luto y de dolor.

Cuando te oi, pasó por sobre mi alma
Desconocido y plácido raudal
De tanta dicha é inefable calma,
Que cambió en bien mi insoportable mal.

Cuando, confiado en tu bondad, un dia
Al pié del ara santa te llevé,
No hay voz de hombre ni de Ángel armonía
Que pintar pueda cuál mi dicha fué.

Despues... pálida y débil, sonriendo
El primer fruto de mi casto amor,
En tus brazos mostrásteme durmiendo
Cual gota de rocío en una flor.

Hoy que ya no eres jóven, Julia mia,
¡Oh amiga de mi bella juventud!
Tu amor es mi tesoro y mi alegría,
Y mi único consuelo tu virtud.

EN EL ÁLBUM DE UNA JÓVEN.

PIDIÓ una vez la alegre Primavera
Al aterido Invierno bellas flores,
Y él, serenando al punto la faz fiera,
Le contestó: —"Mis cierzos bramadores
Barrieron los pensiles;
¡Deja que vuelva el sol esplendoroso
A iluminar el campo en los abriles!"

Pidió una vez la cristalina Fuente
Claro raudal al turbulento Rio,
Y él contestó con eco omnipotente:
—"No puede ser, bien mio,
Que ha enturbiado mi seno
La furiosa tormenta;
¡Deja que vuelva el tiempo á estar sereno!"

Pidió al Eco del monte silencioso
La campesina Tórtola un arrullo;
Y él respondió con tono lastimoso:
—"El huracan barrió la antigua selva;
¡Deja que á mecer vuelva
La aura primaveral las nuevas flores,
Y ella ha de darte su mejor murmullo!"

Pidió una niña, como tú, inocente,
Al poeta Jacob versos un dia,
Y él le dijo: "En mi cítara doliente
No hay un himno siquiera de alegría,
Que sonar pueda para ti elocuente;
Mas siéntate á mi lado, y en la mente
Esta sentencia graba,
Palabra de inmortal sabiduría,
Y al Sumo Dios con humildad alaba.

"Cuando naciste tú, palmera hermosa
Del Desierto de Engaddi, en paz serena
La mar estaba entónces, y en el aire
Sobre una y otra arrebolada nube
Como entre urnas de nácar reluciente
Su blanco globo alzó la Luna llena.
El Cielo dió á tu frente
De las perlas de Oriente
La suave trasparencia; y tus cabellos
Bajaron por tus hombros derramados
Cual gayos de jacinto perfumados,
En ondas de oro, nítidos y bellos.
Algo tienen tus ojos de la lumbre
Del astro de la tarde que en la cumbre
Del alto Hermon asoma,
Y que en el lago cristalino riela;
Y algo de los de tímida gacela
Que reposa entre helechos en la loma;
Y á tu boca prestaron sus corales
Las ondas de la mar, y los rosales
De Jericó les dieron grato aroma.

"¡Oh niña! vive y crece
Cual el lirio que mece
En retirado monte
Su perfumada copa, junto al agua
Que resbalando su cristal murmura;
Y con las gracias y esplendor florece
De que dichosa te dotó natura.

"Bellas eran Raquel, Sara y Rebeca,
Madres de un pueblo heróico, y bajo el manto
Velaban el encanto
De gracia y juventud, y ejercitaban
La ebúrnea mano con la tosca rueca;
O iban con paso suelto y diligente,
Llevando al hombro de la frágil asa
El ánfora á llenar de agua á la fuente,
Y en la movible tienda del viajero
Amamantaban de héroes una raza:
Así se hicieron célebres; su nombre
En la cancion de nuestras tribus dura,
Por que ántes la modestia es que el ingenio,
Ántes es la virtud que la hermosura."

A FRANCISCO JAVIER CARO.

VUELVE tras una noche tormentosa
El cielo á esclarecer la luz divina,
Y en el alar de la pajiza choza
Vuelve á triscar la errante golondrina;
Y á alfombrarse de flores torna el prado
Despues de polvoroso y seco estío,
Y á sonar con acento regalado
Deshecho en perlas nuestro patrio rio.
Si el alma del poeta no envejece,
Y hay en la lira un mundo de armonías,
¡Vuelve á cantar en tanto que anochece!
¡Vuelve á vivir en los antiguos dias!

Tú lo recordarás, aunque pasaron
De entónces tantos años enemigos,
Cuando nuestras dos almas se encontraron,
Y nos dimos los dos mano de amigos;
Cuando al salir de la niñez apénas,
Como un Eden se nos mostraba el mundo,
Y las horas volaban de paz llenas,
Y era en ventura el porvenir fecundo.
Si el alma del poeta no envejece,
Recuerda de esa edad las alegrías;
¡Vuelve á cantar en tanto que anochece!
¡Vuelve á vivir en los antiguos dias!

Nunca olvida el turpial de nuestros montes,
Ni prisionero, su meloso canto,
Y llena los remotos horizontes
Con la plácida voz de su quebranto.
Y tú, poeta desterrado al suelo,
¿Renegarias de tu noble raza,
Cuando tu mente de la luz del cielo
Formada fué, que el universo abraza?
Si el alma del poeta no envejece,
Y hay en la lira un mundo de armonías,
¡Vuelve á cantar en tanto que anochece!
¡Vuelve á vivir en los antiguos dias!

No es todo mal en la existencia humana,
Ni el llanto sólo del mortal herencia,
Que regocija al orbe en la mañana,
Tras la tormenta, el sol con su presencia.
Y queda al fin de la ilusion perdida,
Como puerto del náufrago del mundo,
El dulce hogar, consuelo de la vida,
Con su amistad y con su amor profundo.
Si es cierto que nuestra alma no envejece,
Si hay en la lira un mundo de armonías,
¡Vuelve á cantar en tanto que anochece!
¡Vuelve á vivir en los antiguos dias!

Ya muere el dia: el sol resplandeciente
En un mar de oro y fuego tambalea,
Miéntras que de la noche en el Oriente
El primer astro trémulo chispea.

El corvo firmamento en róseas tintas
Báñase al punto; y es el aire suave,
Dulce la luz, y se oyen más distintas
La voz del eco, y bosque, y fuente y ave.
Si el alma del poeta no envejece,
Y hay en su lira un mundo de armonías,
¡ Vuelve á cantar en tanto que anochece!
¡ Vuelve á vivir en los antiguos dias!

GOTAS DE ROCÍO Y HOJAS DE LAUREL.

De niño, una mañana salí al campo,
Y vi chispear, del sol al vivo lampo,
En la grama fragante,
Una cosa brillando cual diamante.
Mirada desde léjos,
De la luz con los trémulos reflejos,
Temblaba y con las auras en la hoja;
Y era ora azul, despues dorada ó roja.
Yo, inocente, en mi loco desvarío,
Creyendo que un diamante hermoso fuera,
Tendí la mano por cogerlo, y era...
¡Solamente una gota de rocío!

Una tarde, de niño, salí al prado,
Y vi un pórtico espléndido, encorvado
De un monte á otro distante,
Con suavidad tenderse rutilante.
No tan bellos colores
Tienen en el pensil las frescas flores.
La grana al oro júntase y al verde:
¿Dónde comienza el uno, dó se pierde?
Yo, inocente, en mi loco desvarío
Pienso que un arco de cristales fuera,
Corro ansioso, y encuentro con que era...
¡Tan solamente gotas de rocío!

Jóven despues, yo presto atento oido
De una lira [1] al dulcísimo quejido
Que rasga el vago viento;
Canta el Amor, del ánima alimento,
La Patria idolatrada,
Dulce vision del ánima extraviada.
Yo por Patria y Amor loco y enfermo
Al canto melancólico me aduermo;
Mas vuelvo de mi insano desvarío.
¿Dónde fué el canto y el cantor aquel?
— Nada quedó! La soledad, vacío...
¡Ah! ¡sólo un gajo seco de laurel!

Hombre despues, escucho cuál proclama
Héroe inmortal el canto de la Fama
A un terrible guerrero, [2]
Que al fin dormia el sueño postrimero
Entre su quieta tumba.
El eco del cañon bronco retumba,
Honrando sus solemnes funerales;
Miro el llanto del pueblo, y á la Historia
Que consagra en los siglos su memoria;
Y me acerco en mi loco desvarío
A ver la tumba en que reposa él...
¡Delirio! ¡Su sepulcro está vacío!
¡No hay sino un gajo seco de laurel!

¡Sombras de un sueño! ¡todo desvarío,
Sin realidad, tan vanas como él!
Poder y gloria — ¡gotas de rocío!
¡Y gajos marchitados de laurel!

[1] José Eusebio Caro. [2] Bolívar.

PARA LA CORONA FÚNEBRE

DE LA ESPOSA DE D. J. M. VERGARA Y V.

¡Como flor!.. ¡como nave!.. ¡como sombra!
¡Ay! como flor galana
Que al primer esplendor de la mañana
El cáliz coronado de rocío
Columpia airoso sobre el tallo verde
Al apacible céfiro de estío,
Y al trasponer el dia
Tronchada cae y pierde
Bello color, fragancia y lozanía....

Como la rica nave que del puerto
Empavesada zarpa
Y al vario viento da la blanca lona,
Y á una distante zona
Dirige el rumbo incierto,
Despareciendo va, y al fin se oculta
En el confin del piélago desierto....

Como la instable sombra
Que la mullida alfombra
Del campo abierto rasa,
Y, sin dejar ni imperceptible huella,

Rápidamente pasa...
Así por el desierto de la vida
Buena, y sensible y tan amada, aquella
Que mi labio no nombra,
Pasó cual flor... cual nave... como sombra...

Fué ayer, ayer no más, cuando la vimos
Venir á honrar con su bondad, dejando
El firmamento de su Patria bello,
El hogar de su esposo,
Adolescente apénas,
Dado á las leves auras el cabello
Coronado de rosas y azucenas.

Fué ayer, ayer no más, cuando la vimos
Madre dichosa, embebecida el alma
En la sonrisa púdica y sencilla
Y en la luz en los ojos chispeante
De un pequeñuelo infante
Que amoroso jugaba en su rodilla.

Eso fué ayer no más... ¡ayer!.. y ahora,
En vez de tanta paz y dicha tanta,
Y tanto amor, y tanto hermoso sueño
Que se fingió la alegre fantasía,
¡Ay! como ella se fué, puso su planta
La Pena en el hogar ántes risueño;
Y se oyen desde ayer hondos sollozos
Y alaridos agudos,
Y se mira tambien correr el llanto
Por semblantes escuálidos y mudos.

Tambien así bajo la instable tienda
Del antiguo Patriarca
Resonaba el lamento del quebranto
Cuando espiró Raquel dando la vida
De su dolor al hijo, y desde afuera
Se oia el sollozar ahogado y ronco,
Cual si el quejido fuera
Del ábrego luchando airado y bronco
Con las ondas del mar en la ribera.

Cuando, saliendo apénas de la cuna,
Comienza el peregrino de la vida
El temeroso viaje, ante sus ojos
La Pena se presenta, y le señala
Vasto campo y erial, lleno de abrojos,
Y con faz donde imperan los enojos:
"Inseparable compañera tuya
Seré, dice, hasta el punto en que la Muerte
Cubriéndote con su ala
La antigua libertad te restituya."

¿Quién, pues, exento del dolor? ¿Acaso
El que ostenta en su frente una corona
De diamantes y de oro?
¿Quien la grey en los valles pastorea?
¿O el hijo del Parnaso?
¡Ninguno! Todos abundante lloro
Derraman miéntras viven;
Y las amargas heces
Del infortunio beben en el vaso.

Como arrastradas van las secas hojas
Del bosque, entre revuelto torbellino;
Cual los granos de polvo sobre un rayo
Horizontal del Sol saltando pasan
En número infinito, los mortales
Unos en pos de otros, del sepulcro
Salvando van los fúnebres umbrales.
Y ella, cual los demas, en la corriente
Irremediable entró; mas dulcemente,
Vueltos al Padre universal los ojos,
Y en su clemencia y su bondad confiando,
En el sepulcro reclinó la frente.

¡Adios, pompa nupcial! ¡Alegre coro
Que en honor resonaba de la esposa!
¡Blancos velos! ¡Corona entrelazada
De níveos azahares y de rosa!
¡Ayes de amor! ¡Involuntario lloro!
¡Bella ilusion para mejores dias!
¡Todo ayer acabó! — ¡Voz quejumbrosa
Del órgano en las bóvedas temblando!
¡Canto del sacerdote que reclama
Paz para los que fueron! ¡Blanca nube
Del sacro incienso, que del ara sube
Y en el aire tranquilo se derrama!
¡Como ellos pasareis tambien vosotros!
¡Las lágrimas de amor ó de dolores,
Lágrimas, con el viento se secaron;
Y las fragantes flores,
Como flores al fin, se marchitaron!

Mas vive, y en vision nocturna baja
A consolar el alma del esposo;
Porque la misma muerte no relaja
El vínculo que uniera delicioso
En la vida á los míseros mortales.
¡Contempladla al pasar! Hay en sus ojos
Miradas que se hicieron celestiales
Al brillo de la luz indeficiente.
¡Oidla! Hay en sus labios todavía
Palabras deliciosas
Llenas de celestial melancolía:
"Aun te amo, y soy feliz: si serlo quieres,
Pisa de la virtud las agrias sendas,
Ajeno de la vida á los placeres;
Y vive de mi amor para las prendas."

Tal parece decir, y en rósea nube,
Sombra bendita al retornar se vela,
Y al éter puro por el aire sube
A manera del ave cuando vuela.

A UNA MIRLA.

¡Mira ese pobre pájaro cautivo
Cuál forceja en la jaula vanamente,
Y pide en vano el sol de su montaña
Bregando por huir inquieto y vivo! —
¡Oyó el ruido lejano del torrente,
Y respiró el aroma de los campos
Que le trajo en sus alas el ambiente!

¿Qué tiene en cambio aquí del verde otero,
De su laurel del bosque solitario,
Del murmurar del viento fuerte y vario
Que las marchitas hojas barre fiero?
¿Qué le valen auroras tan serenas,
Ni que el sol se levante en nubes de oro
Sobre los altos montes;
Ni que en los apartados horizontes
Se oiga el último trueno del invierno?
En vano para ella
El campo léjos tiende un manto verde,
Y el espumoso rio en vano estrélla
Su raudal que en los árboles se pierde.

Dále la libertad, ¡oh Julia mia!
Tienda al aire sus alas
Entorpecidas ya con las prisiones,
Y vuelva á su montaña primitiva;
Y en la musgosa piedra del desierto,

Entonando suavísimas canciones,
Con las ondas de luz fuerza reciba!
El que gime cautivo
Solamente, cual yo, sabe por cierto
Cuánto pesa y abruma una cadena,
Cuán lentamente el tiempo de su mano
Deja caer el grano
De la menuda arena.

Unos gustan del canto de la Fama,
Infierno y Paraíso de la vida;
Otros corriendo van tras la Fortuna,
Simulacro incensado á par que inmundo;
Otro los campos de sus padres ama,
Donde dichosa se meció su cuna
En la flexible rama
Al rayo incierto de naciente luna,
Y de la Corte al esplendor prefiere
El mugir de la grey que á paso lento
Recoge el labrador, cuando la tarde
Va declinando silenciosa, y arde
Su estrella en el azul del firmamento;
Ó el nocturno paseo por los bosques
De la luna al ocaso delicioso;
Ú oir la tempestad batir con su ala
Húmeda y fria el no envidiado techo,
Alzando á Dios el ruego fervoroso
De adoracion de su tranquilo pecho.

Ó ama sentarse al borde del torrente
Que con fragor sus ondas precipita

Entre musgosas piedras y espadañas,
Ó ver doblarse trémulas al soplo
Del aura meridiana, recostado
En la éra polvorosa,
De blonda mies las movedizas cañas.
Y si acaso pasea
Cerca del enyerbado Cementerio,
Donde duermen los padres de la aldea,
No es para él de luto y agonía
La manifestacion del gran misterio
De la existencia humana,
Ni de la muerte la tremenda idea.

¡Oh! ¿dónde están ahora
Mi delicioso campo,
Mi bello bosque umbrío,
Mi claro y sesgo rio?
¡Ay! á mí no me toca alzar doliente
Amarga queja por mi suerte al Cielo:
¡Quísolo Dios, y bajaré hasta el suelo,
Resignado adorándolo, mi frente!

Mas ¡esa mirla! ¡oh! ¡vuelva á sus colinas!
¡Torne á cruzar la solitaria selva,
Torne á empapar sus fatigadas alas
Del arroyo en las ondas cristalinas!
La ley de Dios no contrariemos. ¡Vuelva
Libre á cruzar el ancho firmamento,
Y vuelva á alzar el olvidado canto
De gratitud y libertad al viento!

Dios te bendiga ¡oh Julia! pues piadosa
La estrecha jaula abriste
A la avecilla triste.
¡Mírala cómo párte acelerada!
¡Mírala cómo luégo fatigada
En ese árbol reposa!
Compone allí la pluma . . .
Vuela, ¡y es para siempre!

¿Dónde el Ángel está, piadoso amigo,
Que, clemente mostrándose conmigo,
Lleno de caridad, al cabo lime
La ruda argolla que mi cuello oprime,
Y qué, ¡oh placer! me vuelva
Al suspirado campo de mis padres,
Y á mis torrentes y á mi antigua selva?

¡MAÑANA!

Abre un boton su capullo
Y el sol lo tiñe de grana,
Mécelo con blando arrullo
Tibia la brisa temprana,
Y es del campo amor y orgullo;
¿Cuánto duras, flor lozana?
—Dicha prometida al hombre,
¿Cuál es tu nombre?—¡Mañana!

Niño que en la cuna lloras
Por una quimera vana,
Jóven que á pocas auroras
Verás tu cabeza cana;
¿Qué son las fugaces horas
De la existencia liviana?
—Dicha prometida al hombre,
¿Cuál es tu nombre?—¡Mañana!

Toma el mortal su camino
Del alba á la luz temprana,
Y en el mundo peregrino
Como en desierta sabana
Perseguir es su destino
Fugitiva sombra vana...
—Dicha prometida al hombre,
¿Cuál es tu nombre?—¡Mañana!

¡ Íris de ala refulgente
Que el firmamento engalana !
¡ Aspiracion permanente
Y eterna del alma humana !
¡ Reposo de nuestra mente
Al fin de una lucha insana !
— Dicha prometida al hombre,
¿ Cuál es tu nombre ? — ¡ Mañana !

¡ Mañana ! ¿ Y por qué no es Hoy ?
¿ Y por qué siempre Mañana ?
¡ Ah ! ¡ me olvidé de que soy
Débil criatura mundana,
Y peregrinando voy
Hácia una Patria lejana !
— Dicha prometida al hombre,
¿ Cuál es tu nombre ? — ¡ Mañana !

A UNA AMIGA.

JUNTO de ti mostróseme presente
La cara imágen de mi antiguo bien,
Con su gracia y mirada reluciente,
Y su bondad de corazon tambien.

Como ella esposa y madre, de la vida
Bajando el rio turbulento vas;
¡Oh! ¡con tan santo amor fortalecida,
El sendero del bien no dejarás!

¡Buena y sensible Amiga! ¡Cuántas penas
Dudas, angustias y horas de dolor,
Y de afan, y de pasmo ansioso llenas,
No nos ofrece el mundo engañador!

Por una rosa que tu vista encante,
¡Cuántas espinas herirán tu pié!
Por un amigo bueno, fiel, constante,
¡Cuántos traidores burlarán tu fe!

Gran dón es el Ingenio, y la Hermosura
Del Padre Celestial es un gran dón;
Pero es mayor que todos la ternura
Y la dulce Bondad del corazon.

¡Oh! no hay pasion que la Virtud no dome
Ni noche que no logre iluminar,
Lágrima que á los párpados asome
Que sus manos no sepan enjugar.

¡Ese el astro polar de tu destino!
Alza la frente y marcha de él en pos:
¡No vaciles, que al fin de tu camino
Reposarás en brazos de tu Dios!

EL AMOR Y EL DEBER.

Díjome Amor mostrándome la hermosa
Que pagó con olvido mi terneza:
—"Mira esa fresca faz en que la rosa
Se mezcló de la nieve á la pureza.

"Mira los grandes negros ojos, bellos,
Que despiden de luz vivos raudales,
Como en tranquila noche los destellos
Relucen de los astros celestiales.

"Vé su boca: es cual rosa medio abierta,
Bella cuando habla, ó calla, ó dulce rie;
Y el eco de su clara voz despierta
Fuego de amor que el corazon deslíe.

"Léjos huirán tus penas y dolores,
Pues sabrá amarte con amor profundo:
Yo cubriré por ti de frescas flores
La estéril senda que te ofrece el mundo."

Yo lleno de estupor, sólo un momento
Me atreví á alzar los ojos hácia ella;
Y sentí juntamente ansia y tormento:
Era por cierto una mujer muy bella.

Calló el Amor, y yo tambien callaba
Como el que piensa y duda; y de repente
Junto á nosotros una voz sonaba
No halagüeña, mas sí muy elocuente.

Y me dijo el Deber: — "¿ Te atreverias
Tú, noble y generoso, tú, cristiano,
A llenar de afliccion tan bellos dias,
Profanando su honor con torpe mano?

" Está sola en el mundo ¡ y es hermosa !
Hogar no tiene ya, no tiene madre;
Sírvela, pues, de egida poderosa,
Siendo para ella amigo, hermano y padre."

Y yo cumplí el decreto soberano;
Y ella sus penas consoló conmigo,
Y halló en mi corazon el de un hermano,
Y en mi afecto veraz el de un amigo.

Y fué una vez. — Bajo la negra sombra
De la gran selva murmuraba el rio;
Y de los prados en la verde alfombra
Se mecian las gotas de rocío.

De la silvestre ruda y el tomillo
Se esparcia el olor al horizonte,
Y allá se oia el són del caramillo
Con que el pastor su grey conduce al monte.

De hojas de rosas y jazmin la grama
Alfómbra el pié del árbol, donde asoma,
Entre la verde pompa de la rama,
Sus globos de oro la fragante poma.

De cuando en cuando á mí llegaba el eco
De los ruidos del campo y las montañas,
O el rumor sordo del maizal ya seco
Que un lamento fingia entre las cañas.

Entónces presentóse de repente,
Y, hundiendo entre mis brazos su cabeza,
Gimió en voz alta, abierta y locamente
Su orfandad, su aislamiento, su pobreza.

Entónces murmuraba como ahora
Ronco el rio entre piedras espumante;
Y ésta la misma luz era que hoy dora
El campanario que se ve distante;

Y este el mismo rumor que cual lamento
Oiamos entónces entre la alta
Copa de los alisos con el viento:
Nada falta hoy aquí: ¡sólo ella falta!

LA LIBERTAD.

¡Ay! ¿quién tendrá piedad del desgraciado
Que en dorada cadena preso gime?
¿No habrá mano clemente que la lime
Y le vuelva su antigua libertad?
— Quebrándose en el muro, opacos, frios
Entran aquí los rayos del sol bello,
Cual de un fanal el pálido destello
Que alumbra el mar en negra tempestad.

¡Llévame, oh Musa, tú, donde solias
En los años risueños de mi infancia,
Á respirar del campo la fragancia
Que de salud repleta el corazon!
¡Condúceme á los campos solitarios,
Al fértil valle y al tendido otero,
Donde del rio que se lanza fiero
Escuche el clamoroso y ronco són!

Quiero sentir el viento que sacuda
Mi cabello con ímpetu en la frente;
Quiero sentir el sol vivaz y ardiente
Que las fuerzas me vuelva que perdí.
Sentir mis piés humedecidos quiero
Del campo con el diáfano rocío;
Y ver el mismo monte, el mismo rio
Que en mi niñez afortunada ví.

Quiero entrar á la casa de mis padres
Hoy por gentes extrañas habitada;
Y estar donde mi cuna fué colgada,
Y respirar donde ántes respiré.
—¡Nada habrá de ellos hoy! Ninguno al hijo
Conocerá de aquel antiguo dueño:
Él duerme hace años el eterno sueño,
Y un extraño en su casa yo seré.

¡Qué parecida á la existencia mia,
Tan llena de borrascas y dolores,
Oh sagrada mansion de mis mayores,
Despues de tanto tiempo te he de hallar!
¡Ruinas allá y aquí! De cualquier modo
Con que asomarme al corazon intente,
En su interior abismo solamente
Sombras hallo de luto y de pesar.

Mas al pasar los anchurosos patios,
Al cruzar los espléndidos salones
De altísimos, severos artesones,
Y en la capilla al asentar el pié:
¡Ay! ¡cuántas melancólicas memorias
Despetaránse entónces de repente,
Que dormidas reposan en mi mente,
Del tiempo aquel que tan dichoso fué!

¡Oh ¡dadme pronto un corredor brïoso
Que deje atras al céfiro en su vuelo;
Porque perderme en el confin dudoso,
Veloz cual los relámpagos, anhelo!

¡ Valles profundos, solitarios montes,
Selvas, lagos, collados y torrentes,
Sabanas que os tendeis sin horizontes,
Fecundadas de soles esplendentes !

¡ Abridme vuestro campo ! Un pecho lleno
De dolor vuestras auras necesita :
¡ Ah ! ¡ la tremenda pena que me agita
Sólo puede calmarse en vuestro seno !

*

HUELO el tomillo que el ambiente llena
Del ave solitaria escucho el grito,
Saliendo á ratos del jaral marchito
Que el seco cauce del torrente ornó.
Del mediodía baja el tibio viento
Y en las flores del valle juguetea,
Y las mieses undívagas blandea,
Y al término del campo se extendió.

Álzase en este instante una armonía,
Himno al Señor, universal, solemne,
Desde la copa del cipres perenne
Que resiste al furor del huracan,

Hasta las delicadas florecillas
Que ayer nacidas sobre débil caña
Á la luz de otra aurora, en la montaña
Arrastradas del viento rodarán.

Sueltan las aves su silvestre canto:
De las vacadas óyese el mugido:
La flauta campesina su sonido
Extiende al valle oculto y al verjel...
¡Oh! ¡no cabe en el hombre limitado
Tanta impresion de libertad y calma!
Calla la voz, porque se arroba el alma
Y de la mano suéltase el pincel.

Como un cautivo de sus grillos libre,
Acostumbrado al aire infecto, impuro,
Y á la estrechez del calabozo oscuro
En que por largos años suspiró;
Para tomar aliento y nuevas fuerzas,
Necesito asentarme en el remanso
Do el arroyo entre guijas corre manso...
¡Tambien en cautiverio gemí yo!

*

El cielo, há poco tinto de oro y grana,
En riquísimo azul cambiarse veo:
Triste zumba á lo léjos la campana:
La noche me sorprende en mi paseo.

Al blanco rayo de menguada luna
Tengo que caminar calladamente;
Oyendo el ruido de lejana fuente,
Como el llanto de un niño entre la cuna.

Rompe el aire del perro el largo aullido;
Suena del grillo la importuna queja,
Y una luz solitaria ver se deja
Del montañes en el hogar querido.

Por senda estrecha y lóbrega guïado
Llego hasta el cementerio de la aldea:
Cristiano, humilde asilo, que rodea
Tosco muro de céspedes formado.

Miro el túmulo rústico, sin nombre
Que del arado la quietud recuerde,
En él grande virtud se oculta al hombre,
Bajo del césped oloroso y verde.

¡Oh! ¡quién libre de hierros y pesares
En retiro pacífico viviera,
Y á sus pobres penates erigiera
Seguro asiento y plácidos altares!

¡Quién fuera tan feliz que, vinculando
En el arado un porvenir tranquilo,
Los ojos en virtud y paz cerrando,
Dormir pudiera en este quieto asilo!

LA GOLONDRINA.

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
Alegre golondrina,
Ahora que el sol el espacioso cielo
De fuego con raudales ilumina?
¿De dónde vienes ahora
Que el monte y la colina
Se ornan de nueva flor y nueva grama;
Ahora que el torrente fragoroso
Por el campo oloroso
Sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estacion de las tormentas,
Ya las alegres Horas van danzando,
Y de arrayan y flores mil coronas
Sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,
Tu otero conocido;
Y ese en que tu ala fugitiva rasa,
Es tu claro torrente;
Y ese, tu dulce nido
Que en el alar saliente
Vuelves á hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! ¡sigue revolando vagarosa,
Y sobre el campanario de la aldea
Un momento reposa!
Desde allí todo el campo se domina,

Y las mieses que suave el viento orea,
Y el lejano molino, y la musgosa
Alta cruz del blanqueado cementerio
Que en medio de los árboles se empina!...
¡Tiende la vista desde allí gozosa,
Y contempla tu Patria deliciosa!

Al primer trueno del oscuro invierno,
Y las lluvias primeras,
Volaste abandonando las praderas
Y tu apacible hogar y nido tierno.
¿Á dónde entónces fuiste
Con ala infatigable,
Dejando atras el horizonte triste
Cubierto de tiniebla,
En cuyo oscuro seno el sol de Mayo
Mal alcanzaba á disipar la niebla,
Donde á intervalos con horror lucia
De tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez á las regiones del Oriente
Pasaste con las brisas sonorosas,
Y del Meta en la rápida corriente
Remojaste las alas temblorosas;
Tal vez desde la huta del salvaje,
Ó desde la alta torre ya en ruïna
De la antigua Mision, viste la frente
Doblar al sol detras del horizonte
Cual mar sin playa de la gran sabana
De la risueña Arauca, ¡oh Golondrina!
En su tumba de azul, de oro y de grana;

Y al revolar de la aura vespertina
Trajo hasta ti la voz del gran Desierto
Quejas de bosque, són de ronco rio,
Y melodioso pío
De las aves del campo solitarias,
Formando todo espléndido concierto
De júbilo solemne ó de plegárias.

¿Es venturoso, díme,
El indio entre su selva primitiva,
Á quien la ley no oprime
Y la cerviz altiva
Tan sólo en el Desierto
Inclina al Grande Espíritu Sublime?
¿Ó le siguen do quier las mismas penas
Y del alma las mismas tempestades,
Y el pobre corazon lo mismo gime
Que en las grandes ciudades
En medio de las vastas soledades,
Oprimido de bárbaras cadenas? —
¡Oh! que tambien en el Desierto crecen
Flores para adornar la sepultura;
¡Tambien brillan al sol de sus sabanas
Lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura
Del sol, en el umbral de humilde techo
La banda de ruidosas golondrinas
Miraba, henchido de placer el pecho,
Ir y volver, y revolar contentas
De la pajiza choza

A la extensa llanura,
Cual pasa pronta y viva
La luz de las tormentas,
Rozando con el ala fugitiva
Ya sobre la arboleda majestuosa,
Ya sobre el ancho, azul, tranquilo lago,
Ya sobre la éra antigua que llenaba
La flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño, en casa de mis padres,
Dejaba yo que se muriera el dia,
Y de las salas lóbregas, desiertas
Empujaba las puertas;
Ó los duros cerrojos con trabajo
De la antigua capilla descorria,
Y á descansar entraba
De golondrinas banda innumerable:
Yo de un varal larguísimo auxiliado
Y de otros niños de mi edad seguido,
Por techos y cornisas implacable,
Sin respetar el inocente nido,
Á la avecilla tímida acosaba
Que prisionera luégo
Á una cárcel tristísima pasaba.

Mi sueño sin sosiego
Al clarear el alba interrumpia,
Y á cortarles las alas temblorosas,
Maligno niño, súbito corria.
Hoy es, aun lo recuerdo! los chirridos
De la avecilla dan en mis oidos,

Y forcejando trémula la veo,
Y aun siento entre mi mano
De sus alas el rápido aleteo.

Una, y fué la postrera
Infeliz prisionera,
Con doloroso pio
Enterneció mi alma
Y de repente dije:
"¡Pobre! ¡vuelva á su campo!" y
Abrí la débil palma,
¡Y ella rasgó precipitada el vient

¿Á dónde huyó veloz el claro di
De inocencia, de paz y de content
De la niñez afortunada mia?
Tú volviste, avecilla venturosa,
Á tu nido y los campos paternales
Sobre el ala del aura sonorosa,
Pasados los funestos vendavales
Cuando en el puro ambiente se di
De los floridos campos la fraganci
¡Mas á mi pobre corazon no vuelv
La dulce paz de su dichosa infanci

LAS BOMBAS DE JABON.

—MIRA, papá, ¡qué bomba tan brillante
Al soplar sale de la leve caña!
Y sobre el ténue globo, ¡cuál se pinta
La vária y gaya tinta
En que el íris espléndido se baña!
¡Mírala cómo vuela!
¡Mira qué blandamente
Por los aires se eleva!
Y despues... ¡se deshizo de repente!

—Así es todo en el mundo, vida mia.
¡Tan transitorio y leve
Que apénas dura un dia!
Ese cabello que en anillos de oro
Baja sobre tu faz, como la nieve
Que rueda en remolinos hasta el prado,
Luégo, ántes que lo pienses, en la almohada
Estará yerto del sepulcro helado.

Así pasan las cosas y los hombres.
—¿Hombres y globos de jabon lo mismo?
—Sí: todos á un abismo
Van á parar, sin que en el mundo queden
De algunos ni los nombres.
—¿Reyes, y Capitanes, y poetas?
—Y pastores, y santos,
Y mujeres hermosas y discretas,

Y pobres y opulentos,
Y de los hijos, cuantos
De la greda de Adan fueron nacidos,
Como esa bomba por los vagos vientos
Todos, sin remision, todos perdidos!

— Este que vuela rápido
Globo reverberante,
¿Será?.. — Ponle tú nombre,
Cualquiera, no hace al caso,
Llámalo Homero, ó Alejandro ó Tasso,
Napoleon, Pelópidas ó Dante.
Luz, poder, resplandor, genio, poesía,
Todo fugaz, y todo pasajero,
Cual bomba de jabon que apénas nace
Cuando en el aire luego se deshace.
— ¿Y tú, papá, tambien? — Ese que ahora
Vuela, será mi globo. — ¡Quiera el Cielo
Que no se rompa nunca, papá mio!
— Y se rompió! ¡Más bien el Cielo quiera
Que ántes que el de tu madre y tus hermanos
Pueda perderse en la anchurosa esfera!

BELLEZA Y PUDOR.

VEN al espejo, niña encantadora,
Y en él contempla tu semblante bello;
De esos ojos el fúlgido destello,
De esa boca la risa seductora.

Vé la nívea mejilla que colora
La rosa, y el undívago cabello
Que derramado por el hombro y cuello
A gracias mil, mil gracias atesora.

¿Mas llena de rubor bajas la frente,
Y en tus párpados tiembla y brota el llanto?
¡No sea así, por Dios! cobra la calma.

¡Oye, preciosa niña! Ese inocente
Rubor añade encantos á tu encanto,
Y hace más bella que tu faz tu älma.

LA ANCIANA Y LA NIÑA.

CUANDO, al rayo de sol esplendoroso,
Que en el Ocaso pronto á hundirse va,
Contemplo tu semblante radïoso
Reclinado en el hombro maternal;

¡Oh niña! al ver tus ojos negros, bellos,
Junto á los de tu madre relucir,
Y junto de los suyos tus cabellos
Derramados en áureas ondas mil:

Si considero la armoniosa forma
Tan limpia y digna en la materna faz,
Que de una Niobe hubiera para norma
Ansiado el estatuario de otra edad;

Una imaginacion me asalta vana,
Y me figuro alucinado ver,
La niñez en el rostro de la anciana,
Y en la faz de la niña la vejez.

*

AL dar el Tiempo un paso solamente
Los efímeros dones cambiarán:
La boca que ora rie dulcemente,
Los ojos que ora en fuego ardiendo están.

De tu madre la nívea cabellera
Que hoy es digna aureóla de su sien,
Hermosos gajos de jacintos era
Desatados á un céfiro de Eden.

Su bella faz brilló fúlgida en ántes
Cual colma la aldeana ancho tazon
De fresca leche en grumos espumantes
Coronado de rosas de Saharon;

Y el eco de una lira era su acento,
Y el brillo de sus ojos cual la luz
Que derrama en el ancho firmamento
La gran constelacion de la Austral Cruz.

*

Cuando al estruendo del concierto ella
Siguió la danza con cadente pié,
Entre las bellas la mujer más bella
Lleno de admiracion la contemplé.

Cuando asentada al melodioso piano
Dulcemente lo hacia suspirar,
Despertando debajo de su mano
Un mundo de armonía celestial;

Y si entónces del fondo de su pecho
Elocuente elevábase su voz,
Su corazon en lágrimas deshecho
Era más bien un cántico hácia Dios;

Mas cuando al pobre albergue do gemia
Un moribundo, el paso encaminó,
Y allí la mano generosa abria
Y el llanto su semblante humedeció;

Entónces la mujer jóven y hermosa
Despareció, borrándose ante mí,
Y un Ángel de bondad con faz radiosa
De nuestra propia raza sólo vi.

*

Los años volarán sobre tu frente,
Niña, y las flores de hoy se secarán,
Y el brillo de tus ojos finalmente
Lágrimas de dolor empañarán.

De tu purpúreo labio la sonrisa
Marchitarán los cierzos del dolor,
Y un velo, cual de pálida ceniza,
Cubrirá tu cabeza en derredor;

Y volverán la espalda los amantes
Que te juraban siempre eterna fe;
Mas para honrar tus últimos instantes
La Amistad sola quedará de pié.

Y si, lleno de asombro, en esa hora,
Pregunta quien de jóven te admiró:
"¿Dónde está la mujer encantadora
Que la Fama en sus himnos ensalzó?"

Tú le responderás: "La edad consume
La beldad de la flor y la mujer;
¡La flor guarda, con todo, su perfume!
¡La mujer guarda su virtud tambien!"

A UNA JÓVEN.

(DE CHATEAUBRIAND).

BAJAN el ataud, y las fragantes
Flores que un padre en muestra de dolor
Regó sobre él ¡oh tierra! las sepultas,
Y entre tu seno juntamente ocultas
Jóven doncella y delicada flor.

¡Oh! no las vuelvas nunca á este profano
Mundo de angustias, penas y dolor,
Que el airado aquilon rompe y desgaja,
Y el sol marchita y aja
Jóven doncella y delicada flor!

Saliste de la infancia ¡oh niña! y duermes
Sin miedo ya del sol abrasador.
¡Para siempre acabaron sus auroras
Frescas y encantadoras,
Jóven doncella y delicada flor!

A UN NIÑO MUERTO EN LA CUNA.

(TRADUCCION).

Con el sueño feliz de la inocencia
Duermes tranquilo en esa fria cama,
¡Hijo de mi alma, oh de mi vida encanto!
¡Oye! ¡mira!.. es tu madre quien te llama:
Despierta ya; ¡nunca has dormido tanto!

EL POETA Y EL LEÑADOR.

Atravesaba un bosque de los Andes
Un poeta viajero,
De esos que á caza van de inspiraciones,
Y prestan el oido
Tanto al sordo ruïdo
Que forma con sus masas broncas, grandes,
La mar en sus sublimes elaciones,
Como al eco indeciso y lastimero
Del hilo débil de agua, que perdido
Baja entre un matorral por el otero;
De esos, cuya alta mente se extasía
Tanto en el vuelo audaz y resonante
Del cóndor, rey de la montaña umbría,
Como en el giro débil, vacilante
De la hoja amarillenta
Que arrastra el huracan de la tormenta;
Genios que el mundo ven únicamente
De poesía por el rico lente.

Escucha repetir al eco herido
El monótono golpe de una hacha,
Y ve despues á un viejo que se agacha
A la ruda fatiga ya rendido.
El árbol que tumbaba
Un dinde secular, marchito era,
En cuyos gajos pálidos flotaba
El musgo cual nevada cabellera:

Árbol, padre del monte solitario,
Que con su aspecto rústico y salvaje
Añadía hermosura á aquel paisaje.

El Poeta viajero que esto mira
Se enciende en santa ira,
Y exclama enfurecido: "¡Tente, anciano!
¿No ves que así destruyes inhumano
El cuadro más hermoso y placentero
Que en medio de esta zona Dios reserva
A los cansados ojos del viajero?
¡Mira ese árbol augusto cuál inclina
Su venerable frente
Sobre el agua espumosa del torrente,
Como si presintiera su rüina!
¡Ese bárbaro empeño, anciano, deja!
¿No oyes al pobre dinde
Cómo al crujir parece que se queja?
¡Cuántas guirnaldas de olorosas flores
Su copa habrán un tiempo embellecido!
¡Y en su espeso follaje, cuánto nido
Habrán labrado pájaros cantores!
¿Por qué tu ira vandálica se empeña
En cortar ese tronco carcomido?"
—"Porque mi débil fuerza ya no alcanza,
Le responde el anciano,
Otro á tumbar; porque no tengo leña
Para mi hogar querido;
Porque ántes son mis hijos y mi esposa,
Que necesitan fuego y lumbre viva,
Que la más exquisita perspectiva."

LOS DOS ERMITAÑOS.

En los tiempos de antaño
Vivia en la Tebaida un ermitaño.
El hueco de una peña,
Su palacio real: iba cubierto
Con la piel de un leon en vez de paño,
Y su banquete opíparo una haba.
Que, por querer del Cielo, en el Desierto
Cada dia á las doce se encontraba:
Su vino de Jerez y Malvasía
El agua de un arroyo que en el llano
Pausadamente murmurar se oia;
Y el cuenco corvo de su flaca mano
La copa en que su sed satisfacia.

"¡Yo sí que soy virtuoso! ¡No hay ninguno
En toda esta comarca
Que tenga mesa, como yo, tan parca,
Que guarde, como yo, tan largo ayuno!"
Esto pensaba en su interior un dia,
Tirando al arroyuelo
La cáscara del haba ya vacía.

Entónces se aparece refulgente
Un Ángel á sus ojos de repente:
"¡En vano te jactaste! Vén, le dice,
Te llevaré, cuitado, á donde habita
Uno, junto del cual, tú que no comes,

Eres un destapado sibarita."
Y en un abrir y en un cerrar de ojos
Arroyo abajo lo llevó, do estaba
Otro ermitaño que en silencio oraba.

Al de abajo el de arriba dijo:—"Hermano,
Si le soy importuno
Perdóneme, por Dios; mas yo quisiera
Que usted se molestara y me dijera
Cuál es su modo de guardar ayuno,
Pues yo hago colacion con una habita."
—"Y yo, respondió el otro, solamente
Me cómo la vacía cascarita
Que tira usted, hermano, en el torrente."

Al que se ufana altivo
Con su virtud, su ciencia ó su talento,
Le viene como anillo al dedo, el cuento.

LA GLORIA.

¡Amo la Gloria! ¡Maldecido númen
De inspiracion! ¿en dónde te hallaré?
Mis fuerzas vanamente se consumen,
¡Oh fantasma! y sin verte moriré!

¿Fantasma? ¡Nó! que en los acordes sones
De la lira del Tasso viva estás;
Yo sufriera su suerte y sus prisiones,
En cambio de su gloria, y mucho más.

¿Fantasma? ¡Nó! que el mármol se conmueve,
Vive y palpita al golpe del cincel,
Y es un mortal que se alza, y que se mueve
La divina creacion del gran Miguel.

Y yo te busco aún desesperado,
Ninfa de ojos de fuego y blanca faz,
De tu hermoso retrato enamorado,
Sin esperar hallarte ya jamás.

Corro tras ti sin esperanza alguna,
Lleno de nuevas ánsias cada vez,
Desde que despertásteme en la cuna,
Feliz sin ti, de mi fugaz niñez.

¿En dónde bebe el bardo ese torrente
De fantásticas glorias y de amor?
¿En qué raudal mojó el pincel valiente
Para ganar sus palmas el pintor?

¿Dónde se oculta ese antro milagroso
Que van ellos, de noche, á visitar?
¿En dónde el sacerdote misterioso
Que les puede el arcano revelar?

—Yo te busqué en el mar tendido y solo,
Cuando mudo, cuando alza su gran voz,
Manto que arropa un polo y otro polo,
Imágen hermosísima de Dios.

El bramido escuché de la tormenta
En medio del desierto de la mar,
Firme en la popa, con la vista atenta,
Por si acaso te via atravesar.

Yo te busqué en el rayo de la luna,
Te busqué en el aroma de la flor;
Pensé verte en la risa de la cuna,
Pensé hallarte en los raptos del amor;

En los ojos del héroe agonizante,
En la orquesta, en las brisas del jardin,
En la frente del niño radïante,
En los alegres bríndis del festin;

En las ruinas de Aténas y Solima,
En la márgen del Tíber y el Jordan;
En la nevada copa del Tolima
Cuando azota su flanco el huracan.

Juzgué contigo estar á par sentado
En las ruinas de un pueblo que pasó,
Como pasa un espíritu exhalado,
Como una flor que el labrador tronchó.

Lancéme cual el rayo, en las sabanas,
Sobre impetuoso y rápido bridon;
Y en medio de la noche, en las campanas
Escuché del alarma el triste són.

¡Y no puedo encontrarte en dónde te hallan
Esos que viven de la gloria aquí;
Esos que por mirarte no batallan,
Y á quienes buscas tú y abrazas, sí!

¡Oh desesperacion! — ¿Es por ventura
Que empieza ya el tormento vengador
Del infierno, sin ver la sepultura
Ni en el sudario echarse el pecador?

¡Maldita Gloria, pues! que cual señora
El alma oprimes bárbara y cruel!
Maga de risa hipócrita y traidora,
Toma, ahí está; ¡no quiero tu pincel!

*

Esto un pintor, su nombre era Castillo,
Que en España la luz del cielo vió,
De hinojos ante un cuadro de Murillo,
Con lágrimas de rabia pronunció.

Sin fuerzas cae en la baldosa fria;
Y de otra aurora la naciente luz
En una tumba dió, donde se vía
Un ramo de cipres sobre una cruz.

EL ENTIERRO DE UNA AVECITA.

Viniendo un dia Juanillo
Para su casa del aula,
Vió de venta un gorrioncillo
Aprisionado en su jaula.

¿Qué vale? — Un real. — Es mucho;
Medio daré. — Ni pensarlo,
Le respondió el indio ducho;
Un real; si no, dejarlo.

A Juan se le van los ojos
Tras el pájaro travieso;
Mas sin cuidarse de antojos,
El indio tieso que tieso.

Cesó al fin la lucha extraña,
Venció el gusto al interes;
Paga Juan, la jaula apaña,
Corre, y dice el indio: Eso es!

¡Qué grande fué la alegría,
Y cuánto gusto tuvieron
Pepa, Gil, Lola y María
Cuando el gorrioncillo vieron!

La una, cual niño, lo arrulla;
Otra lo mima y lo besa;
¡Oh! ¡qué brincos! ¡qué garulla!
¡Qué horrenda algazara es ésa!

Mas entre tanta alegría
Hubo un pícaro traidor,
Que con el ojo avizor
La pista al ave seguia.

Marramaquiz, el ladron,
Con aire de distraido,
Aprovechando un descuido
Se lanza sobre el gorrion.

" ¡ Que lo mata! ¡ Se lo lleva!"
Fué el lamento general;
Todos corren á esta nueva,
Persiguiendo al criminal.

Él se escapó velozmente,
Y la víctima soltó;
¡ Y del suelo Juan alzó
Un cadáver solamente!

¿ Y para esto en bosque umbroso
Se meció su frágil nido,
Al crepúsculo dudoso,
Del torrente al manso ruido?

¿ Y para esto cuidadosa
Le mulló plumon süave
Una madre, cariñosa
Como madre y como ave?

¡ Adios, bosque! ¡ aura fragante!
¡ Adios, toldos de verdura!
¡ Todo huyó desde el instante
De caer en cárcel dura!

¡Oh! ¡levántese la Muerte
Como amiga del que gime,
Y piadosa lo liberte
Y sus fieros grillos lime!

Mas el niño que ora llora
Cantará gozoso luégo;
Y el juguete que hoy adora
Echará mañana al fuego.

Un momento... Juan los llama
Para hacer los funerales,
Y publica su *programa*
Como se usa en casos tales.

El carrito en que á María
Arrastran en la alameda,
Cubren de gasa sombría
Y de gajos de reseda.

Pico arriba y aliabierto
Sobre un mullido almohadon
Va cimbrëándose el muerto
Camino del panteon.

Llevando la delantera
Pepa va con una rama
De amarillenta retama
A guisa de una bandera.

Gil arrastra el lento carro,
Que ora suena blandamente
En la yerba, ora estridente
Cruje al dar contra el guijarro.

Tras él no marcha, camina
El caballo de batalla
Del difunto, el buen Andalla,
Prez de la raza canina.

Andalla el de orejas gachas,
De ojos llenos de cariño,
El amigo fiel del niño,
Con quien juegan las muchachas.

¡Hoy no juega! ¡Oh..! ¡cómo! ¡vamos!
Hoy no ladra en la pradera,
Y llorara si pudiera
Por complacer á sus amos.

¡Cosa rara! hasta los perros
Con sus modos tan urbanos
Dan ejemplo á los cristianos
De decencia en los entierros.

Mas en esta moraleja
Yo no insisto, porque soy
Simple lego, y ya el convoy
Listo va y atras me deja.

La procesion cierra Lola;
Y ella el llanto que le cae
Limpia con la mano, y trae
La jaula callada y sola.

La jaula muda y vacía,
¡Trofeo y cárcel del muerto!
¿Mas de Lola el llanto es cierto,
Ó es solo superchería?

¡Oh! ¡no! porque es niña apénas,
Y á esa edad ellas no mienten;
Y ántes bien de candor llenas
Dicen todo cuanto sienten.

¡Llora! Hoy llora por un ave
Y se ensaya en el dolor;
Y mañana en edad grave
Llorará pena mayor.

Al remate del camino
Donde da su sombra un sauce,
Frente á la cerca de espino,
Del arroyo junto al cauce,

Llegan ya, y allí se paran.
Pedro y Lúcas, dos parientes
Y amigos de los dolientes,
La sepultura preparan.

De la pala se oye el eco
Que sordamente retumba,
Y del seno de la tumba
Se ve alzarse el polvo seco.

Al hoyo el gorrion desciende...
Acabaron vuelo y canto:
¡Adios por siempre! su manto
El olvido encima tiende.

¡Polvo! ¡ah! ¡polvo sólo! igual
El polvo de un gorrïon
Al del más grande mortal,
Al de un Napolëon.

Golpea el tiempo con su ala,
Y toda tumba perece,
Y el suelo otra vez se iguala,
Y otra yerba encima crece.

A UNA ROSA

NACIDA EN UNA CALAVERA EN EL CEMENTERIO.

Otras flores al cielo alzan la frente
Entre las galas del alegre Mayo,
Ó se mecen á orillas del torrente
Del sol bañadas con el tibio rayo.

Llueve en perlas sobre ellas el rocío
Y en el aroma que su copa exhala,
En el ardor del polvoroso estío,
Moja el viento fugaz su débil ala.

Rondando sin cesar, en torno vuela
La hija de Abril, inquieta mariposa;
Y entonando inocente cantinela
Sírveles de guardian alguna hermosa.

Mas tú encerrada en tumba solitaria,
Léjos del sol, del céfiro amoroso,
Oyes de la campana la plegária
En vez del són del viento melodioso.

¡Qué suerte tan diversa! Tú debias
Haber nacido en el pensil lozano,
Del torrente escuchar las armonías
Y mecerte á las brisas del verano;

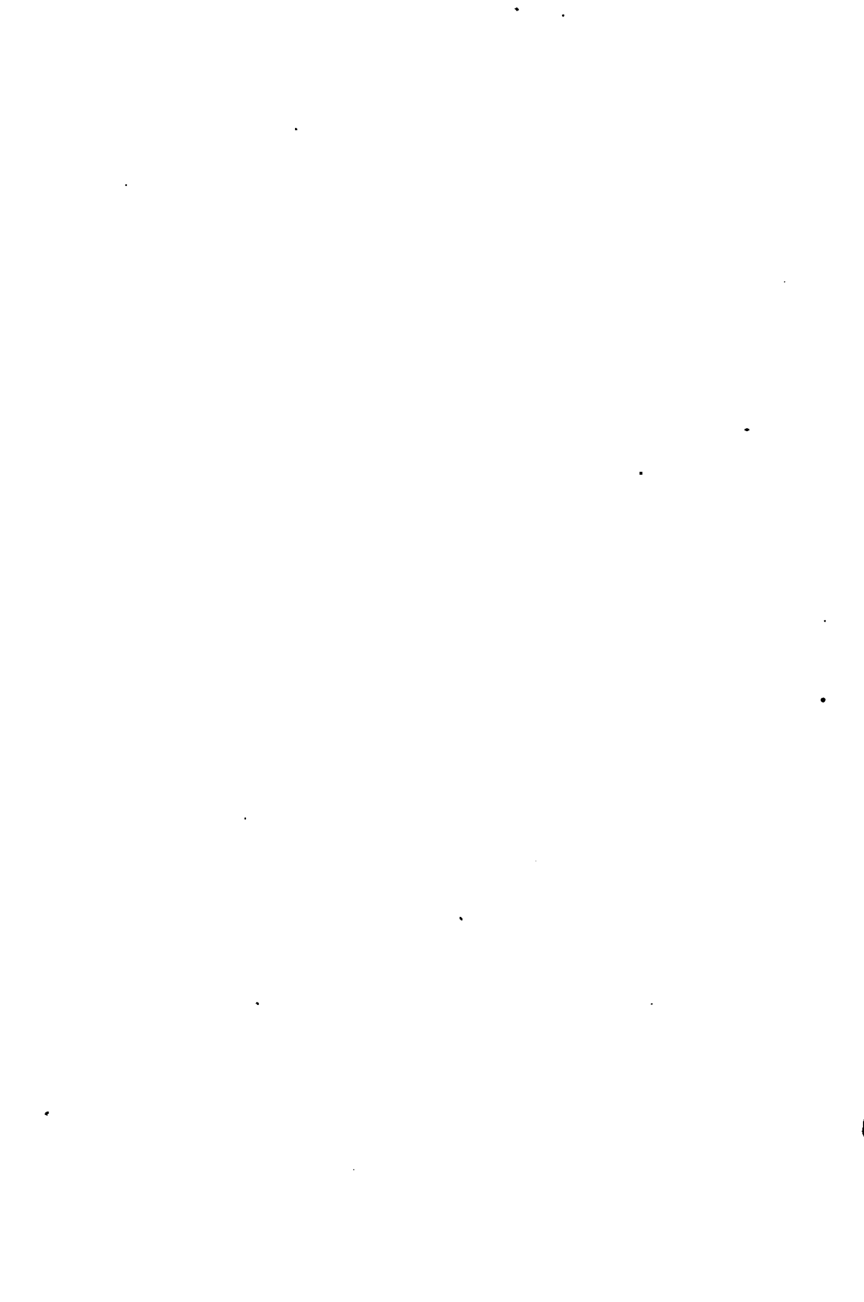
Ó morir en la lira del poeta
Desposada al jazmin en lazos bellos;
Ó en una frente plácida y quïeta,
Ó enredada de un niño en los cabellos.

Mas, ¡oh dolor! aquí... Tiende la araña,
En silencio abrazándote, su tela;
Tu brillo el aire del sepulcro empaña,
Y á sus miasmas tu olor mezclado vuela.

Si te llevo, pocas horas
Tardaré marchita en verte;
Y aquí verás más auroras,
Aunque auroras de la muerte.

Quedate aquí sola y triste
Sufriendo tu adversa suerte,
Y espira donde naciste,
Ya que vives con la muerte.

NOTAS



NOTAS.

1] LOS COLONOS.

Pág. 23.

¡ Oid cómo resuena
Adentro la montaña con los golpes
Del hacha !......

CONSAGRAMOS este canto á los que trajeron á nuestra Patria los animales útiles, las plantas cereales, las flores; como tributo de alabanza á los que fundaron la primera iglesia, el primer hospital, la primera escuela, la primera imprenta. Vale más esto, sin duda, que cantar á los que hicieron la primera guerra.

Gonzalo Jiménez de Quesada trajo los caballos; Alonso Luis de Lugo, la cabra, la oveja y algunas semillas; Jerónimo de Lebron, el trigo y la cebada; Fernando Álvarez de Acevedo, el ganado vacuno; Jerónimo de Aguayo sembró y cosechó el trigo; Pedro Briceño construyó un molino; el Obispo Fr. Juan de los Bárrios fundó el primer hospital; la primera imprenta la trajeron los Jesuitas á Santafé en 1738; el primer sacerdote que pisó la Sabana de Bogotá fué el dominicano Domingo de Las Cásas, y la primera misa se dijo

en el lugar que ocupa hoy el altar mayor de la Catedral de Bogotá. El perro, modelo de amigos, debió de venirse solo detras de alguno de los conquistadores, pues no hemos encontrado en los libros que tratan de estas cosas quién lo trajera.

2] **Pág. 27.**

De las chisgas el pueblo numeroso.

LAS chisgas son aves notables más que por la belleza de su plumaje, en el cual predomina el color de oro, por la vivacidad de sus movimientos y lo continuado y suave de sus gorjeos. Vuelan en bandadas, principalmente al tiempo de la cosecha.

3] BALBOA.

Pág. 37.

Y voló el tiempo, y en su curso trajo
Un hombre audaz, espíritu sublime . . .

No hemos podido ménos de unir al de Balboa, descubridor del Mar del Sur, el nombre del ilustre de Lesseps que ha de poner en comunicacion los dos Océanos, mediante Dios. Ambas empresas se ligan por su importancia para la civilizacion del mundo y son hijas gemelas de la Gloria.

4] LAS MISIONES.

Pág. 42.

¡ Las Misiones no existen ! Ni memorias
Quedan ya de esos hombres : . . .

Los misioneros subieron con Champelain el rio San Lorenzo, y penetraron á los bosques del Canadá; tras las huellas de Ponce de Leon entraron en el delicioso territorio de la Florida ; á la zaga de Hernando de Soto subieron el Mississipi; pasaron tras de Núñez de Balboa el Istmo de Panamá; y con Pizarro fueron al Perú, y con Pedro de Valdivia á la tierra no domada de Arauco, y con Juan Ruiz de Solis remontaron el Plata, y con Francisco de Orellana el caudaloso Amazonas. Y tras de Ojeda y Pedrarias Dávila, y Bastida, y Gonzalo Jiménez de Quesada predicaron en la Antigua del Darien, en San Sebastian de Urabá y Cartagena, catequizaron los indios de la Sierra y se internaron en el corazon de la Nueva Granada. Á la vuelta de pocos años, existian pueblos por donde quiera.

Hablaremos solamente, por no citar más, de las Misiones del Meta.

Fundadas en 1739, ya en 1805 comprendian los pueblos de Macuco, Surimena, Guanapalo, Cabapune, Casimena, Guacasia, Maquivor, Buenavista y Arimena; contaban 8,077 indios de las diversas naciones de los Salibas, Achaguas, Guahivos, Cabres, Cataros y Chucanas con más de 6,000 yeguas, 3,000 caballos y 104,400 reses. Sus fundadores fueron los Jesuitas Roman, Cobarte y Díaz, y los Candelarios Miguel de los Dolóres, López y Sánchez.

Los Jesuitas regentaban colegios de misiones en Bogotá, Cartagena, Tunja, Honda, Pamplona y Mérida; catequizaban en Morcote, Chita, Támara y Pauto, y tenian reducciones entre los Achaguas, Airicos, Jiraras y Chirocoas y en la numerosísima tribu de los Salibas; erigieron á Betoyes, á orillas del Tame, y otros pueblos en las márgenes del Guanapalo y del Cravo.

Choiseul, Pombal y Aranda, Ministros de Reyes católicos, cristianísimos y fidelísimos, decretaron la expulsion de estos Padres: las órdenes fueron severas, los misioneros marcharon en el silencio de la noche, á escondidas de sus neófitos, y se embarcaron. El Rey ocupó sus temporalidades. Los Jesuitas erraron como Ulíses en la soledad de los mares por mucho tiempo, sin hallar puerto que les brindara hospitalidad . . . y los indios ganaron de nuevo el Desierto.

5] LA GOAJIRA.

Pág. 49.

¡Ay! ¡ay de mí infelice!
¿Qué me ha valido ser del almo Cielo
Favorecida tanto,
Si mis hijos consumen sin consuelo
Su inútil vida en el error y el llanto?

EL goajiro, que es bueno y hospitalario como amigo, es temible de enemigo, y no ha tendido en tiempo alguno, ni en el de la Conquista, doméstico el cuello ni á españoles ni á colombianos, y conserva hasta hoy su independencia primitiva, y es dueño absoluto de la península á que se da su nombre.

Cuando, errando con su movible campamento, llega el salvaje á la cumbre de la Teta goajira, monte aislado que demora en el centro de la península, ve desde allí, como desde sublime atalaya, por el Oriente el golfo de Maracaibo, á sus plantas al Norte y Occidente las olas de la mar que golpean en el Cabo de la Vela y playas de Riohacha, y á la parte del mediodía reverberar con los rayos del sol el granizo de la Sierra Nevada. Baja de allí como el águila á sacar de los abismos del Océano las conchas de las afamadas perlas, ó á cambiar mano á mano con los holandeses ó ingleses en Bahiahonda sus mantas dé

algodon, sus hamacas, sus perlas y corales por licores espirituosos, por armas de fuego ó por esclavos negros; ó va á Riohacha haciéndose preceder por la esposa cargada de pesados fardos y del recienacido mamoncillo. No permite que entren en su territorio, aunque á veces concede este favor sólo para el tránsito por él, mediante una buena retribucion. En el interior de la península es ganadero, y pasa dejativamente la vida tendido en su hamaca, mascando la planta del hayo revuelta con polvos de conchas marinas, miéntras que la esposa trabaja sin descanso.

La estatura del goajiro es alta, su constitucion robusta y fuerte, y maneja con destreza sus famosos caballos aguilillas. Sus mujeres son bellas, con aquel género de hermosura melancólica de los salvajes que á su faz imprime la languidez de la mirada unida á cierta contraccion de la boca como para la sonrisa. El Jesuita Antonio Julian dice en *La Perla de América* que la lengua goajira es sonora, clara y breve en la expresion, sin el fastidioso hacinamiento de letras y sílabas en una misma palabra, ni la molestia de consonantes sin vocal ninguna, ni el tormento de extravagantes inflexiones de los labios, ni las contorciones de narices, como algunas lenguas del Orinoco. Hoy se calcula el número de goajiros en cuarenta mil: los historiadores antiguos suponian ser más de setenta mil.

El aspecto de la comarca es magnífico, por las bellezas de la tierra unidas á las del mar. La Sierra

Nevada, se levanta á una altura de 7,926 metros sobre el nivel del mar, y las naves que se acercan á aquellas costas pueden ver la diadema perpetua de granizo que la corona desde 40 miriámetros de distancia. Hay valles cubiertos de excelentes pastos, hermosas vegas, montes llenos de árboles de buena madera de construccion; y crecen allí la tagua ó marfil vegetal, el cedron, remedio contra el veneno de las serpientes, y la palma nacuma, útil en la fabricacion de sombreros: prosperan tambien el caballo, el asno y la oveja, y hay buenos puertos y bahías seguras para el comercio exterior.

Los goajiros se sublevaron en 1769 y el Virey español, entónces D. Manuel Antonio Flórez, comisionó á D. Antonio de Arévalo, Brigadier é Ingeniero, para la pacificacion. Éste levantó un mapa general de la provincia del Hacha " para " inteligencia de la situacion de los nuevos pue- " blos á que se redujeron á principios del año de " 1773 los indios goajiros sublevados en el de 69, " y la de otros que se han fundado, é igualmente " de la de las nuevas fundaciones de españoles, " hechas á fin de conseguir la pacificacion general " de ella." Existian entónces veinte pueblos: hoy hay cuatro solamente.

El presbítero D. Rafael Celedon ha evangelizado en la Goajira, y el Reverendo Obispo de la diócesis ha trabajado en el establecimiento de misiones. Últimamente han llegado de Europa dos sacerdotes holandeses, los Padres Juan An-

tonio Te Riele y Fernando Eduardo C. Kieckens. El mismo señor Celedon compuso é imprimió una *Gramática, catecismo y vocabulario de la lengua goajira*, que facilita la catequizacion de los salvajes — Paris, 1878 — Forma el tomo V de la *Collection linguistique américaine.*

6] LA MONJA DESTERRADA.

Pág. 61.

—¿ Y cuál tu crímen fué, vírgen cristiana,
Para tal abandono y proscripcion ?

La extincion de las comunidades religiosas fué una patente violacion del derecho de asociacion, que no se justifica con lo que se ha hecho en otras naciones.

El espectáculo que ofrecieron esas pobres mujeres, ajenas á las pasiones de la política, fué muy doloroso. "La rebeldía de la mujer, escribimos entónces (*El Pueblo*, Junio de 1863), la rebeldía de séres inofensivos que viven en la tierra oyendo ya los himnos de las arpas del Empíreo, era un crímen; y se rodearon sus conventos de soldados armados, y se desarrajaron las puertas á golpes de hacha, y penetraron en la casa de la oracion profanándola con pié impuro y con labios blasfemos, y todo en nombre del progreso, y en el tuyo tambien, ¡oh santa Libertad!

"Nosotros presenciamos ese doloroso espectáculo. Las religiosas habian abandonado ya sus pobres celdillas y se habian refugiado al coro, cerca de los altares de Dios. Así cuando en una larga noche de invierno, en que se ocultan todas las estrellas del cielo, el lobo, acosado por una hambre de largos dias, rodea el redil en que están encerradas las tímidas ovejas, éstas se agrupan palpitantes al paraje que tienen por más seguro; así tambien cuando la tempestad despliega sus furores, las palomas que vagaban por el campo vuelan á guarecerse del embate del huracan en el hueco de una peña ó en las ventanas elevadas de una torre solitaria.

"El paso de los soldados retumbó sordamente en las baldosas sagradas, y el ruido de sus armas resonó con un eco siniestro, cuando rodeaban á las religiosas. Estas permanecian de hinojos, anonadadas delante del Dios Fuerte y Misericordioso que sometia á sus escogidas á prueba tan dolorosa. De cuando en cuando se escuchaba un sollozo mal ahogado que rompia ese funesto silencio. Los mismos ejecutores de la iniquidad se hallaban suspensos: los soldados mismos, volviendo la espalda á la pared, lloraban. El tiempo instaba entretanto: era urgente echar de su casa y de su templo á las dueñas de la casa y del templo. Entre las religiosas, habia de todas edades: á la ancianidad venerable no valieron sus cabellos canos; á la juventud no aprovecharon tampoco las rosas de la hermosura ni el frescor de los años: algunas

de ellas no conocian sino el recinto de su convento, pues habian entrado en él de pocos años; á otras la muerte no habia dejado ya ningun individuo de su familia. Ahora, como malhechoras, entre soldados, eran arrojadas fuera, con ignominia, á la clara luz del mediodía, en una ciudad civilizada, sirviendo de espectáculo á los Ángeles y á los hombres.

"En medio del silencio de las lágrimas se oyó de repente una voz ronca: ¡era la órden de marcha!

"Hubo luégo un tumulto: todos se movieron: los circunstantes, los soldados, las religiosas.

"La Superiora del convento, venerable matrona por su edad y su virtud, puesta en pié dirigió con acento firme, lleno de uncion como que partia del mismo fondo del alma, estas palabras al pequeño rebaño que la rodeaba: '¡Hijas! bebamos una parte del amargo cáliz que Jesucristo bebió por nosotras, y pidámosle que envíe á nuestros enemigos tantas gracias como lágrimas derramamos al abandonar este asilo.'

"Las religiosas marchaban de dos en dos: una de ellas llevaba á la cabeza de la fila alzado al aire un crucifijo. Rechinaron los cerrojos de las pesadas puertas, que ellas no pensaron atravesar jamás; y á medida que iban saliendo, se postraban adorando al Sacramento, y se alzaban despues repitiendo lentamente el salmo del dolor y del arrepentimiento: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*

"Y á medida que salvaban el umbral de la puerta del templo, se inclinaban á besar las heladas piedras del quicio, por humildad y por amor y como postrimera despedida."

Mi amigo D. Miguel A. Caro se sirvió ennoblecer mi canto trasladándolo á la sonora lengua de Virgilio:

ELEGIA.

ILLA, mari magno, celsis quae puppibus haeret,
Spectat et immotis aequora luminibus,
Cui tenero sedet et gravitas et pallor in ore,
Quo tendit? Cursus nescit et ipsa suos.
Seu petit Hesperia, attinget seu Gallica tandem
Littora, ad incertos it peregrina focos.
En, quibus ipsa vagas perstringit flatibus undas,
Gaudet ei albentes aura movere sinus.
Respicit; ad patriam nequicquam torquet ocellos;
A patria tantum se procul ire videt.
Forsitan et lapsos longe reminiscitur annos;
Ad trepidum sacram cor premit usque crucem.
Adspice, ut hinc illinc compellent: unde, requirunt,
Infelix veniat, littora quaeve petat;
Qui sibi sint patres, quae dulcia liquerit arva?
Illa quibus tandem, non sine lacrymulis:
Hei mihi! quam placidas invitae liquimus aedes!
Ergo in perpetuum, terra paterna, vale!
Ara fuit mihi sola domus; mihi solus amicus,
Et pater, et sponsus, spes mihi sola, Deus.
Barbarus insontes eiecit, flectere nulla
Quem pietas, ratio flectere nulla potest.

Quaeritis hic demum quae spes subrepat eunti?
Quove, procellosum per mare rapta, ferar?
Qui maneat scopulus, fluitanti quaerite ab unda;
Quaerite ab excussa, quo ferat aura, rosa.
Id saltem, ad dulces, quondam speravimus, aras
Posse latebrose vivere, posse mori.
Tunc vero eiectae, tunc mendicare coactae;
Hoc unum nobis crimen: amare Deum.
Ipsa etiam ad littus (migrantum millia vidi)
Advena desertam carpit hirundo viam.
Illa tamen releget nidos. Non ulla videndae
Spes mihi, quam liqui, tecta beata, domus.
Ergo volate, precor, vastum percurrite pontum;
Sic vigil illius vos tegat ala Patris!
Ite, salutatum primi cum lumine solis,
Atria, victrici nunc violata manu.
Aedes tum vacuas, vitream lustrate fenestram,
Et querulae e tectis fundite carmen, aves!
Nos, Granata, tuos montes superavimus, alta
Queis nitet integra frons adoperta nive.
Nos et odoratos, viridesque cucurrimus agros,
Spirat ubi assiduum ver, ubi palma sonat.
Littoreque e curvo, fluctus quo murmure tendunt,
Pectora terrentem vidimus Oceanum.
¡O longe ante alias omnes pulcherrima tellus,
Una et, opum toto quidquid in orbe, gerens!
Nam tibi, dum radiis ornata auroque refulges,
Caerula gemmatos alluit unda pedes.
Quid tamen haec prosunt? Natos discedere longe
Immeritos, mater barbara nempe, jubes!
Exul et has olim periturus transiit undas,
Ille, Americani gloria summa soli.
Et procul ille iacet... Quid demens plura revolvam?
Hei misero indigne Pastor adempte gregi!
Cogimur externas sic nos errare per oras,
Et mixtum lacrymis cogimur esse cibum.

O Pater omnipotens! quoniam tua sancta voluntas
Virginei coetus corda probare tui;
Nec licet antiquis placide obdormire sepulcris,
Sed profugae cineres terra aliena teget;
Accipe pro solitis et thure et cantibus, unda
Quos fletus, teneras quas rapit aura preces;
A te dum gremio, miseros oblita labores,
Excipiar: fessam namque vocare, tuum est.

1864.

7] EL TEQUENDAMA.

Pág. 73.

¿Dónde Aquimin, el Bogotá, el Tundama?
¿Á dónde el santo Sugamuxi, á dónde?—...
¡Pobres indios ...
Vosotros no poseeis de vuestra Patria
Sino el dulce aire y el brillante cielo
Y una heredad cortísima!..

LA raza de los aborígenes va desapareciendo ya; á su extincion no contribuyó poco la venta de sus predios, conocidos con el nombre de resguardos de indígenas. Es completamente inútil buscar las huellas de los antiguos templos ó monumentos: algunas pinturas en ciertas rocas, como en las

piedras de Saboyá, los rastros del *Tao* en Chia, son únicas memorias que restan de esos pueblos que pasaron. Del mismo templo del Sol en Sogamoso, no queda sino la tradicion del lugar en que estaba. Visité esos lugares errando á orillas de un arroyo de pobres aguas; la luna menguada caía al horizonte y sus rayos apénas alcanzaban á iluminar esos lugares; todo estaba en silencio, que sólo de cuándo en cuándo era interrumpido por el viento que venia del Oriente y que formaba un rumor sordo entre el gramal de la sabana, ó el ladrido melancólico del perro que sonaba distante.

8] **Pág. 109.**

Tambien nací en Arcadia...

Reminiscencia del famoso cuadro del Pusino llamado *La Arcadia*, que representa un paisaje campestre y una danza de zagales, y más léjos, bajo la sombra de un cipres, un sepulcro con esta letra: *Et in Arcadia ego!* Es la moral del gran pintor que, difundiendo en el corazon una dulce melancolía, despierta las más grandes reflexiones sobre la brevedad de la existencia.

9] EL DESTERRADO.

Pág. 115.

———————————*"¡ Nó !*
¡ No apostata el cristiano, ántes perece !
¡ Perezca sí, pues soy cristiano yo !"

Este canto y el siguiente están consagrados á recordar un grande infortunio. El Ilustrísimo Mosquera emprendió el viaje de su destierro pobre y enfermo, y tuvo el dolor de ver morir en el mar á su jóven amigo y Secretario Lizarralde. Halagábale la esperanza de llegar á Roma á echarse en los brazos de Pio IX; pero la muerte le sorprendió en Marsella. Es débil tributo á la amistad que me profesó. Además de la distincion de su cariño, le debo mi educacion religiosa, pues es de justicia consignar aquí en honor suyo que me precavió de sucumbir en la borrasca que reina en los años de la juventud.

La firmeza de aquel ilustre Prelado para defender los santos fueros de la conciencia humana y los derechos y libertad de la Iglesia suscitó contra él la borrasca que lo arrastró á morir en suelo extranjero. Fué objeto de admiracion y de

obsequios exquisitos á su tránsito de Colombia á Europa, en los Estados Unidos y en las ciudades de Francia en donde tocó. El mismo Pontífice Pio IX luégo que supo que llegaba á Paris le dirigió el breve siguiente. La voz del supremo maestro de la moral aprueba su conducta y elogia su virtud y magnanimidad: es la voz que antecede al fallo de la Hisioria.

"Luégo que supimos, Venerable Hermano, que estabas próximo á llegar á Paris, hemos resuelto dirigirte esta carta, á fin de testificarte una vez más el particular amor que te profesamos, el alto grado de estimacion en que tenemos tu admirable valor en defender la causa de la Iglesia, en sostener sus derechos y en desempeñar el cargo episcopal; no ménos que el dolor que sentimos al ver las prolongadas y gravísimas tribulaciones que con tanta vehemencia han caido sobre ti. Ya podrás inferir tú mismo, por esta expresion de nuestros sentimientos, cuán grata y satisfactoria nos será tu llegada á Roma, pues deseamos vivamente abrazarte con el entrañable afecto de nuestro corazon, gozar de tu presencia y conversacion, y congratularnos contigo de tus singulares merecimientos en servicio de la Religion católica.

PIO PAPA IX."

El Arzobispo Mosquera contestó desde Paris el 18 de Julio de 1853:

"Aunque no alcance á expresar suficientemente cuán grande gozo y gratitud ha excitado en mi corazon la afectuosísima carta que he recibido de

Vuestra Santidad, fecha en Roma á 7 de Abril, no debo diferirlo para aquel tiempo en que, postrado á los piés de Vuestra Santidad, me será al fin un dia permitido manifestarle de viva voz los íntimos sentimientos de mi corazon. Y á la verdad, oprimido, como me hallo hasta el dia de hoy, por el peso de las enfermedades y las amarguras del alma, y rendido en cama por la mala estacion, sólo me consuela la esperanza de que no muy tarde podré ir á Roma á visitar á mi Padre. Sí, veré á mi Padre ántes de morir. ¡Esta es mi esperanza y esta la oracion del alma mia!

"Entretanto, aquí en Paris, no cesaré de pedir á Dios con lágrimas y plegárias se digne de socorrer á mi grey, por lo cual de buena voluntad, una y muchas veces me sacrificaria."

El Arzobispo Mosquera no alcanzó á rendir su viaje á Roma pues murió en Marsella el 10 de Diciembre de 1853.

10] LA LIBERTAD.

Pág. 181.

¡Qué parecida á la existencia mia.....
Oh sagrada mansion de mis mayores,
Despues de tanto tiempo te he de hallar!

La hacienda del Salitre de Paipa, propiedad de mi padre desde ántes de la guerra de la Independencia, perdida despues de ella por los destrozos causados con el embargo ordenado por los Pacificadores de Tierra firme. Linda con el Pantano de Várgas, en donde se libró la batalla que precedió á la de Boyacá en 1819.

11] LA GLORIA.

Pág. 205.

Esto un pintor, su nombre era Castillo,
Que en España la luz del cielo vió, ...

Castillo y Saavedra (Antonio del)—*Nació en Córdoba el año de* 1603*; murió en la misma ciudad en* 1667. *(Escuela Sevillana).*

Su padre, el sevillano Agustin del Castillo, establecido en Córdoba, y acreditado en la pintura al fresco y al óleo, le enseñó cuanto sabia, y cuando falleció, pasó Antonio á Sevilla con José de Sarabia y se puso bajo la direccion de Zurbarán. Con los buenos principios que tenia y las lecciones del nuevo maestro, llegó pronto á dar su ingenio sazonados frutos. Restituido á su patria, se

dedicó con extraordinaria aplicacion á dibujar y á observar el natural en todas sus manifestaciones: salia con frecuencia al campo, dibujaba las cabañas, los animales, los carros, los útiles todos de la agricultura, y no omitia ninguno de los accidentes y caprichos de la naturaleza que caian bajo su observacion concienzuda. Modelaba tambien con mucho espíritu, y sus pensamientos en barro servian á los afamados plateros cordobeses para sus obras. En los retratos llegó á distinguirse tanto, que no habia familia en la ciudad que no se estimase desairada si carecia de alguna de sus producciones en este género. Hallábase así en la posesion de ser el primer pintor de la ciudad, cuando regresó á ésta su discípulo Alfaro, que venia de Madrid de serlo de Velásquez; y aunque era mayor su petulancia que su saber, los aficionados á novedades, que no faltan nunca para comprometer la ejecucion de los buenos propósitos, obtuvieron para él que, postergando á Castillo, se le encargasen los cuadros con que á la sazon se iba á decorar el claustro del convento de San Francisco de Córdoba. Pintó Alfaro los lienzos, y con vanidad depresiva para su maestro, los firmó, poniendo en todos ellos con letras muy visibles: *Alfaro pinxit.* Mortificado Castillo, solicitó pintar otro lienzo para el mismo claustro, y habiéndolo obtenido, ejecutó muy gallardamente su obra, escribiendo en ella las palabras *Non pinxit Alfaro.* Esta ocurrencia fué muy aplaudida en la ciudad, y muy del gusto de los hombres sensatos,

opuestos á los noveleros. Pero si un convento de franciscanos habia sido la palestra de su triunfo, otro convento de San Francisco (el de Sevilla) fué el teatro de su vencimiento. Cuéntase, en efecto, que un tanto envanecido Castillo con el lauro obtenido al recuperar en Córdoba su fama de primer pintor de la ciudad, pasó á Sevilla á medirse con los buenos artistas que gozaban allí de mayor crédito, y que habiendo visto los cuadros que habia pintado Murillo en el claustro chico, quedó tan asombrado y corrido, que exclamó, como pronunciando contra sí mismo el fallo espontáneo de su conciencia: *¡Ya murió Castillo!* Al año siguiente (1667) falleció en Córdoba, de hipocondría, despues de haber hecho inútiles esfuerzos por imitar al antiguo discípulo de su tio Juan del Castillo, en várias obras que ejecutó.—*Catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado de Madrid por D. Pedro de Madrazo*, Parte 1ª, pág. 381.

12] Á UNA ROSA.

Pág. 212.

Mas tú encerrada en tumba solitaria,
Léjos del sol, del céfiro amoroso...

Don Francisco de Quevedo improvisó, segun cuentan, los versos siguientes, al ver que habia nacido una rosa en una calavera:

Bella flor, cuando naciste,
¡Qué funesta fué tu suerte,
Que al primer paso que diste
Tropezaste con la muerte!

Dejarte aquí es cosa triste,
Y llevarte es cosa fuerte;
Dejarte donde naciste
Es dejarte con la muerte.

Mi poesía no es sino amplificacon del pensamiento del insigne poeta español.



ÍNDICE.

VERSOS DEL HOGAR.

